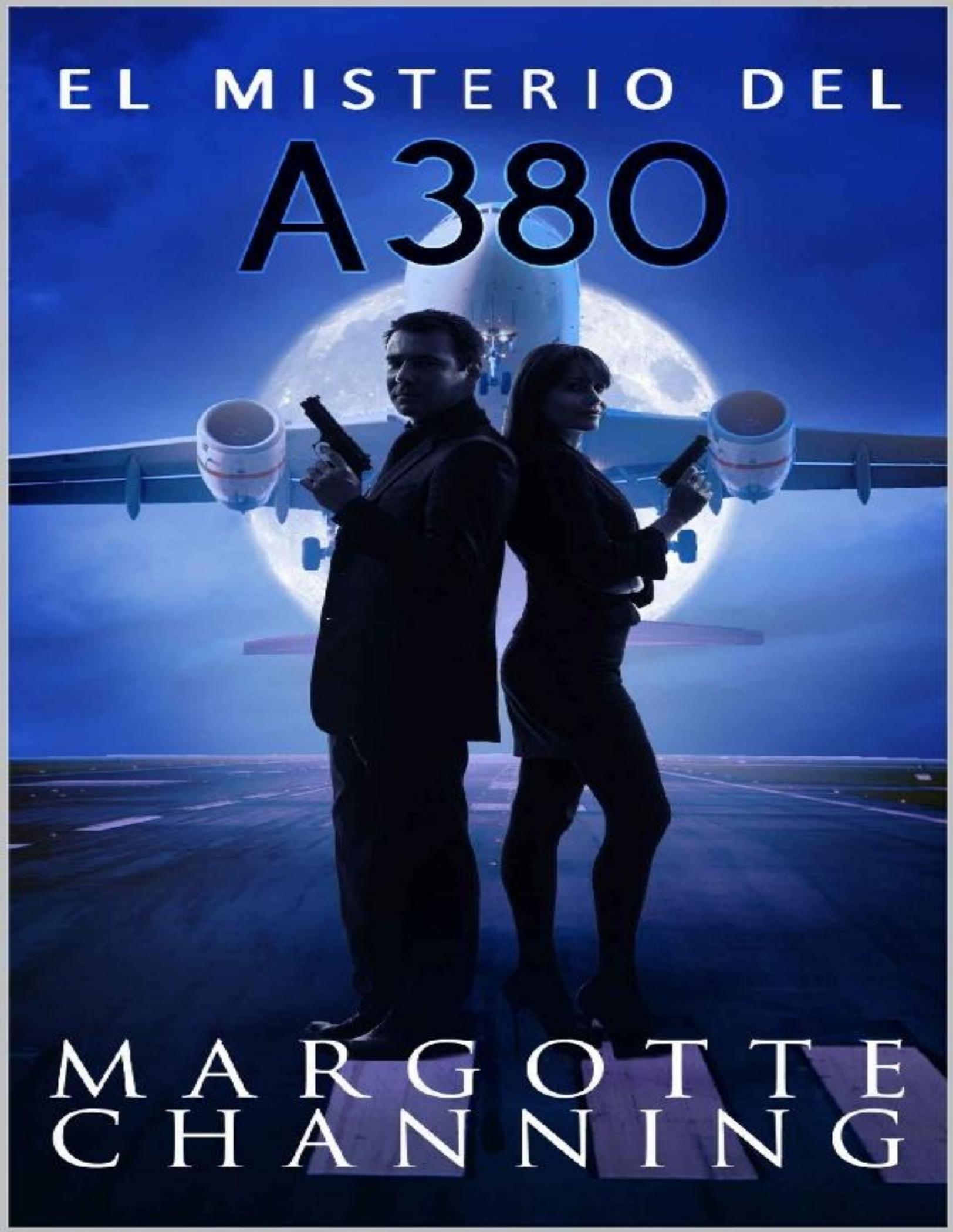


EL MISTERIO DEL

A380

A movie poster for the film 'El misterio del A380'. The title is at the top in white and black text. The central image shows a man and a woman in dark suits, each holding a handgun, standing back-to-back on an airfield at night. A large A380 aircraft is visible in the background, silhouetted against a bright full moon. The overall color palette is dark blue and black.

MARGOTTE
CHANNING

EL MISTERIO DEL A-380

MARGOTTE CHANNING

www.margottechanning.com

A la persona más valiente que he conocido.
Te echo mucho de menos papá.

ÍNDICE

DOS NOTAS DE CHANTAJE

PRESENTACIÓN

PRIMERA HORA

SEGUNDA HORA

TERCERA HORA

CUARTA HORA

QUINTA HORA

SEXTA HORA

SEPTIMA HORA

OCTAVA HORA Y CONCLUSIONES

EPILOGO

DOS NOTAS DE CHANTAJE

E

n algún lugar, hace un mes, alguien escribía el siguiente correo...

“Si no quieres que entregue a la prensa las pruebas de tus crímenes, deberás estar en el Airbus A-380 que saldrá de Londres con destino a Washington dentro de un mes, el día ocho de octubre. Coge asiento en primera para que podamos hablar, y durante el viaje te explicaré cómo vas a compensar lo que hiciste.

Llevo años deseando verte morir, pero ahora creo que eso es demasiado benévolo para ti porque muriendo te librarías del castigo que te mereces, así que, de momento, me conformaré con parte del dinero que conseguiste asesinando a tantos inocentes. Ya pensaré de qué otra manera terminarás de pagar tu deuda.

Por si estás pensando en no acudir a la cita, te recuerdo que no solo tengo pruebas de tus numerosos sobornos, también de que eres el responsable de la muerte de cientos de personas.

Nos vemos en un mes.”

Mientras tecleaba la segunda dirección de correo electrónico a la que iba a enviar la nota de chantaje, sonrió pensando en lo que les esperaba a los dos monstruos que las recibirían, aunque lo que había planeado no compensaría todo el sufrimiento que habían provocado.

Cuando mandó la segunda, salió de la cuenta de correo que acababa de crear y que se destruiría en media hora, y se levantó para vestirse. Tenía que irse a trabajar enseguida sino quería llegar tarde; cuando volviera a casa seguiría con la lista de cosas que tenía que preparar para el vuelo, porque aún le quedaba mucho por hacer.

Nadie iba a olvidar, nunca, lo que ocurriría en ese avión.

PRESENTACIÓN

D

espués de acceder a la sala de embarque y de ver la cantidad de gente que había en la cola esperando para entrar en el avión, decidieron sentarse en unos asientos que había junto a un gran ventanal.

—Voy a aprovechar para decirle a Bob que estamos embarcando—Natalia miró con las cejas enarcadas a Isabel, en una pregunta sin palabras que esta contestó,

—Es su amigo del F.B.I.—suspiró al ver que Natalia no se conformaba con una explicación tan parca. Quería saber más, como siempre, y eso muchas veces chocaba con la forma de ser de Germán, que casi nunca contaba lo que le pasaba por la cabeza—nos ha buscado un hotel al lado del río, al parecer es de un primo suyo que nos va a hacer un buen precio. Además, Bob va a ir a recogernos al aeropuerto para llevarnos allí y presentarnos a su primo. Pero en cuanto estemos instalados alquilaremos un coche—Roberto y Natalia asintieron, y todos se giraron hacia Germán que leía en voz alta un mensaje de su amigo,

—Me pide que le disculpemos, pero que nos va a llevar al hotel un compañero porque él tiene que salir de Washington,

—¿Un compañero? —Germán asintió y se puso de pie mirando a su alrededor, luego, volvió a mirar la pantalla de su móvil durante unos segundos, y levantó la vista para observar de nuevo a las personas que esperaban en la fila de embarque.

—Esperad un momento—se dirigió al final de la fila, deteniéndose ante un chico alto y rubio. Le dijo algo que hizo que el otro lo mirara asombrado y que sacara el móvil del bolsillo de su chaqueta; leyó algo en la pantalla y, sorprendido, sonrió a Germán y le dio la mano; un momento después, los dos se dirigían hacia ellos charlando amigablemente,

—Pero bueno ¿y ése quién es? —Isabel quería mucho a su amiga, pero a veces era muy pesada.

—No tengo ni idea—ella también estaba extrañada de verlos hablar en inglés como si se conocieran de toda la vida. Cuando llegaron junto a ellos, Germán les presentó,

—Este es Fred, el amigo de Bob—todos se levantaron para saludarle—él tampoco lo sabía, pero tenía un mensaje de Bob pidiéndole que nos lleve al hotel —el americano parecía totalmente desconcertado, pero también que intentaba

asumir lo ocurrido con la mayor naturalidad posible—ya le he dicho que podemos coger un taxi, que no se preocupe.

—Bob me ha mandado el mensaje hace bastante rato, pero estaba despidiéndome de mi novia y no lo he visto—Isabel sonrió al contemplar sus sonrientes ojos azules— no me importa llevaros, me pillas de camino a casa, además, el hotel está bastante lejos del aeropuerto. Pero la razón más importante por la que tenéis que venir conmigo es que, si no lo hacéis, Bob me mata, según sus propias palabras—todos rieron, y Natalia dijo:

—¿Qué os parece si nos colocamos en la fila?, ya no hay tanta gente— todos se movieron hacia el mostrador, y Natalia no desperdició la oportunidad.

—¿Tu novia es inglesa? —Isabel la miró intencionadamente para que no siguiera cotilleando, pero al americano no pareció molestarle. Afortunadamente la cola se movía rápidamente, por lo que Fred no estaría a su disposición mucho tiempo.

—Sí, trabaja en la biblioteca británica en Londres, y como ella había venido dos veranos a mi casa durante las vacaciones, ahora me tocaba a mí viajar aquí.

—Mirad, un mostrador solo para los de primera—señaló Isabel —no me extraña, con lo que cuesta el billete—miró a Natalia que asintió, porque habían mirado los precios para ver si se los podían permitir, aunque fuera por esta vez. Lamentablemente no era así, y después de recuperarse del ataque de ansiedad que habían sufrido al ver lo que costaban, decidieron que para ellos viajar en business era más que suficiente.

Ya casi estaban en el mostrador y justo en ese momento pudieron ver por primera vez el avión,

—Pero ¡este bicho es enorme! ¿cuántos pasajeros caben ahí? — Germán sonrió al escuchar la pregunta de Isabel, mientras aceptaba un chicle de Natalia, que los repartía entre el grupo incluyendo a Fred, para aliviar la presión de los oídos en el despegue.

—Unos 600, se puede montar con diferentes configuraciones desde fábrica, según las especificaciones de la compañía que lo compre—Roberto se había puesto en plan enciclopedia; con sus gafas nuevas y la mirada tan seria parecía más empollón que nunca, incluso más que en el colegio cuando ya le llamaban así. Germán recordaba la de veces que se había peleado con algún compañero porque le llamaban cuatro ojos. Isabel echó a Germán una mirada divertida como si supiera lo que estaba pensando, mientras Roberto seguía hablando sobre las características del avión—en el que vamos a viajar nosotros no está al máximo de su capacidad, porque han dejado bastante espacio para primera y para business. Aunque no lo creáis, hay alguna configuración con la que pueden viajar más de 800 personas.

—¿Y eso, como lo sabes? —ante la pregunta de Isabel, Natalia puso los ojos en blanco, porque ya estaba harta del avión y todavía no habían subido. Ella había tenido que escuchar a Roberto toda la retahíla en casa desde hacía días, incluso lo había amenazado con dejarlo dormir solo con el folleto del avión y ella irse a otra habitación, de lo plasta que se había puesto.

—Internet —afortunadamente tuvo que callarse porque le pidieron su tarjeta, entonces, Natalia e Isabel señalaron a una pareja que pasó ante ellos con gafas de sol, y que se dirigía al mostrador de primera. La azafata muy sonriente, después de comprobar sus tarjetas de embarque, les dejó pasar. Todos los miraron fijamente especialmente Natalia ya que, si su novio era un friki con todos los inventos y aparatos que creaba el hombre, ella lo era con los famosos.

—¡Arlena Star, y Mad Brake! —Roberto la miró de reojo, porque por su tono de voz era como si de golpe hubiera vuelto a ser una adolescente. Miró luego a Germán, pero este estaba observando sonriente a las dos mujeres que cuchicheaban sobre la pareja. Roberto decidió pinchar un poco a Natalia, al fin y al cabo, hacía horas que no lo hacía.

—¿Quiénes son? —Isabel y Natalia se volvieron indignadas, como si el que no los hubiera reconocido fuera una afrenta personal.

—¡Roberto!, no me creo que no los hayas reconocido—inspiró profundamente para poder seguir hablando, porque la indignación hace que consumas más oxígeno—¡son dos actores famosísimos!

—Bueno...tampoco te pases Natalia, ella puede, él...lo fue hace muchos años. Pero también hace mucho que no sale en los medios por su trabajo, precisamente—Germán echó un capote a su amigo porque era muy consciente de la fuerza que tenían Isabel y Natalia juntas. Y los hombres se tenían que ayudar para poder sobrevivir en determinadas circunstancias.

—Pues yo creo que es un logro que haya conseguido mantenerse en la industria y que no terminara siendo un alcohólico o drogadicto, después de la infancia que tuvo siempre entre cámaras y alejado de su familia—Natalia justificaba a aquel desconocido como si fuera algún pariente suyo, pero Isabel lo miró con los ojos entrecerrados porque sabía lo que estaba haciendo, y Germán le devolvió la mirada sonriente,

—¡Mira, mira! —Natalia dio un codazo a Isabel, y vieron pasar ante ellas a un hombre de unos 70 años, con una rubia explosiva de 30 como máximo, colgada de su brazo. Tras ellos caminaba un hombre cercano a los dos metros y que estaba cuadrado; cuando lo vio, Isabel se volvió a Germán y le susurró,

—La escoba—Germán asintió tan interesado como ella, siempre estaban muy pendientes de los miembros de seguridad que se encontraban en cualquier situación; “escoba” en su jerga, significaba guardaespaldas. Pero Germán, que

había reconocido al hombre que iba primero, sabía que lo llevaría,

—Es Jerry Burton—todos lo miraron con la boca abierta, porque no sabían cómo era físicamente. Tenía tanto poder, que no solía verse su imagen y casi nadie conocía su aspecto.

—Es cierto, yo también lo he visto alguna vez, y es él—Fred, que había permanecido callado hasta el momento, no parecía dudar. Entonces, Roberto se volvió hacia su amigo para preguntarle:

—¿Cómo lo sabes?

—Tuvo un problema en una visita a España, y me asignaron como apoyo en la investigación; no hablé con él, pero pude verlo bien. Es él, y ella debe ser su nueva mujer

—¿La exconejita? —todos sonrieron al escuchar a Natalia; seguían parados allí porque la azafata les había dicho que esperaran un momento. Mientras, por el mostrador de primera acaba de pasar el multimillonario y detrás de él lo hicieron otras cuatro parejas, antes de que la azafata les dijera que podían pasar.

—No me puedo creer que los de primera tengan una azafata para ellos, y además que nos hagan esperar para que pasen antes—Isabel parecía indignada, pero Germán la contestó con tono sereno,

—Isabel, si piensas indignarte por las diferencias sociales este viaje se nos va a hacer muy largo—ella hizo una mueca porque él tenía razón, se obligó a cambiar de actitud y lo besó en la mejilla, sabía que a veces era terriblemente gruñona.

—Tienes razón, perdonad—sonrió apesadumbrada, pero ninguno había tenido en cuenta sus palabras porque ya la conocían, y por fin entraron en el avión.

—Chicos, comienza la aventura—Natalia dio un beso en la mejilla a Roberto y todos sonrieron decididos a disfrutar.

PRIMERA HORA

G

ermán dejó el folleto que le había dado la azafata a un lado y observó lo que había a su alrededor, que le parecía bastante más interesante. Estaban sentados en la fila número 20, en business, en el piso superior del avión, y a pesar de que los billetes eran bastante caros, tenía que reconocer que en la anchura de los asientos y en los espacios entre estos se notaba cada euro invertido. Delante de ellos, a un par de metros de distancia y pegados a las paredes del avión, había seis baños y después, tras unas puertas translúcidas, se encontraban los catorce afortunados pasajeros de primera. Fred estaba sentado en su mismo piso, pero en la zona de turista, bastante más atrás.

Estaban sentados en la parte central, Germán con el pasillo a su izquierda e Isabel a su derecha, y a continuación Natalia y Roberto, que estaba al lado del otro pasillo porque los cuatro asientos estaban juntos.

—¿Quiere usted leer un periódico? —estaba tan ensimismado, que no se había dado cuenta de que las azafatas ya estaban repartiendo la prensa; preguntó a los demás, y cogieron un par de periódicos que comenzaron a leer las chicas, mientras que él y Roberto se entretenían con los móviles a la espera de que despegaran. Al escuchar el ruido de las puertas de primera levantó la vista, y pudo ver a un hombre y una mujer de aproximadamente 50 años, discutir con una azafata por algo relacionado con un tubo de cerca de un metro de largo. Desde donde estaba no podía escucharlos, pero la azafata parecía querer subir el tubo al portaequipajes, y que ellos se negaban a hacerlo. Un momento después acudió el piloto, que cogió entre sus manos el cilindro para devolvérselo a la pasajera a la vez que le decía algo a la azafata, entonces, ésta asintió y se fue. La pasajera finalmente, lo colocó en posición vertical a la derecha de su asiento.

Como seguían abiertas las puertas se fijó en la disposición de los asientos; estaban distribuidos en tres grupos, siendo independientes los de los extremos que daban a las ventanas, mientras que los del centro estaban agrupados de dos en dos. También se dio cuenta de que, el primero, estaba ocupado por Arlena Star y en el asiento que estaba más cerca vio a Jerry Burton; a continuación, pegada al asiento del millonario, estaba Johanna su mujer, y junto a la ventana se encontraba el guardaespaldas de la pareja.

En la segunda fila, empezando por la izquierda de nuevo, se sentaba Mad Brake, el novio de Arlena, y a los demás no los conocía, mientras que los

primeros de las filas 3 y la 4 empezando de nuevo por la izquierda eran la pareja del tubo. Después, una azafata cerró la puerta y no pudo seguir mirando,

—Te han dejado sin entretenimiento—sonrió a Isabel sin contestar, pero ella le dijo con picardía—espero que no se te ocurra meterte en alguna investigación, que estamos de vacaciones—él no pudo evitar contestarla

—Parece que es culpa mía que haya asesinos en el mundo—hizo una mueca.

—No, pero ¿por qué pasan esas cosas siempre a tu alrededor?, ni siquiera nos podemos ir un fin de semana sin que pase algo—negó firme con la cabeza—aquí no va a ocurrir nada, pero si ocurriera que se encarguen otros, la policía británica, por ejemplo.

—Si hubiera algún asesinato, lo llevarían ellos—sonrió sabiendo que era altamente improbable que ocurriera algo así, pero no podía evitar hacerla refunfuñar un poco más—además, al ser una compañía británica, seguramente llevarán a algún policía a bordo—se encogió de hombros, y la sonrió con malicia antes de decir—tranquilízate, ya viene el desayuno.

Isabel lo miró desdeñosamente, pero no iba a darle el gusto de decir que no comería nada porque, volvía a tener hambre a pesar de que ya habían desayunado. El tema de su capacidad para comer a cualquier hora era motivo de risa para todos sus amigos.

Germán se bebió su vaso de zumo, porque le gustaba demasiado el café para beber esa cosa indescriptible que le habían servido. Creía firmemente que debería ser delito intentar envenenar de esa forma a un hombre.

—¿Conociste a Bob cuando estuviste en Quántico? —miró a Natalia, que esperaba que respondiera mientras Roberto e Isabel ojeaban los periódicos.

—Sí, es agente especial del F.B.I. y también da clases en la academia. Nos entendimos muy bien desde el principio.

—¡Qué suerte!

—Sí—sonrió—lo cierto es que lo tuve fácil porque le gusta mucho España, incluso ha ido varias veces a veranear con su familia.

—¿Al sur?

—No, al contrario de lo que suele ocurrir con los extranjeros, le gusta Asturias más que Cádiz o Marbella. También me dijo que conocía Barcelona y que le había gustado mucho, pero que no conoce Madrid—Natalia lo miró con los ojos entrecerrados— y él sonrió al verla

—Tranquilízate, que no ha matado a nadie, creo que podemos aceptar que visite Barcelona antes que Madrid.

—Sí, pero imagino que le habrás dicho que Madrid es tan bonito como Barcelona, o más—aseguró Natalia; Isabel sonrió al escuchar a su amiga, aunque

hacía como si siguiera leyendo, pero Germán la conocía muy bien.

—Le he invitado a que venga, para que lo compruebe.

Media hora después, observaba a su alrededor extrañado, porque a pesar de que hacía bastante rato que todos los pasajeros habían terminado de desayunar, no pasaba nadie a recoger las bandejas.

—Hace por lo menos veinte minutos que no se ve a ninguna azafata por aquí—Isabel dejó caer el susurro en su oído y él asintió, entonces observaron cómo se abrían las puertas de primera de nuevo, y salía otra azafata a la que no habían visto hasta entonces.

Era alta, morena y de aspecto distinguido, dio dos pasos para entrar en business y cerró con cuidado la puerta tras ella; al ver cómo lo hacía Germán irguió la cabeza con curiosidad, porque estaba seguro de que intentaba ocultar algo que ocurría en primera. Se paró unos segundos frente a ellos y miró un papel que llevaba en la mano, entonces Germán pudo observar cómo le temblaba el pulso y su mirada de terror, pero la azafata respiró hondo y se dirigió con determinación por el pasillo hacia los asientos de turista.

Minutos después la azafata volvía a primera seguida por Fred, y este echó una mirada a Germán al pasar que hizo que al policía se le pusieran los pelos de punta.

—¿Qué pasa Germán? —Isabel, Natalia y Roberto lo miraban como si él supiera algo. Se inclinó hacia ellos para poder susurrar y que no lo escuchara nadie más.

—No lo sé, pero ha ido a buscar a Fred, así que me imagino que ha pasado algo gordo.

—¿Cómo qué? —era la típica pregunta de Natalia que te daban ganas de contestar mal, afortunadamente Isabel le dijo algo en voz baja. Germán miró hacia su izquierda al escuchar un ruido metálico, y vio a dos azafatas muy serias que pasaban con el carro recogiendo las bandejas del desayuno. Fred debía haberles pedido que continuaran con su trabajo con normalidad para que los pasajeros estuvieran tranquilos, lo mismo que él habría hecho.

—Chico listo—murmuró—siguió vigilando las puertas de primera, y por fin, después de otros veinte minutos salió Fred mirando su móvil y se dirigió hacia él. Germán se levantó porque sabía que, fuese lo que fuese, no convenía que lo escucharan todos los pasajeros, y se apartaron un par de metros para hablar.

Fred estaba pálido y sin aliento, era evidente que la situación lo superaba,

—Germán, me dice Bob que leas el mensaje que te ha mandado—él cogió el móvil de su bolsillo, y lo hizo. Enarcó las cejas extrañado y volvió a leerlo, porque no podía dar crédito a lo que veía en la pantalla.

—Espera un momento— volvió a su asiento y se agachó para hablar con sus amigos—escuchad, tengo que ir a primera; al parecer tienen un problema, del tipo de los que solemos ocuparnos—miraba directamente a Isabel que tenía la boca abierta incrédula, sobre todo después de la conversación que habían mantenido un rato antes—seguramente te necesite, pero primero voy a echar un vistazo—ella asintió y sus amigos los observaron muy serios. Él volvió junto a Fred haciéndole una seña para que fuera delante, y mientras lo seguía, repetía en su mente el mensaje de su amigo Bob del F.B.I.,

“Germán, han asesinado a dos personas en primera, necesitamos que te hagas cargo de la investigación hasta que el avión aterrice. Acabo de hablar por teléfono con el piloto, y en este momento su compañía le está dando instrucciones, para que él y el resto de la tripulación colabore contigo. No hay nadie más a quien recurrir, porque no va ningún policía en el avión. Luego te llamaré, ahora estoy solucionando el tema de la dichosa jurisdicción, que como te imaginarás es una locura; además los ingleses van a llamar a tu gobierno, para contarles lo que ocurre. Pide a Fred lo que necesites, tiene instrucciones de ayudarte en todo lo que pueda. Muchas gracias Germán, no olvidaremos esto”— levantó la vista porque ya atravesaban las puertas, que una azafata cerró tras ellos.

La zona de primera ocupaba, aproximadamente, un tercio de la planta del avión, y sin embargo allí solo viajaban 14 personas. Los asientos estaban separados unos de otros por un metro de distancia aproximadamente, y cada pasajero podía aislarse del resto cuando quisiera mediante una mampara, que hacía que no se viera desde fuera lo que ocurría en su asiento. Fred, y Germán fue detrás de él, se dirigió hacia uno de los asientos que estaban en el centro, y que tenía la mampara cerrada. El americano la abrió, y Germán pudo ver un cuerpo tapado con una manta, aún sentado en su butaca.

—Este es uno de ellos, espera que me acaban de dar el listado de los nombres de primera—miró una hoja arrugada que había sacado de su bolsillo— se llamaba Alexander Brown, pero creo que...que era conocido como Alexander Big—susurró, Germán mientras levantaba la manta, preguntó,

—¿Es un alias? —Fred negó con la cabeza, visiblemente nervioso.

—No—bajó aún más la voz—era un actor porno, Alexander Big era su nombre artístico—Germán asintió sin decir nada, porque se dio cuenta de que Fred lo había reconocido, y observó el cadáver. Parecía rondar los treinta años, era moreno, y estaba en buena forma física. Se inclinó para observar los ojos, ya que los tenía abiertos y pudo observar en ellos midriasis, o aumento del diámetro de la pupila; entonces inspiró profundamente y no le sorprendió el fuerte olor a almendras amargas,

—¿Sabes si ha vomitado? —levantó un poco más la manta, y vio que las manos del muerto estaban agarrotadas en forma de garra.

—No lo sé—Germán miró el rostro de aquel pobre chico por última vez y volvió a cubrirlo, luego se quedó apoyado en la mampara unos instantes pensando, y miró a Fred.

—¿Y el otro? —Fred asintió y se dirigió a la primera fila de asientos, allí, en el segundo empezando por la izquierda, había otro cuerpo tapado y Germán repitió la misma breve inspección. En este, el olor a almendras amargas era más fuerte, y no hacía falta que le dijeran quien era, se trataba de Jerry Burton, el multimillonario del que había estado hablando con sus amigos en la sala de embarque. Miró a Fred que estaba a su lado, esperando que le dijera lo que tenía que hacer,

—Fred ¿a qué te dedicas en el F.B.I? —necesitaba saber si le podía servir.

—Soy informático—al ver la cara de Germán se explicó—si es necesario también sé disparar por supuesto, pero no suelo llevar armas, no las necesito en mi trabajo y no me gustan mucho.

—No te preocupes, te puedo asegurar que en este caso puedes ser mucho más valioso como informático que usando una pistola, y en muchos otros casos también—el muchacho asintió nervioso—Bien, veamos, primero hay que llevar los cuerpos a algún otro sitio, no es conveniente que los demás pasajeros los vean o estén tan cerca de ellos, y además me gustaría que un amigo de los que me acompañan los estudiase con tranquilidad, aunque tendrá que ser de manera superficial. Es médico y trabaja en el Centro Nacional de Toxicología, a la investigación me ayudará Isabel que es mi compañera habitual, y tú y Natalia, la otra amiga que viene con nosotros nos apoyaréis con el tema informático. También tenemos que encontrar una habitación o algún sitio donde podamos interrogar a la gente, e imagino que tú serás, al menos de momento, el enlace con el piloto y las azafatas—esperó unos segundos hasta que Fred asintió, indicando que estaba conforme con todo— ahora voy a explicárselo a mis amigos, y tú, mientras, ve a hablar con el piloto y dile que nos tienen que dejar algún sitio donde podamos dejar los cuerpos, que tenemos que interrogarles a todos y que busquen una habitación donde podamos hacerlo—decidió aclararlo más porque Fred tenía cara de estar algo sobrepasado— es decir, un lugar para los cuerpos, y otro para los interrogatorios ¿de acuerdo? —Fred asintió y sacó un ticket de un bolsillo donde apuntó lo que decía Germán y, cuando terminó, se fue hacia la escalera que subía hasta la cabina de los pilotos, mientras Germán se daba la vuelta volver a su asiento al menos por unos minutos.

Lo sentía mucho por sus amigos porque estaban de vacaciones, pero necesitaba su ayuda.

SEGUNDA HORA

S

e sentó pensativo en su asiento e Isabel, al ver que Natalia cogía aire para preguntarle algo, le dio un suave codazo y la miró negando con la cabeza, para que lo dejara tranquilo unos instantes. Conocía muy bien cómo funcionaba la cabeza de Germán, y necesitaba un momento de tranquilidad, ahora mismo estaba organizándolo todo en su mente y cuando lo tuviera todo encajado, se pondría en marcha y lo haría de la manera más eficaz posible. Los tres lo miraban como si fuera a sacar una varita y hacer algún truco de magia ante ellos, por eso los miró con las cejas enarcadas y una sonrisa irónica en la cara,

—Isabel, por favor cámbiame el sitio— susurró. Cuando se sentaron con los asientos cambiados, cogió su móvil y buscó el bloc de notas, que solía utilizar para sus casos. Antes de comenzar a escribir, les avisó,

—Si tenéis preguntas hacedlas en voz baja por favor, no quiero que nadie nos escuche—a continuación, escribió en el móvil, a la vista de todos:

“Han asesinado a dos pasajeros de primera, y Bob me ha pedido que empiece con la investigación”

Los tres se quedaron mirándolo esperando que dijera algo más, por lo que continuó:

“Me temo que no sé nada más, y me siento obligado a ayudar, pero, y ya sé que pedíroslo es una putada, me vendría muy bien vuestra ayuda”

—Por supuesto—Isabel contestó enseguida tal y como él esperaba, y Natalia y Roberto se miraron durante un segundo antes de que ella dijera,

—Cuenta con nosotros, ¿qué tenemos que hacer? —él asintió sonriente, porque siempre se podía contar con ellos.

—Primero vamos a ir Isabel y yo, creo que será mejor que no nos levantemos los cuatro a la vez, nuestros vecinos de la izquierda ya muestran mucha curiosidad hacia nosotros.

—De acuerdo—Roberto y Natalia asintieron, en el pasado habían aprendido que no había mejor investigador que Germán; todos tenían una fe ciega en él y harían lo que dijera sin dudar.

—Entonces, entramos nosotros, y, si os parece, en diez minutos venís los dos, le diré a una de las azafatas que os dejen pasar. Ya le he pedido a Fred que busque un sitio para dejar los cadáveres, y otro para los interrogatorios; por cierto, Natalia ¿has traído tu ordenador?

—Sí, lo llevo en el bolso, ya sabes que no puedo vivir sin él. Me he traído el pequeño, pero es igual de rápido y tiene la misma capacidad que el grande.

—Perfecto, tráetelo, el avión tiene wifi así que podrás trabajar con él sin problemas. Isabel vamos a levantarnos como si fuéramos al baño, y desde allí pasaremos a primera.

—Bueno, en realidad a mí me viene bien ir al baño primero—el intento de broma no surtió el efecto esperado, únicamente Natalia esbozó una sonrisa.

Fred seguía nervioso, Germán miró alrededor, y observó dos cosas: que los cadáveres ya no estaban, y que los pasajeros cuchicheaban entre ellos mientras los observaban con curiosidad. Se imaginó que no sabrían muy bien qué pensar, aunque todavía no les había dado tiempo a asustarse.

—Entre el copiloto y yo hemos llevado los cadáveres arriba—Fred se limpió el sudor de la frente con un kleenex— encima de nosotros, allí están los dormitorios de la tripulación. Según las reglas de la compañía, tienen instrucciones de descansar media hora cada cuatro de viaje, cuando los vuelos superen las ocho horas. Detrás de vosotros, a la izquierda hay dos puertas, la primera habitación es una sala de cine y la de al lado es un restaurante—Isabel lanzó una exclamación involuntaria,

—¡Perdón! —se mordió el labio inferior arrepentida—es que me ha sorprendido.

—Sí—continuó Fred—de cine o de reuniones, porque hay una mesa pegada a la pared con varias sillas, y en el centro de la sala están las butacas para el cine. De las dos me ha parecido el sitio más adecuado para los interrogatorios. Venid a verla—lo siguieron y entraron en una sala que era tal y como la había descrito— luego, Fred miró a Germán a quien le pareció que el sitio estaba bien— ¡ah! y el piloto me ha dicho que quiere hablar contigo, antes de nada.

—Sí, me parece bien, porque además me gustaría interrogar primero a la tripulación—miró a Fred—imagino que tendremos acceso a la base de datos del F.B.I., por si necesitamos cualquier tipo de información—el joven no dudó en responder,

—No creo que haya problema, además en la planta de arriba hay un ordenador,

—¡Estupendo! de todas maneras, Natalia trae el suyo, pero así seréis dos trabajando. Siendo tú informático, y conociendo el sistema del F.B.I. será todo mucho más rápido. Ahora vendrán ¿puedes decir a las azafatas que les abran la puerta?

—Claro ¿necesitas algo más?

—No, empezaré con el piloto, me imagino que será mejor—Fred se encogió de hombros

—Es posible, además me ha parecido que al comandante Peterson le ha molestado especialmente que le hayan dicho que no está al mando.

—Ya me lo imaginaba. Por cierto, tengo una duda ¿por qué razón está llevando esto el F.B.I., y no la policía inglesa?, al fin y al cabo, es una compañía británica y todavía volamos sobre suelo inglés, o al menos eso creo.

—Desde hace un par de años existe un acuerdo confidencial de colaboración entre mi país y Reino Unido, mediante el cual si ocurriera cualquier tipo de percance en un avión de cualquiera de los dos países y, si en el vuelo hubiera un policía, ya sea inglés o americano, estaría obligado a colaborar en la investigación—suspiró—Bob me ha dicho cuando me lo ha contado porque yo tampoco lo sabía, que como yo no era un agente de campo, te iba a pedir que nos ayudaras; dice que eres uno de los mejores investigadores que ha conocido—los ojos de Fred brillaron con entusiasmo cuando continuó— también me ha contado que te ofrecieron trabajo en el F.B.I. cuando estuviste haciendo el curso en Quántico, y sé que eso no es habitual—Germán miró de reojo a Isabel que lo observaba con el ceño fruncido—bueno, voy a decir que dejen entrar a tus amigos. Os he dejado un par de cuadernos y bolis en la mesa — Isabel esperó a que saliera antes de explotar,

—¿Es verdad? ¿te ofrecieron trabajo? —estaba mirándole bastante enfadada y con las manos en las caderas, en ese momento se la comería a besos.

—Sí—la miró con una ligera sonrisa.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque me lo pensé, como mucho, durante cinco minutos, pero enseguida supe que no me apetecía hacerlo.

—¿Es por mí? —él se encogió de hombros como respuesta—no se te ocurra dejar pasar ninguna oportunidad por mi culpa, no quiero ser responsable de eso —Germán sonrió con ternura y le cogió la mano entrelazando sus dedos,

—¿Acaso te gustaría que hubiera aceptado? —ella se mordió los labios antes de decir

—No, pero—antes de que pudiera continuar, escucharon abrirse la puerta y entraron Roberto y Natalia, seguidos de Fred.

—¡Chicos hay que ver qué mal viven los ricos! —los comentarios de Natalia siempre conseguían relajar la tensión.

—Comencemos, Natalia, arriba hay un ordenador, creo que lo mejor será que trabajes con Fred, que es informático. Tiene una lista con los pasajeros de primera, y quiero que busques toda la información que puedas sobre ellos; Fred, tú busca en la base de datos del F.B.I., para empezar todo lo que tengan acerca de los fallecidos. ¿Alguna duda? —los dos negaron con la cabeza, y entonces Germán se volvió hacia Roberto—necesito que eches un vistazo a los cuerpos,

creo que han sido envenenados, pero quiero que me lo confirmes. Fred te dirá dónde están.

—No querrás que les haga la autopsia—sonrió, pero era una sonrisa algo acojonada porque Germán era capaz de todo.

—No, me parece que con un examen superficial me podrás decir hasta el veneno que han utilizado—volvió a mirar a Fred—por favor, acompaña a Roberto y dile a Natalia donde puede instalarse con el ordenador, y cuando lo hayas hecho antes de que te pongas tú con el tuyo ¿puedes avisar al piloto para que venga? —Fred asintió y los tres se fueron, mientras ellos colocaban la mesa y las sillas en el centro de la sala, delante de la primera fila de butacas.

—Vamos a ciegas, porque no vamos a tener pruebas periciales—se encogió de hombros—tendremos que guiarnos por la intuición y hacer lo que hacían los policías antiguamente, hablar con los sospechosos las veces que sean necesarias y estar muy atentos.

Adam Peterson, el piloto, les hizo esperar veinte minutos, en los que estuvieron pensando quién llevaría el interrogatorio; finalmente y debido a su experiencia, decidieron que lo hiciera Germán primero, y, como siempre, si Isabel quería preguntar algo que lo hiciera cuando quisiera. Por fin se abrió la puerta y entró el piloto, venía con el uniforme completo incluida la gorra que se quitó al ver a Isabel; era moreno, alto, y con los ojos verdes y hubiera sido un hombre muy atractivo, si no fuera por una cicatriz bastante fea que le deformaba el labio superior, y que le daba una apariencia permanente de enfado. Se presentaron mutuamente, y Germán le hizo un gesto para que se sentara. Tenía razón Fred, el piloto parecía contrariado

—No puedo faltar mucho tiempo de la cabina—Germán asintió comprensivo,

—Intentaré tardar lo menos posible; iré al grano si le parece, hábleme del copiloto... ¿tiene poca experiencia?

—Al contrario, es un tipo muy preparado, incluso ha sido piloto en otra compañía, pero se pasó a esta porque quería llevar uno de estos—señaló a su alrededor.

—¿Y eso es normal? —era una manera de romper el hielo como otra cualquiera, pero el piloto levantó una ceja debido a su pregunta.

—Los pilotos podemos ser bastante frikis, sobre todo los que queremos serlo desde niños. No es raro que nos cambiemos de ruta y en ocasiones de compañía, incluso perdiendo dinero, si nos obsesionamos con llevar un avión en concreto—se encogió de hombros como si no esperara que Germán lo entendiera—sí, creo que es algo normal, para nosotros claro.

—¿Y usted lo ha hecho también? —no pareció entender la pregunta, por lo

que se explicó—quiero decir, si también se ha cambiado de compañía para poder llevar este avión.

—¡Ah!, no—negó sorprendido por la pregunta—yo ya trabajaba aquí, y ya tenía muchas horas de vuelo como comandante cuando me lo ofrecieron. Por supuesto dije que sí, habría estado loco si no lo hubiera hecho.

—Entiendo, si le parece empezaremos con las preguntas relativas a lo sucedido—no esperó a que le contestara—¿conocía personalmente a alguno de los dos fallecidos?

—No, bueno, había oído hablar del señor Burton por supuesto, pero no sabía cómo era físicamente.

—Es decir, que la primera vez que lo ha visto ha sido cuando ha visto el cadáver.

—No exactamente. Habíamos despegado hacía pocos minutos, cuando baje a hacer una visita a los pasajeros de primera, es una norma de la compañía cuando volamos en este avión. Entonces, el señor Burton se acercó a mí para decirme que quería visitar la cabina—Germán entrecerró los ojos, ahora entendía por qué estaba el piloto en la escena que había visto antes, desde su asiento.

—Por casualidad he visto que ha tenido que mediar en una disputa de dos pasajeros con una azafata... —Adam volvió a encogerse de hombros—

—Sí, son un matrimonio de origen francés, creo que trabajan como profesores de universidad, y desde que hacemos esta ruta vuelan con nosotros un par de veces al año. No querían que la azafata subiera un cilindro de plástico al portaequipajes, preferían tenerlo a su alcance. Según las normas de seguridad todos los objetos deben estar ahí, para que no puedan golpear a los pasajeros en caso de turbulencias, por ejemplo—se encogió de hombros— pero su resistencia a separarse de las pinturas que llevan dentro es comprensible, porque si les ocurriera algo no podrían dar las conferencias o lo que sea que hagan con ellas. Por eso les autoricé a llevarlas junto a ellos—Germán apuntó todo para preguntar más tarde a los implicados.

—¿Y Jerry Burton subió luego a ver la cabina?

—Sí, subió casi enseguida, por su forma de hablar me pareció el típico millonario. Estaba acostumbrado a hacer lo que le daba la gana, en este trabajo he conocido a algunos así.

—Entiendo, ¿y se comportó de alguna manera extraña mientras estuvo allí?

—No, normal, pero era un patoso, incluso hizo alguna broma como si fuera a golpear los instrumentos del avión, hasta que le tuve que decir que hiciera el favor de no tocarlos. Kevin y yo, cuando salí, coincidimos en que era insoportable—Germán miró la lista

—¿Kevin es el copiloto?

—Sí—Germán asintió

—¿Y al otro fallecido, Alexander Brown, lo conocía?

—No, porque saludé a todos en general; suelo dar una pequeña charla al recibirlos cuando ya están sentados, pero ni siquiera recordaba su cara cuando he visto el cadáver.

—Una última pregunta, me ha sorprendido algo la lista de los pasajeros de primera, ¿es habitual que coincidan cuatro actores en el mismo vuelo?

—Habitualmente la empresa deja a algunos famosos, si ellos lo piden, los asientos de primera a precio de turista, a cambio de que digan en la prensa que han viajado con nosotros y que les ha gustado. Publicidad barata—Germán asintió.

—De acuerdo, pues por mi parte—miró a Isabel que negó con la cabeza. A él le pasaba lo mismo, sin datos y al comienzo de la investigación, era muy complicado saber qué más preguntar—es todo, muchas gracias señor Peterson.

—Adam, por favor, si me llamas por mi apellido, me parece que te refieres a mi padre, que era profesor.

—De acuerdo, Adam, yo soy Germán

—¡Vaya nombrecito! —el policía rio, porque conocía la dificultad que suponía para los ingleses y los americanos decir su nombre, la primera letra para ellos era impronunciable. El piloto, por fin relajado, les dijo antes de irse—ahora os envío a Kevin.

—Kevin Cameron—mientras el copiloto decía su nombre, sonrió a Isabel y Germán enarcó las cejas al ver cómo ella se mordía los labios mientras escribía, intentando mantenerse seria. Siempre hacían lo mismo, el que no interrogaba intentaba apuntar absolutamente todo, incluyendo los gestos o cualquier dato reseñable. Era muy habitual que, a la gran mayoría de los hombres que conocían, se les fueran los ojos detrás de ella. Germán lo entendía, y, aunque no le hacía gracia, no le afectaba en su trabajo.

—¿Conocías a los fallecidos?

—No, bueno, a Jerry Burton unos minutos antes cuando subió a cabina, pero no hablé con él porque solo hablaba con el comandante—se dirigió a Isabel para decirle, siempre sonriendo—era un clasista—Isabel sonrió mirándolo con sus rasgados ojos color miel, era morena y de piel muy blanca, y estaba claro que a Kevin le gustaba lo que veía. Germán se distrajo durante un momento pensando que, era extraño que el piloto no se hubiera fijado en ella.

—¿Hizo algo extraño en la cabina? —el copiloto lo miró algo distraído, pero enseguida volvió a centrarse.

—Estuvo tocando los instrumentos, hasta que Adam le tuvo que decir que no lo hiciera, que los podía estropear. Le sentó muy mal y se fue enseguida, al

salir se chocó con Grace que iba a llamar para entrar, y yo creo que se le fue la mano, aunque ella no dijo nada.

—¿Qué quiere decir que se le fue la mano? —tanto Germán como Isabel lo miraban asombrados,

—Sí, me pareció ver que le tocó un pecho, pero no sé...—se encogió de hombros.

—¿Ella dijo algo?

—No, ya le he dicho que no.

—¿Y lo hablasteis tú y Adam?

—No, Adam estaba de espaldas comprobando el panel de instrumentos, por lo que estoy seguro de que no vio nada—pareció preocupado de repente—espero no haberle buscado un problema a Grace, quizás me haya equivocado.

—Por supuesto que no, no te preocupes—le quitó importancia al asunto para tranquilizarlo—¿recuerdas alguna otra cosa que te haya llamado la atención, en lo que llevamos de viaje?

—No, lo normal—hizo una mueca como si se arrepintiera de haber hablado.

—¿Qué es lo normal?

—Bueno, me imagino que os acabaréis enterando...el caso es que una de las azafatas fuma, y cuando estaba buscando el alfiler de mi corbata, que yo creía que se me había caído por la zona de las escaleras, noté un fuerte olor a cigarrillo que salía del baño de la izquierda. Todavía no se lo he dicho a Adam, porque a esa chica ya le han dado un aviso, y es muy posible que, a la próxima la echen de la compañía—solo se oía el rasgueo del boli de Isabel al escribir, un sonido que al policía le resultaba relajante.

—Comprendo, ¿y cómo se llama la azafata que crees que es la responsable? —dudó un momento, pero lo dijo

—Becca

—Muchas gracias, ¿algo más?

—Que yo recuerde, no.

—Si te acuerdas de algo más, por favor dínoslo, a mí, o a mi compañera—señaló a Isabel, y el piloto volvió a sonreírla.

—Claro, adiós—cuando se fue, él se volvió hacia Isabel,

—Bien, sigamos con el resto, pero antes—Fred le había transmitido que el F.B.I. y la compañía querían que se interrogara enseguida a los pilotos y que se les molestara lo menos posible, y a él le había parecido lo más lógico—me gustaría que inspeccionaras a fondo la escena —Isabel se levantó guardándose la libreta en el bolsillo trasero del vaquero, pero antes de que pudiera irse Germán se acercó a ella,

—Siento que haya ocurrido esto en nuestras primeras vacaciones juntos, de verdad que lo siento Isabel —ella tomó su cara con ambas manos y le sonrió,

—Está bien, ya habrá tiempo para disfrutar, al fin y al cabo, son solo ocho horas—le dio un beso ligero en los labios y se fue,

—Ese me lo darás como es debido cuando aterricemos—aseguró, lo que hizo que ella soltara una carcajada antes de salir, y Germán la siguió en cuanto consiguió borrar la sonrisa de tonto que se había instalado en su cara. Quería subir a ver el piso de arriba antes de continuar con los interrogatorios,

La habitación donde se habían instalado Natalia y Fred era algo pequeña pero suficiente, cada uno de ellos estaba trabajando en su ordenador, y parecían llevarse bien.

—Hola chicos ¿cómo vais? —Natalia estaba contenta, porque le encantaba investigar.

—Bien, Fred ya está buscando en las bases de datos a los fallecidos—bajó la voz como si Fred no estuviera al lado—Germán... ¿en el F.B.I. tienen 10 bases de datos distintas, cada una de ellas específica para un tipo de búsqueda!

—¡Increíble! —contestó con ironía, y Natalia hizo una mueca al escucharlo

—Ya sé que parezco una niña, pero es que no me puedo imaginar trabajar con esos medios a tu alcance—vio la mirada que le dirigió Germán y dijo— ¡vale, ya me callo!

—Entonces, ¿ya tenéis algo para empezar? —Germán enarcó las cejas al ver cómo Fred movía la cabeza,

—Hay un problema, no sé por qué, pero la impresora no funciona.

—No sabía que hubiera una impresora—Fred asintió con cara de preocupación—pero no importa mándalo a nuestro móvil o descárgalo en el ordenador, y lo leeremos desde la pantalla—pero Fred seguía mirándole con cara de preocupación—¿qué? ¿qué pasa? —el americano dejó de mirar el ordenador, e inspiró hondo antes de hablar.

—No sé si recordarás lo ocurrido hace un par de años, cuando unos hackers hicieron aterrizar un avión—tanto Germán como Natalia asintieron, porque la noticia había abierto los telediarios de todo el mundo— se hicieron pasar por controladores aéreos y policías, y uno de ellos incluso suplantó a un directivo de la compañía aérea. En fin, que, entre todos convencieron a los pilotos de que llevaban una bomba a bordo—Germán lo recordaba perfectamente; todavía nadie se explicaba cómo un grupo de veinteañeros, habían sido capaces de interceptar las comunicaciones del avión y, además, de engañar a los dos pilotos.

—Claro que me acuerdo, consiguieron que realizaran un aterrizaje forzoso en medio de la nada, en Dakota del Norte.

—Desde ese momento, entre los hackers está de moda intentar superar a

esos imbéciles y, las compañías aéreas y otros organismos han reforzado sus medidas de seguridad.

—¿En qué sentido?

—En el de las comunicaciones. Tomemos este avión como ejemplo, aquí solo se puede recibir información externa a través de la impresora que tiene instalada, y que cuenta con un sistema de seguridad increíblemente sofisticado.

—No me lo puedo creer, ¿solo a través de una impresora?

—Sí, por eso tenemos un problema, porque solo pueden mandar la información a la impresora del avión y al no funcionar...ya sabes el resto.

—¡Pues que lo manden a un correo de uno de nosotros!

—Cualquier archivo que se envíe a otro lugar que no sea la impresora se retendrá durante 48 horas antes de ser entregado, según las normas de la compañía.

—¿Qué dices? ¿que solo pueden mandar esa información a una impresora, no a un correo electrónico? —no le entraba en la cabeza—¡pero es una locura! imagínate que les tienen que mandar información confidencial...yo que sé, la policía ¿cómo lo harían? —Fred se encogió de hombros

—La central de la policía británica tiene una de estas impresoras, por si tuvieran que recibir información urgente sobre uno de los vuelos. Y a cualquier otro organismo que tengan que enviarle información de la manera habitual, se hace, pero cuando hayan pasado 48 horas. Ya lo sé, es una locura, pero nadie quiere que vuelva a ocurrir lo de aquel vuelo. Por supuesto, estamos hablando de expedientes, órdenes firmadas de la compañía, es decir archivos—se encogió de hombros—sé que es complicado.

—¡Increíble! —se pasó la mano por el pelo—en fin, ¿eso en cuanto a la información de la compañía, pero y la del F.B.I.? —la expresión de Fred hizo que Germán supiera que no le iba a gustar la respuesta.

—Hace pocos meses que estamos utilizando el mismo sistema, de hecho, casi todas las agencias federales de Estados Unidos lo usan. Si no conseguimos que funcione la impresora, ¡olvídate de los expedientes de los pasajeros!

—¿Puedes hacer que funcione?

—Al menos puedo intentarlo, por algo estudié informática, aunque esta no es mi especialidad...

—Está bien, ponte con eso—Fred se volvió y abrió un armario que estaba al alcance de su mano, del que sacó una caja metálica que depositó en la mesa.

—¿Está ahí dentro? —asintió mientras que pulsaba un botón en la parte delantera de la caja, que hizo que abrieran dos puertas y que pudiera verse la impresora.

—Sí, aquí está—la sacó y la puso ante él observándola con atención

—¿Lleva mucho tiempo estropeada? —el americano se encogió de hombros.

—He preguntado a Kevin, el copiloto y me ha dicho que él creía que funcionaba. Yo me he dado cuenta porque hay un número en la base que es su clave de identificación y que he mandado al F.B.I. para que supieran donde enviar la información; pero por más que lo envían, no llega nada, y aquí, al recibir los datos, se enciende esta luz naranja que significa que no puede imprimir, si estuviera bien la luz sería verde—señaló el piloto que parpadeaba— Germán asintió y decidió cambiar de tema porque no entendía la lógica de ese sistema.

—Está bien, ¿y tú has conseguido algo con las redes sociales? —Natalia asintió,

—No solo con las redes, algunos de ellos salen habitualmente en todo tipo de publicaciones por ser famosos, así que he podido enterarme de algunas cosas de su vida...por cierto, ¿has interrogado a la viuda de Jerry Burton?

—Todavía estoy con la tripulación, ¿por qué?

—He leído que ella es la heredera del marido porque él no ha tenido hijos, y, aparentemente hay mucho dinero en juego ¿no?

—Eso parece, muy interesante ¿qué más?

—Los franceses son profesores de universidad, tenías que ver su Facebook, son unos frikis.

—Ya

—Y otra de las parejas son escritores de novelas policíacas, pero estos son belgas—sonrió—como Poirot, el de Agatha Christie.

—Vale—afirmó con la cabeza mientras seguía anotando lo que le contaba.

—Y, viendo la disposición de los pasajeros en las butacas, me he dado cuenta de que Jerry Burton y su mujer se habían cambiado de asiento.

—¿Quiénes? —levantó la vista del papel distraído, y frunció el ceño cuando ella lo repitió

—Jerry Burton y su mujer.

—Es curioso—lo apuntó y sonrió al decir a Natalia—sí que has aprovechado el tiempo, ¿algo más?

—De momento, no, pero estoy segura de que encontraré más cosas.

—Yo también lo estoy, por cierto ¿Roberto sigue arriba? —Natalia asintió y durante un fugaz momento, Germán pudo ver algo de preocupación en su mirada

—¿Ocurre algo? —ella sonrió y negó con la cabeza volviendo la vista a la pantalla.

—Si descubris algo más estoy abajo en la sala de cine, pero antes subiré a

ver a Roberto—cuando se fue, Fred tenía la nariz metida en la impresora y Natalia seguía cotilleando en las vidas ajenas, algo que le encantaba.

Estaba a punto de subir con su amigo, cuando escuchó su nombre, era Grace, Fred ya le había avisado de que era la jefa de las azafatas.

—Estoy aquí—bajó a verla y se encontró con ella al pie de las escaleras

—Le llama un tal Robert, me ha dicho que es del F.B.I.

—¿Por teléfono? —ella sonrió ante su extrañeza.

—Sí, tenemos teléfono vía satélite en el avión, de hecho, todos los pasajeros de primera tienen uno en los asientos. Pero este es uno de los de la tripulación, está en la cocina

—Está bien— se acercó hasta la cocina, y cogió el aparato; al ver que podía alejarse porque era inalámbrico, volvió a las escaleras para tener algo de intimidad.

—¿Hola?, soy Germán—escuchó una serie de ruidos, y enseguida la voz de su amigo diciendo su nombre con un acento espantoso, lo que le hizo sonreír, como siempre.

—¡Herrrrman, amigo!, ¿cómo estás?

—Bien, Bob, con un buen lío aquí arriba, estaba deseando hablar contigo.

—¿Cómo van las cosas?

—Estoy interrogando a la tripulación, en unos minutos empezaré con las azafatas. Quiero hacerme una idea general de lo ocurrido, ya sabes que cada uno dará una versión distinta, pero eso pasa siempre.

—Creí que te pondrías primero con la viuda de Burton y la otra chica, la novia del actor.

—No, prefiero que estén más tranquilas antes de hablar con ellas.

—¿Puedes confirmar si ha sido asesinato, o muerte natural?

—No creí que fuerais tan inocentes en el F.B.I.—sonrió— siento ser tan cínico, pero en cuanto me enteré de que había dos cadáveres, sabía que había sido asesinato. Han sido envenenados y creo que han utilizado cianuro, pero estoy esperando que lo confirme Roberto, ya sabes quién es.

—Sí, por supuesto ¿has encontrado el cianuro?

—Eres un cachondo Bob. Espero que no pienses en serio que puedo encontrar un frasco de cianuro en este pedazo de bicho. El asesino lo habrá escondido bien, aunque, por supuesto, más adelante registraré todo el equipaje. Seguramente los llevaré a la sala donde estoy haciendo los interrogatorios, y así registraremos toda la zona con tranquilidad.

—Bueno, tú diriges la investigación y te agradecemos muchísimo que nos estés haciendo este favor. Mi jefe quiere que te diga que sabe que es imposible que averigües quién ha sido antes de aterrizar, pero que te lo agradece

igualmente. Sobre todo, lo que más tememos es que se descontrola la situación —su amigo suspiró frustrado— ¡No veas la que se ha montado aquí! ¡Y yo que me había cogido un par de días de vacaciones! Esto es una locura, estamos al habla permanentemente con los ingleses que no quieren que se sepa que no había polis en el avión, porque el gobierno británico dijo que siempre iría uno en los vuelos de larga distancia—Germán miró a su alrededor antes de decirle,

—Sí, yo también estaba convencido de que habría policía a bordo.

—Nosotros, después de los atentados del 11-S, siempre los llevamos en este tipo de vuelos. En cualquier caso, muchas gracias Germán, ya les he dicho que eres la persona más adecuada para este tipo de responsabilidad; aquí no estaban muy convencidos de que tú te encargaras, pero es normal, están todos acojonados—Germán se cercioró de que no lo escuchaban antes de decir,

—Bob, tengo un mal presentimiento, no creo que esto se haya terminado, es solo una intuición, pero...

—¡No me jodas Germán!, ¡haz lo que sea, pero que no muera más gente!, si hace falta encierra a todos los de primera—Germán susurró la siguiente pregunta,

—¿Quién te dice que ha sido otro pasajero y no alguien de la tripulación? — su amigo se quedó estupefacto durante unos minutos, lo que hizo que no supiera qué contestar,

—Hombre...eso es una locura, ¿qué quieres decir, que el piloto o una azafata se han vuelto locos y están envenenando a los pasajeros?, Germán por favor, solúcionalo, ya es bastante malo lo que ha ocurrido—Bob maldijo durante unos segundos antes de decirle—Me imagino que no sabes lo que te voy a contar, pero es algo que puede afectar a la investigación y debes saberlo. Jerry Burton ha sido durante años un importante proveedor del ejército americano, de hecho, así fue como hizo su fortuna—Bob se quedó pensativo un par de segundos, pero Germán sabía que no le había contado lo más importante

—Sigue, por favor Bob.

—Sí, el caso es que tenía una vista en el congreso la semana que viene para que hablara sobre unos presuntos sobornos a altos mandos del ejército, por eso venía a Washington. Y se rumoreaba que iba a tirar de la manta y a traicionar a varios de los militares a los que había untado a lo largo de su carrera, a cambio de no ir a prisión. No sé si sabes que uno de ellos viaja contigo, y que también está citado en el congreso—Germán sacó la copia de la lista de pasajeros que le había hecho Fred, y la miró con el ceño fruncido,

—¿El General John Race?

—Sí, también está siendo investigado.

—¡Qué casualidad que vuelen juntos!, ¿no te parece?

—Eso pensamos nosotros.

—¿Qué suministraba Jerry Burton al ejército?

—Principalmente material para intervenciones quirúrgicas, era el único proveedor de todos los hospitales militares—su amigo volvió a quedarse mudo unos segundos, seguramente valorando cómo decirle lo siguiente—todavía no es oficial, pero también está siendo investigado porque gran parte del instrumental que vendía era defectuoso, y podría haber provocado numerosas muertes en los quirófanos del ejército. Todo muy feo.

—¡No me jodas Bob!, eso amplía los sospechosos en miles seguramente— se pasó la mano por el pelo y cerró un segundo los ojos respirando hondo, porque no serviría de nada que se enfadara— ya me estás haciendo una búsqueda a ver si alguien del avión, tiene o ha tenido relación con los militares, además del general. ¡Vaya historia! Y además ya me ha dicho Fred que no me podéis mandar la información a menos que arregle la impresora. Bob, si no puedes enviarme los datos, llámame y me das la información verbalmente, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, tranquilo, si es necesario te lo diré por teléfono, no te preocupes ¿quieres que busque solo en los de primera? —Germán miró un momento a su alrededor porque le había parecido oír un ruido, pero seguía solo,

—No, comprueba todo el pasaje, por favor. Pero empieza con los de primera—colgó enseguida y se quedó mirando el teléfono, luego volvió a la cocina a devolvérselo a la azafata.

TERCERA HORA

—G

race, me preguntaba si les podríais dar de comer algo a los pasajeros, hay que intentar distraerlos.

—Sí, quizás unas galletas y algo de fruta—enseguida se hizo cargo de la situación—y les podemos dar opción a una película gratis—Germán ya había visto que todos los pasajeros de primera tenían una pantalla de veinte pulgadas en sus asientos.

—Sí, lo que se te ocurra, pero que estén entretenidos.

—Claro, ahora mismo nos ponemos con ello.

—Bien, en unos minutos os avisaremos para hablar con vosotras. Muchas gracias—ella asintió mientras hablaba con otra de sus compañeras y abrían una nevera de donde comenzaron a sacar comida.

Por fin pudo subir las escaleras y siguiendo las indicaciones de Fred cuando estuvo frente a la cabina giró a la izquierda, después anduvo unos cinco metros hasta llegar ante una puerta que estaba entornada. Era una habitación con el techo muy bajo tanto, que él sentía que lo rozaba con el pelo y medía metro ochenta. Había doce literas, y en las dos últimas camas estaban tumbados los cadáveres, y entre ellos se encontraba Roberto de pie y con los ojos cerrados. Al verlo se acercó a él lo más deprisa que pudo, porque estaba muy pálido,

—¡Rober! ¿qué te pasa? —su amigo abrió los ojos al escucharlo y movió la cabeza como si no pudiera hablar, pero Germán no estaba para tonterías—¡Dime qué te pasa, hombre! —al verlo tambalearse, lo sujetó del brazo a tiempo para que no se cayera redondo, y lo acercó a otra litera que estaba alejada de los muertos.

—Ven, siéntate—a pesar de que temblaba, se resistía a sentarse.

—Aquí no, Germán—susurró a la vez que el sudor le caía por la barbilla, y allí no hacía calor precisamente—tengo claustrofobia—él lo miró atónito, pero sin decir nada, lo sujetó por la cintura para sacarlo de allí. Fue implacable tirando de él, hasta que consiguió que bajara las escaleras, entonces lo apoyó en la pared. Esperó frente a él unos segundos, mientras observaba cómo su amigo respiraba hondo con los ojos cerrados, intentando tranquilizarse.

—Roberto, ¿te vendría bien un whisky, agua, lo que sea? —él asintió sin mirarlo,

—Agua fría, por favor—Germán miró a Grace que estaba a su lado, porque

se había acercado al pie de las escaleras al oírlos, y que volvió a la cocina a por el agua.

—Mientras te la traen, siéntate en las escaleras—él lo hizo, metiendo la cabeza entre las piernas. Grace volvió enseguida, con una botella helada de agua mineral, y Germán desenroscó el tapón y se la dio a Roberto. Éste bebió un trago largo y al observarle se tranquilizó, porque al menos ya no estaba verde; se sentó a su lado y esperó hasta que estuvo lo bastante bien para hablar.

—¿Por qué no le has dicho nada a Fred, o a mí, cuando has visto el lugar donde estaban los cuerpos? —resopló enfadado—no tenía ni idea de que tuvieras claustrofobia, no recuerdo que te pasara en el colegio,

—No fui consciente de ello, hasta que fui a bucear hace cinco años a Levante con unos amigos, ese día casi me da un infarto cuando nos sumergimos. Desde entonces intento no entrar en lugares muy pequeños, o con el techo demasiado bajo. Cuando he subido con Fred, se me ha acelerado el corazón y he empezado a sudar, pero he hecho ejercicios de respiración, y pensaba que lo podría aguantar. Pero cuando has llegado ya se me estaba nublando la vista—sonrió dando un trago largo de agua—estaba fatal.

—¡Eres increíble tío!, no entiendo por qué no me lo has dicho—apretó las mandíbulas controlándose para no regañarlo, porque no era el momento— ¿estás mejor? —Roberto asintió con una semisonrisa

—Te he asustado de verdad, ¿eh? —el muy cabrón parecía divertirse al pensarlo, en ese momento no parecía tener más de 14 años. Germán le miró aguantando las ganas de mandarle a hacer puñetas.

—Veo que ya estás bastante recuperado, así que me imagino que podrás decirme algo sobre las dos muertes—su amigo asintió de nuevo serio.

—Sí, los han envenenado y tenías razón, ha sido con cianuro. Por supuesto, no se puede asegurar hasta que no se les haga la autopsia, pero estoy seguro—volvió a tomar otro trago de agua.

—Bebe, pedazo de cabrón, que tienes que estar medio deshidratado—su amigo sonrió por el insulto, porque sabía que era producto de la preocupación—estoy de acuerdo con tu diagnóstico y ¿a qué hora crees que les habrán dado el cianuro? —Roberto lo miró como si le estuviera tomando el pelo

—Lo sabes perfectamente—sabía de primera mano los enormes conocimientos que tenía Germán sobre venenos, ya que una de sus aficiones era su estudio,

—¿Entre uno y quince minutos antes? —Roberto asintió—es un caso interesante porque, en principio, no parece que los dos muertos tuvieran relación, pero, en fin, voy a seguir con las azafatas.

—¿Qué quieres que haga yo? —Germán lo miró valorando su aspecto,

—Vete con Natalia un rato y ayúdala, si quieres puedes ir apuntando las cosas que vaya descubriendo— sabía que su novia sería la que mejor lo cuidaría y todavía seguía muy pálido.

Después de la información que le había dado Bob tenía unas ganas enormes de hablar con los pasajeros, pero la experiencia le había enseñado que, era muy importante seguir un método en los interrogatorios, porque así se cometían menos errores. Fue a la cocina y pidió a Grace que lo acompañara, estaba seguro de que, al ser un mando intermedio entre pilotos y azafatas, conocería prácticamente todo lo que ocurría en el avión. Cuando pasaron entre los pasajeros vio a Isabel y le hizo una seña para que los acompañara,

—Muchas gracias por venir Grace, siéntate por favor e intentaré ir lo más deprisa que pueda—había decidido hacerlo debido al poco tiempo del que disponían,

—Te lo agradezco porque cada treinta minutos tengo que estar disponible, normalmente soy yo la que va a comprobar a los pilotos—Germán frunció el ceño extrañado

—¿Y eso qué significa?

—Que cada media hora aproximadamente, vamos a cabina a preguntar si se encuentran bien o necesitan algo. Es parte de nuestro trabajo, normalmente lo hace la sobrecargo o jefa de cabina, que soy yo; pero si no puedo, por la razón que sea, se lo pido a una de mis compañeras.

—Entiendo, no te preocupes, no creo que tardemos tanto. Primero, quiero saber si llevas mucho tiempo en esta ruta.

—Ocho años.

—¿Siempre con Airbus?

—¡Que va!, antes la hacíamos con un Boeing, también era grande, pero no tanto como este. Aquí vamos 24 azafatas, aunque en primera solo estamos destinadas 4, y las otras veinte tienen otro sobrecargo.

—¿Conocías antes de este vuelo a alguno de los pasajeros?

—A decir verdad, sí, a una pareja francesa que son profesores de universidad. Suelen viajar con nosotros, puede que tres veces al año—miró a Isabel—dan conferencias por todo el mundo. Ella me lo explicó una vez, creo que se dedican a enseñar de manera práctica, las diferencias entre el original y la copia de algunas pinturas. Y por lo visto tienen mucho éxito, porque la gente que va a verlos se divierte mucho y aprende a la vez. Creo que eso es lo que hacen.

—Sí, al parecer han tenido una discusión con una azafata esta mañana por el sitio donde querían tener las pinturas, no querían que las subieran con el equipaje de mano—ella sonrió divertida,

—No, nunca quieren, me parece que tienen miedo de que se las perdamos,

o algo así. Las dejan siempre al lado del asiento, en un hueco que hay junto a la ventanilla.

—Sí, lo he visto

—Es curioso que alguna de mis compañeras discutiera con ellos, no me he enterado. Ha debido ser cuando estaba preparando los desayunos con Megan— se quedó unos segundos pensativa—la única que no los conoce, es Becca, porque es la primera vez que vuela con nosotros.

—¡Ah! ¿sí? —Isabel levantó la cabeza para mirarla con atención cuando escuchó la contestación—¿y la han cambiado de avión por alguna razón en especial?

—Siento decir esto, pero...—se encogió de hombros— viene expedientada de otro vuelo por fumar en los baños, yo creía que con nosotros no lo había hecho...eso creía, pero al parecer ha vuelto a las andadas, aunque lo ha negado cuando se lo he preguntado. Si vuelve a hacerlo la echarán a la calle, el comité disciplinario ha sido muy claro.

—Comprendo, y ¿cómo sabes que ha fumado?

—Hace un rato he pasado a revisar los baños, y en uno de ellos olía a quemado. Kevin, el copiloto, que volvía de coger un par de botellas de agua para él y para Adam, me ha confesado que había visto salir a Becca un momento antes—sonrió recordando—el pobre ha pasado mal rato, pero al final ha decidido contármelo, porque no podemos consentir que este tipo de actuaciones perjudiquen a la compañía.

—Y ¿has hablado con Becca?

—Sí, hace unos minutos, por supuesto ella lo ha negado. Sabe lo grave que es, además me ha pedido por favor que no lo incluya en el informe—levantó las manos con las palmas hacia fuera—al día siguiente de aterrizar, tengo que enviar un informe contando las incidencias del vuelo, si las hubiera habido. También el piloto tiene que mandar otro, los dos se comprueban para asegurarse que decimos lo mismo.

—Entiendo, cambiando de tema...creo que a primera hora Jerry Burton ha subido a cabina, a petición suya—Grace se puso rígida e irguió la cabeza, no había que ser muy listo para saber que había pasado algo.

—Sí,

—Y, al parecer, ha tenido una conducta inapropiada contigo—pareció sorprendida por el comentario

—No creí que nadie se hubiera dado cuenta.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me ha tocado un pecho al entrar en la cabina y, aunque enseguida me ha pedido disculpas en voz baja como si hubiera sido de manera involuntaria, por su

mirada me he dado cuenta de que lo había hecho adrede. Siento que haya muerto, pero era un viejo verde asqueroso.

—Entiendo, ¿y ha ocurrido algo más esta mañana que te haya llamado la atención?

—¿Aparte de que se hayan muerto dos pasajeros? —Isabel contuvo la risa, haciendo como que tosía, pero Germán le echó una mirada para que se diera cuenta de que no le engañaba.

—Sí, aparte de eso.

—Pues, poco antes de morir el señor Brown, tuvo una fuerte discusión con su acompañante—Germán la miró fijamente instándole a hablar—no escuché lo que se decían, porque cuando me acerqué por el pasillo se callaron, pero ella estaba muy enfadada.

—Muy interesante, otra cosa, ¿mientras preparáis los desayunos estáis las dos azafatas, en este caso tú y Megan, juntas continuamente?

—Sí, ¿por qué? —Germán no contestó, pero no hizo falta porque ella enseguida se dio cuenta de lo que quería decir.

—Y una última pregunta, ¿los desayunos están personalizados?, ¿es decir, cuando salen de la cocina los desayunos de primera ya sabéis para quien es cada uno?

—En primera y en esta ruta sí, porque les preguntamos qué quieren desayunar y se preparan las bandejas personalizadas—le miró a los ojos antes de añadir—me imagino que la pregunta es para saber si, desde la cocina podríamos haber envenenado a una persona en concreto, ¿no? —Germán sonrió sin responder, y ella suspiró elegantemente antes de contestar—Imagino que, si hubiéramos estado una de las dos solas, habríamos podido hacerlo

—Cuando las bandejas se recogen... ¿se guardan como las de los demás pasajeros, es decir, con las tazas, los vasos...los platos?

—Sí, la diferencia es que la vajilla que se presenta en primera es de porcelana, y la del resto del avión es de plástico.

—¿Y podría saber qué bandeja corresponde a cada uno de los pasajeros? —ella se quedó pensativa un momento, y luego asintió lentamente.

—Sí, creo que sí, porque siempre las recogemos en el mismo orden.

—¿Las recogiste tú?

—No, en esta ocasión fue Becca, mis tres compañeras se van turnando para hacerlo—aclaró

—Está bien, una última duda, ¿suelen viajar muchos famosos con vosotros?

—Sí, creo que la compañía vende los billetes mucho más baratos a los famosos que viajen con nosotros, a cambio de que hagan propaganda de la compañía. Por eso siempre viajan con nosotros tantos actores.

—Entiendo, muchas gracias Grace. Por favor ¿puedes avisar a Becca? —la azafata se levantó y se fue con una sonrisa tensa,

—¡Qué ganas tenía de volver a trabajar! —Isabel dejó caer el comentario cuando ya se había ido, los dos se miraron serios porque pensaban lo mismo.

—Sí, oculta algo o no le gustan los polis.

—O las dos cosas a la vez.

Becca López era una mujer morena, de rasgados ojos negros y tez aceitunada, todo lo que la hacía muy atractiva.

—Buenos días, nos han dicho que es tu primer vuelo en esta ruta, ¿pediste tú el cambio? —ella asintió mordiéndose el labio, se le notaba que estaba preocupada por algo, si era por un cigarro o por un asesinato era algo que Germán tendría que descubrir.

—Creo que tuviste algún problema en el otro avión en el que solías trabajar, que hizo que te cambiaran a este...—ella agrandó los ojos asustada y agachó la mirada.

—Becca, el menor de mis problemas es que hayas fumado en el baño, pero necesito saber la verdad—la mujer volvió a mirarlo de frente, y se decidió a hablar.

—No fui yo, señor. Se lo dije a Grace, la sobrecargo, que yo no había sido, pero no me ha creído. Cuando me cambiaron de vuelo, dejé de fumar. Entonces creí que me echarían de la compañía y me tomé muy en serio la advertencia, mire—se desabrochó la manga de la blusa y le enseñó el brazo, donde pudieron ver un parche de nicotina— lo he dejado, pero como está en mi expediente, si alguien fuma en algún sitio todos piensan que he sido yo—parecía desanimada.

—¿Quién ha podido ser, si no has sido tú? ¿alguna de las otras azafatas fuma? —ella se encogió de hombros

—Podría ser uno de los pasajeros, al fin y al cabo, ha ocurrido en uno de sus baños, no en los nuestros.

—¿Vosotros tenéis otros baños?

—Sí señor, tenemos prohibido usar los de los pasajeros, salvo ocasiones concretas.

—¿Qué ocasiones?

—Pues si por necesidades del servicio no pudiéramos abandonar nuestro puesto. Los nuestros están arriba, junto a la habitación del ordenador, pero no tienen ningún cartel desde fuera, no como los de los pasajeros.

—Entiendo, una cosa más, ¿has notado algo extraño esta mañana en primera, que quieras comentarnos?

—Bueno, cuando llegaron al avión el señor Burton y su mujer, estuvieron

unos minutos discutiendo porque él quería sentarse en el asiento de ella, y al final lo hizo; pero ella estaba muy enfadada, y luego...—se mordió los labios como si dudara si seguir hablando,

—¿Sí?

—Bueno el señor Burton llamó para que fuéramos y me tocaba a mí, así que fui yo. Estaba muy enfadado porque decía que no le habíamos puesto suficiente zumo—frunció el ceño al recordar— era muy maleducado. Me insultó, pero aquí no puedes contestar a ningún pasajero te diga lo que te diga— se encogió de hombros al recordar— así que fui corriendo a por la jarra de zumo y le llené el vaso; me acuerdo de que, mientras lo hacía, deseé con todas mis fuerzas que le sentara mal. No me extraña que su mujer no pareciera disgustada cuando murió.

—¿No lloraba, ni parecía triste?

—¡Oh, sí que lloraba!, más tarde, cuando todos la miraban, pero yo estaba cerca cuando se dio cuenta de que había muerto. Se asustó al principio, pero enseguida me pareció que estaba muy tranquila, por supuesto cuando vio que los pasajeros se dieron cuenta de que se había muerto su marido, montó un buen numerito.

—Comprendo, creo que también has tenido un problema con la pareja francesa por sus pinturas...

—¡Sí! —puso los ojos en blanco—¡qué mujer más pesada!, no había manera de convencerla para que me dejara poner el dichoso tubo arriba. Luego ha venido el comandante y le ha dejado salirse con la suya, ¡si lo hubiera hecho yo me hubiera caído la bronca!

—Imagino que sí, muchas gracias Becca. Si no se te ocurre nada más... mándanos a otra compañera tuya, la que quieras—se despidió de ellos saliendo deprisa de la habitación

—Estoy segura de que sí que ha fumado en el baño—él se volvió sonriente hacia Isabel al escucharla, y ésta, cuando vio su expresión se cabreó—¡qué rabia me da cuando haces eso! —se sorprendió al escuchar la última frase, porque no tenía ni idea de a qué se refería.

—¿El qué? —la miraba asombrado

—Cuando escuchamos la misma conversación, y tú deduces tres mil cosas más que yo que ni siquiera soy capaz de imaginar—le señaló con el boli antes de decir—¡es un asco trabajar con alguien como tú! —se inclinó hacia ella cada vez más sonriente, pero volvió a ponerse derecho al escuchar la puerta, era otra de las azafatas.

Ni Megan Brown, ni Kyra Wilson, las otras dos azafatas, pudieron decirle nada que le sirviera; todo había sido normal, y no habían notado nada que se

saliera de lo corriente en lo que llevaban de vuelo. Cuando la última de ellas salió de la habitación, suspiró sabiendo que habían perdido los últimos veinte minutos, aunque no tenían más remedio que hablar con todos.

—Ha llegado el momento de empezar con los pasajeros—Isabel le observaba esperando instrucciones—vamos a registrar a la vez sus equipajes porque no podemos perder más tiempo, cuando vengan que traigan sus cosas y tú te encargarás de inspeccionarlos. Pero antes, quiero que pongáis en cada bolso o maleta una nota para saber a quién pertenece. Roberto te puede ayudar, así se distraerá.

—Está bien,

—Además, por si alguno tiene la tentación de “olvidarse” de parte de su equipaje, quiero que hagas una relación con los bultos de todos y que empieces con los de los asesinados y sus mujeres ¿alguna duda?

—No, ninguna, voy a buscar a Roberto.

—Te acompaño, porque quiero hablar con Natalia y Fred.

Subió corriendo las escaleras, porque el tiempo se le echaba encima, y se dirigió a la habitación del ordenador.

—¿Cómo vais chicos? —Natalia le pasó una lista con una letra imposible de descifrar.

—No entiendo nada, ¿te importa traducir? —le devolvió la hoja, porque le resultaba imposible entender algo.

—De momento, aparte del General John Race y de Jerry Burton, no hemos encontrado a nadie que se pueda relacionar con el mundo militar.

—Mundo militar, que expresión más bonita—Fred los observaba asombrado de su relación—vale, ¿qué más?

—Alexander Big, bueno—resopló por la risa de Fred—quiero decir Brown, ya sé que Big es su nombre artístico...el actor porno vamos, al parecer era algo agresivo con su novia.

—¿La pegaba? —Germán no aguantaba a los tíos que pegaban a las mujeres.

—No, montaban unas broncas tremendas a gritos, pero sin violencia física y todo terminaba cuando venía la policía, a la que generalmente llamaban los vecinos, pero luego ella no ponía denuncia.

—Una relación tóxica.

—Sí, cuando he subido ella lloraba como una magdalena, ¿la has visto?

—Sí, al pasar, creo que las azafatas les han dado un tranquilizante a ella y a la mujer del millonario—era una chica morena, muy guapa, al igual que la viuda de Jerry Burton, aunque esta última era rubia platino. Miró a Fred que tecleaba

en el ordenador como loco.

—¿Cómo va lo de la impresora? —el americano lo miró con cara de desesperación

—Estamos mirando todos los tutoriales que encontramos, pero de momento no ha habido suerte. Ten en cuenta que no he arreglado nunca una de éstas, ni siquiera la conocía por dentro; además, yo soy programador no técnico de hardware, ni me acuerdo de lo que estudié sobre esto en la carrera—se pasó la mano por el pelo, totalmente frustrado.

—Está bien, haz lo que puedas. Si no puedes, tendrán que dictarnos los expedientes por teléfono; en cualquier caso, haremos lo que podamos.

Bajó en busca de Isabel, que estaba escribiendo en su cuaderno la relación de todo lo que había en los portaequipajes y a quién pertenecía, y después Roberto iba colocando una etiqueta en cada bulto. Los pasajeros los observaban trabajar atónitos, él dio los buenos días a todos cruzando la zona de primera, y se acercó hasta Isabel para susurrar:

—Quiero empezar con Madison Pretty—ella asintió y le pidió a Roberto que continuara solo, entonces los dos se acercaron a la actriz que tenía corrido el maquillaje de los ojos, hasta el punto de que parecía un mapache. Isabel se sintió mal porque nadie, y se incluía ella misma, le hubiera dicho que tenía la cara así, por eso, le avisó en voz baja:

—Madison, tenemos que interrogarte—la chica asintió asustada—pero creo que te sentirás más cómoda si vas al baño a arreglarte un poco la cara—ella la miró sin entender, por lo que Isabel se inclinó hacia ella aún más —tienes corrido el maquillaje, quítatelo si quieres y échate crema, te sentirás mejor después, créeme. Pero no te lleves el neceser entero, sólo el desmaquillante y la crema—la mujer asintió y cogió de su neceser lo necesario, con movimientos nerviosos.

—¿Tardará mucho? —Germán se metió la mano derecha en el vaquero, observándola desaparecer tras la puerta del baño

—Cinco minutos como mucho, lo siento, pero no podía dejar que siguiera así. Las mujeres podemos ser muy cabronas—Germán la miró sorprendido—es algo que vosotros no entendéis.

Salió enseguida con la cara limpia, la ayudaron a coger su neceser, su bolso y la mochila de Alexander Brown que, por supuesto, seguía en el portaequipajes y se dirigieron a la recién convertida sala de interrogatorios. Por lo que acababa de ocurrir, Germán hizo un gesto a Isabel para que dirigiera ella la sesión, mientras él revisaba el equipaje. Lo más normal era que confiara más en ella, Isabel le explicó brevemente lo que iban a hacer, para que no se preocupara,

—Madison, vamos a comprobar tu equipaje, pero lo hará mi compañero

delante de ti, ¿tienes alguna pregunta?

—No.

—¿Te encuentras bien para responder a unas preguntas? —ella asintió, aunque no dejaba de jugar con un anillo enorme que llevaba en la mano derecha.

—Bien, veamos, ¿llevabas mucho tiempo siendo pareja de Alexander?

—Sí, cuatro años—Isabel la observó sin maquillaje y es que parecía tan joven...

—Pero ¿qué edad tienes?

—Veintiuno.

—Entonces empezaste con él con...

—Diecisiete años—Germán, al escucharlo, levantó la vista de la gran cantidad de potingues que había en el neceser, pero enseguida volvió a lo suyo. Abrió metódicamente todos los frascos y tubos, y los olió, pero no encontró nada extraño.

—Eras muy joven, ¿no? —Madison sonrió con tristeza, recordando.

—Sí, pero desde los catorce supe que no quería quedarme en mi casa. Mi familia tiene una granja, y desde siempre he odiado esa vida.

—Ya. ¿Y tú y Alexander os llevabais bien?

—Sí, yo quería que tuviéramos un niño porque Alex a veces era un poco loco, y estoy segura de que con un hijo hubiera madurado.

—¿Cuántos años tenía él?

—Treinta y dos—Madison se sonó y se limpió los ojos, Isabel, viendo el estado de su pañuelo, le dio uno limpio.

—¿Solíais discutir? —ella asintió después de un momento—¿por qué?

—A veces me engañaba con otras mujeres...pero yo siempre lo perdonaba —volvió a llorar.

—Tranquila Madison, continúa cuando puedas.

—Siempre le amenazaba con dejarle, pero luego no era capaz porque lo quería demasiado, y él lo sabía.

—¿Y siempre trabajabais juntos?

—Al principio sí, aunque últimamente solo me llamaban a mí, por eso él se enfadaba tanto. Algunos directores decían que tenía muy mal carácter y que había miles de actores más jóvenes deseando trabajar; yo le dije muchas veces que tenía que tener más paciencia, pero era superior a sus fuerzas, no se podía controlar—se quedó algo distraída, e Isabel volvió al ataque.

—Nos han dicho que esta mañana también habéis discutido ¿es así? —Madison no contestó y Germán se sentó junto a ellas porque no había encontrado nada, aparte de una cantidad increíble de cosméticos. No se imaginaba para qué podían servir todas esas cosas.

—Vamos Madison, enseguida te dejaremos en paz, pero nos lo tienes que contar—Germán escuchaba el interrogatorio muy orgulloso de Isabel, aunque no lo demostraba.

—Discutimos porque, en cuanto el viejo se levantó y se fue, Alex se sentó junto a Arlena para hablar con ella—tenía la voz ronca de tanto llorar, y Germán no quería ni pensar cómo estaría sin el tranquilizante—estuvo unos minutos con ella y cuando el millonario volvió, lo echó de su asiento. Entonces le dije lo que pensaba de lo que acababa de hacer, fue horrible, porque estábamos discutiendo cuando se murió—miró a Isabel recordando lo ocurrido, y pareció más asustada que nunca— de repente hizo un ruido como si se ahogara, y su cuerpo comenzó a moverse como si tuviera un ataque o algo así, se cayó al suelo y se murió— todavía no parecía creérselo— esa chica que se sienta detrás de mí, Rose, es enfermera y fue muy amable. Se arrodilló para intentar ayudarle, pero no pudo hacer nada, fue la que me dijo que estaba muerto. Ahora estoy segura de que le dio un ataque por la discusión.

—Eso no es verdad, Madison. No sabemos seguro por qué ha muerto, pero no es porque estuvierais discutiendo, te lo aseguro.

—¡Ah!, ¿no? —la miraba agradecida.

—No, y una cosa más, ¿sabes por qué fue a hablar con la señorita Star? — volvió a asentir.

—Sí, ellos se conocían desde hacía años—dudó unos segundos antes de continuar—aunque casi nadie lo sabe, Arlena al principio de su carrera, fue pareja de Alex.

—¿Eran novios?

—Sí, también, pero me refiero a que empezaron a la vez en el cine porno, creo que hicieron tres películas juntos.

—¿Y seguían manteniendo relación?

—¡No, ¡qué va!, se llevaban muy mal, pero a veces nos encontrábamos con ella en algunas fiestas de gente del cine o en sitios así.

—¿Has notado algo más en el resto de los pasajeros que te haya llamado la atención?

—Creo que no—a Germán le parecía que se estaba quedando dormida, el sedante no era tan suave...

—Muchas gracias Madison puedes volver a tu asiento; si necesitamos algo más te lo diremos, y, por favor si recuerdas algo más, dínoslo.

—Claro, muchas gracias.

Salió de la habitación sin ser consciente de la bomba que había soltado.

—Que una estrella del cine a nivel mundial como Arlena Star haya empezado en el cine porno, y no quiera que se sepa, cosa del todo lógica, parece

un buen motivo para asesinar—Isabel asintió totalmente de acuerdo—así que después de hablar con la viuda de Burton, hablaremos con la señorita Arlena Star.

CUARTA HORA

L

a viuda de Jerry Burton, antigua conejita de la revista Playboy, era una mujer muy exuberante, con un pecho ridículamente desproporcionado en comparación con el resto de su cuerpo. Sus ojos eran de un color azul muy claro, casi transparente y el pelo color platino; entró acompañada por su guardaespaldas, Jack Osborne. Germán, al verlo, se levantó para hablar con él,

—Jack, si no le importa, espere fuera—pero el grandullón se negó,

—Prefiero estar aquí—se sentó en una de las butacas del cine, pero el policía se colocó frente a él sin dudarlo, sabía cómo tratar a esos tipos acostumbrados a hacer lo que les daba la gana.

—Levántese y salga, por favor—no solía ponerse serio, pero cuando lo hacía, Isabel no sabía cómo conseguía que todo su cuerpo irradiara peligro. Osborne sorprendido al notar el cambio de actitud del español, casi no se lo pensó y se levantó, entonces miró durante un instante a Johanna Burton y salió. Cuando lo hizo, se llevó con él la tensión de la habitación, y Germán volvió tranquilamente a la mesa donde esperaba una boquiabierta Johanna, y se sentó frente a ella mientras Isabel revisaba sus pertenencias,

—Es la primera persona que consigue que Jack haga algo que no quiere; incluso Jerry, cuando Jack se ponía bruto, le tenía algo de miedo.

—Parece raro teniendo en cuenta que su marido le pagaba el sueldo, ¿no?

—Sí, pero a Jerry le gustaba mucho que trabajara para él, porque siempre decía que Jack es lo mejor como guardaespaldas que se puede tener, es un antiguo marine, ¿sabe? —Germán miró de reojo a Isabel que por su actitud estaba pensando lo mismo que él, otro antiguo militar en el avión, aquello parecía una reunión de colegas.

—Antes que nada, quiero decirle que sentimos molestarla en estas circunstancias, ¿está usted más tranquila? —la pregunta tenía una carga de ironía, porque Johanna parecía estar notablemente relajada teniendo en cuenta que acababa de perder a su marido, pero ella no captó la segunda intención.

—¡Sí, mucho mejor!, ¡qué amable por preguntar! —asintió con cara de seriedad— tenía mucho cariño a Jerry, a pesar de que todo el mundo pensaba que no era así. Muchos decían que me había casado con él por su dinero—mover la cabeza incrédula ante la maldad de la gente, y entonces dijo lo que menos esperaba Germán—¡qué tontería!, pues claro que me casé con él porque era rico,

pero también me gustaba como era—bajó el tono de voz un poco— podía ser bastante tacaño, pero conmigo no lo era, así que le tenía que querer a la fuerza, ¿no le parece?—Germán no aparentó lo sorprendido que se sentía, le parecía haber entrado en un mundo paralelo, mucho más surrealista que el real. A pesar de que la miró fijamente, no encontró ninguna muestra de que estuviera haciendo un papel. No, esa mujer era así.

—Supongo que tiene razón, le importaría decirme todo lo que recuerde sobre lo ocurrido...

—Claro, todo ha pasado justo después del desayuno—antes de seguir lanzó un pequeño gemido, como si fuera una gatita indefensa, que él decidió pasar por alto—ya se había muerto el otro chico un rato antes, cuando Jerry ha comenzado a sentirse mal, ha sido muy desagradable porque se llevaba las manos a la garganta y daba manotazos como si no pudiera respirar. Me he asustado un montón y me he levantado a pedir ayuda, hasta creo haber gritado, aunque no estoy segura; y entonces ha venido esa chica que está sentada delante de mí, la que había intentado ayudar al otro chico, la enfermera.

—Ahora que lo nombra, creo que Alexander Brown, poco antes de morir se sentó a su lado para poder hablar con Arlena Star...—ella se inclinó con los ojos brillantes.

—¡Desde luego!, yo no quería escuchar, pero estaba tan aburrida que lo he hecho casi sin darme cuenta—German asintió con miedo de hablar porque si la distraía—él hablaba muy bajito, pero creo que le estaba pidiendo dinero. Ella se ha enfadado mucho, y le ha acusado de seguirla, entonces él ha dicho algo parecido a que se atuviera a las consecuencias; no lo he podido oír todo, pero estoy segura de que la estaba amenazando—Germán estaba pasmado, aquella mujer era una fuente de información continua y sin filtros. ¡Era perfecta!, siempre y cuando no hubiera matado a su marido, claro.

—Muchas gracias por contárnoslo y ¿pudo escuchar algo más?

—No, solo que él insistía y ella se negaba diciéndole que se había acabado.

—¿Sabe a qué se refería con esa frase? —ella se encogió de hombros,

—Yo creo que hablaba de dinero, pero enseguida volvió Jerry que se enfadó al ver al chico en su butaca, y le dijo que se fuera—miró a Isabel que ya estaba sentada junto a Germán, intentando hacerle entender—era muy gruñón, se enfadaba por todo.

—¿Llevaban mucho tiempo casados?

—Tres años—se quedó mirando el enorme brillante que llevaba en su mano derecha,

—¿Y sabe si tenía algún enemigo?

—Claro, muchos—sonreía como si estuviera orgullosa de ello—muchas

veces me contaba, cuando veíamos a alguien en la tele o en una fiesta, de cuantas maneras los había engañado o puteado. Era un chico muy malo mi Jerry, menos conmigo, conmigo se portaba muy bien.

—¿Cómo consiguió hacerse rico?

—Vendía cosas. Solía decir que, cuando era joven podía vender lo que quisiera a cualquiera.

—¿Conocían a alguno de los pasajeros antes de venir?

—No creo, excepto a Arlena, porque habíamos coincidido con ella varias veces y a Jerry le caía muy bien—se inclinó para susurrarles—eso es lo que él decía, pero yo creo que le gustaba, aunque ella no le hacía ni caso. Por eso me hizo cambiar mi asiento con el suyo, porque quería estar a su lado.

—¿Y usted discutió con él, le molestó eso?

—Al principio sí, pero luego me di cuenta de que me gustaba más el nuevo sitio—le miró con picardía.

—¿Y eso?

—Porque no me apetecía nada estar sentada al lado de Arlena, ya tenía bastante con aguantarla cuando nos la encontrábamos en las cenas de algunos amigos ¡Es una creída!

—Entiendo ¿y me podría dar el nombre de alguno de los enemigos de su marido?

—Lo siento, no tengo ni idea—negó con la cabeza—pero seguro que nuestro abogado sí, porque es el que sabe todo eso, ¡Jerry incluso recibió amenazas de muerte! —miró a Germán—deberían hablar con él.

—¿Tiene usted su teléfono? —ella se rio al escuchar la pregunta

—¡No, por favor!, ¿para qué iba a querer yo el teléfono de ese señor tan aburrido? —se encogió de hombros, pero en esta ocasión a Germán le pareció que le ocultaba algo.

—Bueno, conseguiremos su teléfono de otra manera. Una última pregunta ¿por qué no ha subido a ver la cabina de los pilotos con su marido?

—Porque no quería, me parece un rollo—pero al contestar desvió la mirada, estaba seguro de que ocultaba algo.

—Creo que eso es todo—miró a Isabel que cerraba su libreta, y se despidieron de ella dándole las gracias como a todos los demás.

A continuación, decidió hablar con Jack Osborne por el simple hecho de que estaba al otro lado de la puerta esperando a su jefa, así que, al verle, le pidió que se quedara unos minutos. Johanna le echó una mirada preocupada y se fue, esa mirada le dijo más a Germán sobre su relación, que toda su declaración.

—Bien, señor Osborne, espero que colabore y no tendremos ningún problema—se lo dijo en el tono más civilizado posible, y el otro hombre le echó

una mirada malhumorada, pero asintió.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para el señor Burton?

—Cinco años—estaba nervioso, se movía continuamente en la silla, como si no se encontrara cómodo.

—Es decir que, cuando se casó con Johanna, usted ya trabajaba para él.

—Sí

—¿Y, según su opinión, tenían una relación normal?

—No sé lo que quiere decir—pero sí lo sabía

—¿Se llevaban bien?

—Sí—se encogió de hombros—como todas las parejas, de vez en cuando discutían, pero lo habitual en estos casos.

—¿Conoció usted al señor Burton mientras estuvo en los Marines? —eso provocó que Jack lo mirara fijamente, como si intentara adivinar cuánto sabía. Germán al ver que no contestaba, insistió.

—Señor Osborne...no creo que sea una pregunta muy difícil.

—Es que no sé qué coño hace un español llevando esta investigación de mierda—se levantó y se dirigió a Germán con expresión agresiva, al verlo, Isabel también lo hizo porque Osborne era un hombre enorme, pero Germán le hizo un gesto con la mano para que se sentara y él se levantó despacio para enfrentar al americano. El ex marine le sacaba quince centímetros y al menos veinte kilos, pero se había visto en peores situaciones,

—Como saben, tengo autorización de su gobierno para encargarme del caso, al menos hasta que lleguemos a suelo americano ¿Tiene algún problema con eso?

—¡Sí, claro que lo tengo! —debía pensar que, como estaban en un avión, no podían hacerle nada.

Germán había conocido a algunos hombres como él, los típicos gallitos que utilizan su tamaño para amedrentar a los demás o por lo menos lo intentan. Estaban los dos frente a frente mirándose a los ojos, y Germán estaba seguro de que habría pelea, pero, en ese momento se abrió la puerta y entró una desquiciada Johanna Burton,

—¡Jack, por favor! —sin hacer caso de los polis se acercó a él y le puso una mano en el brazo derecho, y ese simple gesto hizo que él se relajara. Entonces la mujer de Jerry Burton, mirándolo a los ojos, le dijo—tranquilízate por favor, hazlo por mí—dudó unos instantes, pero finalmente asintió. Ella, mucho más tranquila, se volvió a Germán y le dijo,

—Por favor, me gustaría quedarme; me imagino que querrá preguntarle cosas sobre nosotros, pero no los molestaré—Germán los miró a los dos, y aceptó. Ya lo sabía, pero esta era la confirmación de que tenían una relación.

Jack Osborne volvió a sentarse y el resto del interrogatorio se desarrolló sin problemas.

—Conocí a Jerry Burton hace siete años, yo entonces estaba en los Marines y un par de años después tuve unos problemas con un superior—con su genio, a Germán no le extrañaba—por consideración a mi buen expediente, me aconsejaron que renunciara, para no tener que expulsarme. Lo hice, y poco después, él me ofreció este trabajo—miró un momento a Johanna, que se había sentado junto a él—era tranquilo y estaba bien pagado, así que, acepté.

—Comprendo, y ¿cuánto tiempo hace que—los señaló—ustedes dos mantienen una relación?

—Unos meses—durante un segundo Germán vio una chispa de sorpresa en la cara de ella, pero enseguida bajó la mirada.

—¿Y su jefe lo sabía?

—Nunca me lo dijo con palabras, pero creo que sí—sonrió irónicamente—el viejo hacía tiempo que no podía hacer nada en la cama con ninguna mujer, a pesar de que tenía las manos muy largas. Si le apetecía le tocaba el culo a cualquier chica que tuviese al lado, incluso se intentó propasar con Arlena Star en una fiesta, aunque también es cierto que ese día estaba bastante bebido. Cuando ella lo ha visto en el avión, se le ha cambiado la cara.

—Imagino que usted sí sabe cómo consiguió su fortuna—era imposible que no lo supiera.

—Por supuesto, durante muchos años fue proveedor del ejército, por eso lo conocí. Vendía todo lo que se utiliza en un quirófano, absolutamente todo, el líquido desinfectante, las batas desechables, y la partida más gorda de todas, la del instrumental quirúrgico. Mi superior en esa época era el encargado de autorizar esos pagos, por lo que por mis manos pasaron muchas facturas. Los dos se iban mucho de comida y de viaje juntos, incluso yo los he acompañado alguna vez—Germán asintió mirándolo fijamente, porque ese era el hombre que tenían que llevar a la comisión de investigación, y se aseguraría de que Bob lo supiera ¡Menudo pieza estaba hecho!

—Entiendo, ¿y escuchó usted si hubo algún problema, con los materiales que vendía? —volvió a encogerse de hombros

—Había rumores, pero la gente es tan envidiosa, que en cuanto ven a alguien con dinero van a por él.

—¿Y esos envidiosos qué decían?

—Que el instrumental quirúrgico que vendía era, en su mayor, parte defectuoso.

—¿Y eso era normal?, quiero decir, suponiendo que el rumor fuera cierto, ¿no había controles de calidad o algo así? —no tenía ni idea de cómo funcionaba

en ese tema el ejército americano, ni el español, la verdad.

—¡No, ¡qué va!, pero se hacían informes regularmente, y si algún producto daba problemas se dejaba de comprar de manera inmediata, y, generalmente, se cortaba toda relación con el vendedor.

—Ya—los dos hombres se miraron sabiendo que no estaba contando todo lo que sabía—creo que Jerry Burton iba a Washington porque tenía una vista en el Congreso, ¿estaba preocupado?

—Más que preocupado, yo diría que cabreado. No le entraba en la cabeza que, después de tantos años le investigaran, y por más que había llamado a sus amigos congresistas, nadie quería saber nada. Creo que, por primera vez, pensaba que era posible que su dinero no le sirviera para salir del atolladero.

—¿Dónde vivían habitualmente?

—En un castillo en Escocia, lo había comprado hace un año cuando empezaron sus problemas con la justicia. Vivir en nuestro país se había hecho insostenible, los periodistas le hacían la vida imposible.

—¿Sabe si conocía a alguno de los pasajeros de primera? ¿ha notado algo extraño en su relación con ellos? —Jack Osborne, que era mucho más zorro de lo que parecía, lo miró con una semisonrisa irónica antes de contestar,

—Como ya le he dicho, que yo sepa solo conocía a Arlena Star—volvió a sonreír antes de hablar, Germán lo miró fijamente porque estaba intentando jugar con él—y cuando se levantó a visitar la cabina, se dirigió al pasajero que está delante de mí; luego, cuando hemos hablado por lo de los muertos y nos hemos presentado, él mismo ha dicho que era general.

—¿No lo había visto nunca?

—Haciendo memoria, puede ser que lo hubiera visto en mi cuartel, es posible que, alguna vez, haya visitado a mi antiguo coronel. Pero no estoy seguro, de eso hace mucho tiempo—Germán le sonrió encantado de pillarle en otra mentira, lo que hizo que Osborne se pusiera serio repentinamente.

—¿Y pudo escuchar lo que hablaban?

—No, bajó mucho la voz para que no lo oyera, pero sí pude ver que Jerry era el que hablaba y el general asentía.

—De acuerdo, muchas gracias señor Osborne, nada más de momento—él asintió algo sorprendido porque le dejara marcharse, y dejó pasar a Johanna antes de salir tras ella, y cerrar la puerta con suavidad.

—¿Qué pensabas hacerle cuando te has enfrentado a él? —Germán se volvió hacia Isabel interpretando perfectamente su tono de irritación. Su mujer, quizá la más fuerte que había conocido, se había asustado por él. Le dieron ganas de cogerla en brazos y llevársela a cualquier sitio lejos, pero todavía tendrían que esperar unas horas, antes de poder hacer con ella todo lo que tenía en mente. De

momento la sonrió intentando tranquilizarla,

—Había pensado, dada la posición de los dos y su altura, que estaría bien un buen rodillazo en los huevos. No tenemos armas, ni esposas, así que he decidido ser creativo.

—Ya—Isabel contó hasta diez para no gritar. En el fondo sabía que tenía razón, pero, a pesar de su trabajo, no había podido evitar ponerse tensa al verle enfrentándose a aquel armario de dos cuerpos.

—No te preocupes querida—el muy cabronazo sonreía, estaba tan tranquilo — Sabía que no iba a pasar nada, se estaba haciendo el gallito frente a ella. Y lo del golpe en las partes nobles es cierto, ningún hombre podemos resistirlo—lo miró asombrada pero no por lo que le estaba contando, sino porque solo en los momentos de mayor intimidad había escuchado a Germán llamarla así. Era un hombre muy cariñoso, pero en privado.

—¿Y ahora qué?

—Cambio de planes, hablemos con el general. Te habrás dado cuenta de que el guardaespaldas ha estado mintiendo durante casi toda la declaración—ella apretó los dientes enfadada.

—Solo lo he notado cuando ha hablado sobre el general, pero estoy acostumbrada a que se me pasen cosas que tú notas sin esforzarte —rezongó, y Germán se rio con ganas al ver su enfado. Una de las cosas de las que más disfrutaba en el mundo era quitarle los cabreos, pero tendría que esperar para hacerlo hasta que estuvieran de nuevo solos. Ella lo miró prometiendo vengarse al escuchar su risa y dijo—voy a avisarle.

—Te acompaño. Yo se lo diré, así puedes coger sus cosas y traerlas—no tenía claro que un general no pusiera pegas a que le interrogaran, y menos un extranjero que no tenía jurisdicción sobre él.

—De acuerdo.

Pero el general se levantó en cuanto se dirigió a él y los acompañó sin hacer objeciones, aunque parecía estar muy tenso.

John Race, era un hombre de unos cincuenta años de edad, mucho más joven que Jerry Burton, con el pelo gris muy corto y vestido con unos vaqueros y un polo. Se notaba que hacía deporte regularmente, porque tenía una musculatura muy definida, y no tenía barriga. Germán le invitó a sentarse, y él lo hizo cruzando una pierna con elegancia.

—Buenos días general. Su nombre es John Race, ¿no es así? —él asintió sin hablar.

—Bien, ¿puedo preguntarle por el motivo de este viaje? —miró a Germán sin expresión en la cara, no parecía haberle afectado nada lo ocurrido, lo que era bastante extraño.

—He pasado unos días en Londres, y vuelvo a mi casa. Vivo en Washington.

—Comprendo, y ¿podría decirnos si conocía a Jerry Burton antes de este viaje?

—Nos hemos cruzado en alguna ocasión.

—Ya, ¿y nos puede decir qué le ha dicho esta mañana cuando se ha acercado a su asiento? —la pregunta le sorprendió, aunque se rehízo enseguida

—Me preguntó si quería acompañarle a ver la cabina de los pilotos, lógicamente le dije que no, porque no tenía ningún interés—Isabel le hizo un gesto para que fuera a su lado, Germán lo hizo y miró en el bolso de mano del militar que le enseñaba. En una bolsa de plástico como las de los congelados, había una jeringuilla y un frasco con un líquido transparente sin etiqueta, habría que analizarlo, pero la apariencia era sospechosa.

—General—cogió la bolsa con un pañuelo de papel que le dio Isabel—¿me puede decir qué es esto? —él se encogió de hombros,

—No tengo ni idea, eso no es mío—frunció el ceño al ver de dónde lo habían sacado—si esto es una maniobra que utilizan en su país para hacer hablar a las personas que están interrogando, le puedo asegurar que conmigo no va a funcionar—a pesar de su discurso, Germán notó que le temblaba un poco la voz.

—¿Insiste en decir que no conocía bien a Jerry Burton?

—Sí—por su forma de apretar los labios, Germán supo que ya no diría nada más, entonces hizo una señal a Isabel y se apartaron un poco.

—¿Y ahora qué hacemos?, ¿podemos encerrarlo en algún sitio?

—No creo que haya nada seguro en esta zona del avión, y no lo vamos a dejar con los muertos, además, será mejor tenerlo a la vista. Ve a pedir a las azafatas unas esposas, deben de tener un par de ellas por si hay algún problema con un pasajero. Yo me quedo con él—Isabel asintió y salió de la habitación, y Germán se sentó frente al militar.

—Ha cometido una tontería al mentirnos, sabemos lo de la vista en el Congreso a la que están citados usted y el señor Burton, y además viajan en el mismo avión ¿no comprende que esa mentira se iba a descubrir?, y, aparece eso en su bolsa. Esto tiene mala pinta, general—lo miró, pero el militar seguía en la misma posición, erguido y mirando al frente. A Germán le sorprendió que, de repente, hablara,

—¡Está bien! —se pasó la mano por la cabeza casi rapada al cero—es cierto que nos conocíamos y que los dos estábamos siendo investigados, pero yo no he matado a nadie. Si quisiera matar a alguien, nunca lo haría así, ¿esto parece una broma, si tengo belonefobia, por Dios! —Isabel, que entraba en ese momento con unas esposas en la mano, lo miró con el ceño fruncido, y luego

observó interrogante a Germán.

—Fobia a las jeringuillas—aclará, mientras volvía a mirar al hombre para ampliar la información—imagino que estará diagnosticado.

—Por supuesto, hablen con mi médico, el coronel Frank Arwell, llevo años yendo a terapia.

—De acuerdo, de todas maneras, mientras lo comprobamos, lo mantendremos inmovilizado a su asiento—miró fijamente al general y le habló con suavidad—general, es por seguridad; espero que no nos dé problemas, será durante poco tiempo, mientras consultamos con su médico.

—Está bien—dejó que lo esposaran, y luego Germán le dijo a Isabel,

—Quédate aquí con él, voy arriba para hablar con el piloto y con Fred—ella asintió

Llamó con los nudillos a la puerta de la cabina, y cuando dijo quién era, salió el piloto, que se quedó en el umbral escuchándole,

—Adam, he esposado al general. No sé si debes comunicárselo a la compañía, nosotros ahora se lo diremos al F.B.I., aunque, sinceramente, no creo que sea el asesino—Germán admiró la sangre fría del piloto que se mantuvo muy tranquilo.

—¿Por qué piensas que no ha sido él?

—Hemos encontrado una sustancia sospechosa en su bolsa, y una jeringuilla. Pero al parecer tiene fobia, por la que está siendo tratado médicamente, a las jeringuillas; de hecho, cuando le hemos enseñado la que había en su bolsa, se ha puesto pálido. Ahora le diré a Fred si puede localizar a su médico para hablar con él.

—Comprendo, sí, lo comunicaremos ahora mismo, y te agradezco que me lo hayas dicho tan pronto—Germán se dio la vuelta y fue a la habitación del ordenador. Fred tenía medio desmontada la impresora, y Natalia le ayudaba con las piezas, Roberto parecía seguir buscando tutoriales en internet, pero no parecían encontrar nada. Le explicó lo ocurrido a Fred, pidiéndole que dejara lo de la impresora un momento

—Necesito que hables con Bob, tienen que comunicarse con alguien del ejército que confirme el diagnóstico psicológico del general—el americano asintió mientras cogía su móvil y marcaba, y Germán volvió a la planta baja donde todavía había mucho que hacer. Cuando estuvo de nuevo junto a los asientos de primera, se situó en el pasillo central dirigiéndose a todos:

—¡Escúchenme por favor, soy el investigador designado por la compañía mientras dure el vuelo!, les pido que cooperen y no se levanten a menos que sea para ir al baño, muchas gracias a todos, ahora continuaremos con los interrogatorios.

—¿Es el asesino? —la mujer que estaba sentada a la derecha de John Race, que era la enfermera que había intentado socorrer a los dos fallecidos, observaba al general asustada. Mientras, él mantenía la vista al frente sin mirar a nadie, igual de rígido que cuando Germán había estado interrogándolo.

—De momento no lo sabemos—se colocó junto a Arlena Star para dirigirse a ella— me gustaría hablar con usted, señorita Star—la actriz asintió, encantada de ser el centro de atención. Los pocos metros que la separaban de la sala, los caminó exactamente igual que si estuviera sobre una alfombra roja.

A Arlena Star los periodistas la solían describir como la nueva Ava Gardner, era una mujer no demasiado alta, morena, con el pelo corto y unos enormes ojos verdes. Su figura estaba llena de curvas, siendo la típica mujer que volvía locos a los hombres, y, aunque Germán veía su atractivo, él prefería una belleza más sutil.

—Siéntese Arlena, por favor—ella asintió pestañeando, mientras se limpiaba una lágrima inexistente del ojo derecho. Isabel, al verla, resopló y Germán evitó mirar a su compañera,

—Discúlpeme, pero todo esto ha sido tan desagradable...no estoy acostumbrada—Germán dejó que hablara—esos pobres hombres, estoy aterrada solo de pensar que el asesino está entre nosotros ¡Menos mal que lo han cogido! Nunca se me hubiera ocurrido pensar que el general era el culpable, ¡es increíble cómo engaña la gente! —miró a Germán con aspecto afligido y cuando vio que no contestaba, se quedó en silencio.

—Si la entiendo, pero permítame que empecemos con las preguntas—ella asintió de mala gana— lo primero que necesitamos saber, es si conocía a alguno de los pasajeros antes del vuelo—ella volvió a pestañear con aspecto inocente.

—Bueno, por supuesto—rio como si la pregunta fuera una tontería— a mi novio, Mad Brake—no apartaba la vista de Germán, que sinceramente esperaba que fuera mejor actriz en su trabajo que en la vida real— estoy segura de que lo conocen, el pobre no atraviesa su mejor momento profesional, pero todavía es famoso—decidió pasar por alto la maldad que destilaba el comentario, y continuó,

—¿Y a nadie más? —ella negó con la cabeza, con aspecto triste.

—No, creo que no, bueno, el viejo que se sentó a mi lado...—sonrió divertida—¡qué gracioso!, hizo a su mujer que se levantara del asiento, para poder sentarse a mi lado—miró a Isabel sonriente, pero la policía no le devolvió la sonrisa, y la actriz sorprendida volvió a mirar a Germán— decía que era un fan, pero en realidad era como un pulpo; creo que le gustaban demasiado las mujeres jóvenes, teniendo en cuenta su edad. Sé que era millonario y me sonaba algo su cara, pero no recuerdo haber hablado con él antes, puede que en alguna

fiesta...

—Sí, nos han dicho que intentó propasarse con usted hace poco, es extraño que no lo recuerde con claridad—ella se echó hacia atrás en la silla, y abandonó su actitud inocente, pareciendo malhumorada.

—¡Claro que lo recuerdo! ¡era un viejo asqueroso!, cuando he visto que se sentaba a mi lado, casi me da un ataque. ¡Tener que aguantarlo todo el viaje!, menos mal que...

—¿Se ha muerto? —completó la frase que había dejado a medias al darse cuenta de lo que iba a decir, pero ella no entró al trapo, solo se mordió los labios mientras se miraba las uñas pintadas de color rojo sangre.

—¿Algún pasajero más que conozca? —miró a Germán como si quisiera aniquilarlo con la mirada,

—No.

—También nos han dicho que usted y uno de los fallecidos, Alexander Brown, fueron pareja artística y personal hace años, y que rodaron tres películas para adultos—su expresión volvió a cambiar pasando a estar asustada.

—¡Está bien, sí! —levantó la voz por lo que se volvió mucho más chillona —¡Es verdad! conocía a Alex, y era un cabrón—respiró hondo intentando tranquilizarse, y volvió a bajar la voz—el muy cerdo disfrutaba pinchándome porque le jodía que hubiera tenido éxito. Y desgraciadamente también es cierto que rodamos juntos tres películas vergonzosas, que he intentado retirar de la circulación, pero que no he podido.

—Entonces, es acertado decir que ustedes se llevaban mal...

—¡No!, ¿por qué dice eso?, él me pinchaba, pero yo lo llevaba bien, en el fondo le guardaba mucho cariño—miró a Germán a los ojos antes de añadir—en el fondo era buena persona, pero le gustaba dar imagen de tipo duro—Germán decidió que no iría nunca a ver una de sus películas, era demasiado mala como actriz.

—Si se tenían cariño ¿por qué se separaron?

—Alex quería seguir en ese rollo del porno, pero yo no—volvió a mirarse las largas uñas perfectamente arregladas— nunca he ocultado que soy una mujer ambiciosa y además quería ser respetada como actriz, y me di cuenta de que, si seguía haciendo esas películas, nunca lo conseguiría.

—¡Qué casualidad que se encontraran en el avión!

—La verdad es que sí, yo vuelvo a casa porque he estado haciendo promoción en Europa de mi última peli, y él me imagino que estaría de vacaciones o algo así. Fue una sorpresa encontrármelo.

—¿Recuerda haber visto algo sospechoso en el resto de los pasajeros?

—No, excepto las lágrimas de cocodrilo de la última novia de Alex, ¡pero si

él se la pegaba con todas las que podía! —Isabel seguía apuntando, aunque lo que le apetecía era darle un bofetón, ¡qué lengua tenía!

—Es curioso que los dos pasajeros con los que usted tenía problemas hayan muerto ¿no le parece? —ella no contestó, y apretó los labios seguramente para evitar insultar a Germán. Éste decidió terminar con ella de momento,

—Muy bien, pues nada más por ahora, puede volver a su asiento y gracias, Arlena.

—Gracias a ti Germán—se acercó a él y le dio dos besos, riendo después como una adolescente—sé que en España os saludáis siempre con dos besos, si necesitas que hablemos de nuevo avísame, estaré encantada—Germán sonrió sin decir nada, y cuando salió la señorita Star, se dio la vuelta para escuchar a Isabel.

— Nos ha mentido todo lo que ha querido.

—Sí, es cierto—volvió a mirar la lista de los pasajeros—creo que debemos seguir con Mad Brake; es posible que lleve la contraria a su novia en algunos aspectos.

Mad Brake seguía siendo un hombre muy atractivo, e Isabel entró hablando con él y muy sonriente, lo que hizo que Germán frunciera el ceño.

Después de presentarse, el actor se sentó y el policía comenzó a hablar:

—Me gustaría saber si recuerda algo extraño desde que entró esta mañana en el avión, lo que sea que le llamara la atención—el actor se quedó pensativo.

—Hay algo, pero estoy seguro de que no tiene ninguna importancia, no sé si...

—Dígamelo, por favor, y decidiremos si la tiene,

—No me gusta meterme en la vida de nadie, y no quiero crear problemas, pero creo que en estas circunstancias hay que contar todo lo que se sepa.

—No puedo estar más de acuerdo con usted.

—A primera hora he ido al baño, y luego, por puro cotilleo he subido las escaleras por las que se va a la cabina de los pilotos—miró a Isabel con una sonrisa de culpa— ya sé que no debería haberlo hecho, pero ha sido un impulso —se echó el famoso pelo rubio, que ahora llevaba casi sobre los hombros, hacia atrás y miró con unos invitadores ojos negros a Isabel durante un momento, para luego continuar—cuando estaba al final de las escaleras he escuchado unos ruidos, que venían de la habitación que tenía enfrente—por su descripción, era la habitación del ordenador — y al acercarme me he dado cuenta de que era una pareja que estaba follando—sonrió como un niño al terminar la frase, seguro de que los había escandalizado

—¿Ha podido ver quiénes eran?

—La mujer del viejo rico y su guardaespaldas, lo sé porque he esperado escondido detrás de la escalera a que salieran. Los he visto perfectamente

mientras bajaban, ella lo ha hecho primero y un par de minutos después, él la ha seguido—se hizo un silencio durante unos segundos antes de que intentara justificarse—ya sé que soy un cotilla—Germán continuó,

—Ya ¿alguna otra cosa que le haya llamado la atención?

—Bueno, sí, pero no creo que tenga importancia, además ha sido solo una sensación.

—Inténtelo, por favor, es posible que nos sirva.

—Ha habido un momento, cuando estábamos todos recién sentados antes de despegar, que me he sentido como cuando estoy a punto de rodar una escena.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé, como si todos fuéramos actores y siguiéramos un guion. He mirado a mi alrededor, pero no he visto nada raro, creo que es una tontería—se encogió de hombros pareciendo algo avergonzado por haberlo contado.

—¿Cuál es el motivo por el que hace este viaje?

—Arlena ha estado haciendo propaganda de su nueva película en Europa, y me pidió que la acompañara, y, como probablemente sabrá, últimamente no tengo demasiado trabajo.

—¿Sabía que ella y Alexander Brown se conocían?

—Sí, ella dice que era un pesado, por lo visto lo conoció cuando los dos empezaban y, desde entonces ha sido como una piedra atada a su cuello. Procuraba no encontrarse con él, porque siempre le estaba pidiendo favores o dinero.

—Y ella le había contado que...—la frase de Germán se vio interrumpida por Fred, que entró corriendo y se paró ante él respirando agitadamente. Estaba muy pálido cuando le dijo:

—¡El general está muerto!

QUINTA HORA

J

ohn Race estaba espatarrado en el asiento, con la cabeza echada hacia atrás y las manos aferradas con fuerza a los brazos de su butaca. Tenía la boca abierta en lo que parecía un último intento por gritar, los ojos abiertos y muy rojos, y una jeringuilla clavada en el pecho. Al ver su expresión cualquiera podía ver que, durante sus últimos instantes de vida había sentido un gran miedo. Los signos producidos por el fallecimiento en el cuerpo eran los mismos que en los otros dos cadáveres, exceptuando los ojos que estaban muy irritados, y la boca abierta. El resto de los pasajeros, y las azafatas estaban de pie, junto a la pared más alejada del cadáver, como si alguien los hubiera castigado. Las únicas que no estaban junto al grupo, eran la enfermera y Grace, la sobrecargo, que en ese momento estaban al lado del muerto. Germán le dijo a Fred,

—Sube a buscar a Roberto y a Natalia por favor, y bajad los tres—pero él, antes de hacerlo, le susurró:

—Venía a decirte que el general no había mentido, su médico ha confirmado que era imposible que sostuviera una jeringuilla, ni siquiera con guantes, que nunca ha visto un caso tan agudo de belonefobia en toda su carrera —Germán asintió. No le sorprendía, porque desde que el general lo dijo, supo que era verdad. Después de pensar unos segundos, se volvió hacia Isabel:

—Llévate a todos a la sala de cine, pero que dejen sus bolsos; y cerciérate de que no hay ninguno que esté cerrado con llave, porque vamos a revisarlos todos. Quedaos allí y si tienes cualquier problema avísame, aunque iré enseguida —la miró a los ojos muy serio antes de decir— Isabel, que no se mueva nadie de allí—ella asintió y fue a por los pasajeros que quedaban, y que estaban visiblemente nerviosos.

—¿Es usted Rose? —la morena, que esperaba junto a él, le sonrió a pesar de la tristeza que transmitía su cara. A Germán le pareció familiar, lo que era normal de verla por allí.

—Sí—le estrechó la mano con firmeza y luego lo miró con admiración—y usted es el policía que intenta averiguar quién es el asesino.

—Sí, discúlpeme un momento Rose— Germán hizo una seña a Grace para que se apartara un poco y poder hablar a solas,

—Grace por favor, cuénteles al comandante lo ocurrido, y dígame que, en cuanto pueda, subiré a hablar con él—ella asintió y le preguntó—¿necesita algo

más? —negó y se volvió a acercarse a Rose, que seguía junto al cuerpo, esperando.

—Imagino que ha visto todo lo ocurrido ¿puede contármelo por favor? — señaló al general, que ya tenía los labios morados y seguía con los ojos abiertos; era bastante desagradable verlo, pero no se los quería cerrar hasta que lo examinara Roberto.

—Sí, cuando volvía del baño le he escuchado gritar y he abierto su puerta, pero no he podido hacer nada por ayudarlo—suspiró—no se puede imaginar las ganas que tengo de bajar de este avión.

—No me extraña y ¿ningún otro pasajero se ha levantado para ayudar?

—No, pero hay que tener en cuenta que tenía la puerta corredera cerrada, yo le he escuchado gritar porque pasaba a su lado en ese momento. Si hubiera estado sentada en mi asiento—lo señaló, porque era el más cercano—aunque estaba junto al suyo, no creo que me hubiera enterado. El problema es que casi todos los pasajeros teníamos las puertas cerradas—lo miró fijamente con una semisonrisa—imagino que estamos bastante asustados.

—¿Había hablado con él durante el viaje?, como usted dice, era su vecina más cercana.

—Pues no, ya le he dicho que hemos estado todos bastante aislados en nuestros asientos. Si no es por mí, no sé cuándo nos habríamos enterado de su muerte—señaló la jeringuilla que sobresalía del pecho irónicamente—seguramente lo habrían descubierto las azafatas cuando le hubieran traído algo... —él asintió, porque tenía razón.

Germán la observó, parecía tener unos treinta años y era una mujer que resultaba simpática, principalmente por su sonrisa. Levantó la mirada al escuchar ruido de pasos, eran Roberto, Natalia y Fred.

—Disculpe un momento—se acercó a ellos y les dijo a Natalia y a Fred,

—Chicos, necesito que registréis los bolsos, las mochilas, todo lo que encontréis. Sé que es muy posible que el asesino haya escondido el veneno en algún sitio del avión, pero hay que intentarlo.

—¿Volvemos a registrar todos los que ya habíais registrado?

—Sí, porque es posible que lo haya escondido en uno de los que ya hayamos registrado, así que quiero que los vayáis bajando de los portaequipajes, y los vayáis mirando uno a uno. Tranquilamente. Todos, desde el primero hasta el último, y eso vale también por los bolsos de mano de las mujeres.

—Roberto, ven por favor— se acercaron al general, y le dijo—necesito que lo examines, y fíjate bien en los ojos y la nariz—Roberto enarcó las cejas y asintió, inclinándose hacia el cadáver.

Volvió junto a la enfermera que los observaba con curiosidad, y se sentaron en los asientos de Jerry y Johanna Burton, para no molestar a Roberto,

—Bien Rose, cuénteme con detalle lo que recuerde.

—He ido al baño, y al volver he escuchado una especie de grito, pero muy débil—entrecerró los ojos intentando recordar—y me ha parecido que procedía del asiento del general, por lo que he abierto la puerta y he visto la jeringuilla—se encogió de hombros—pero he llegado tarde porque ya le costaba respirar y estaba convulsionando. Enseguida ha colapsado y le ha fallado el corazón, entonces he empezado un masaje cardíaco y la boca a boca, pero no ha servido de nada—meneó la cabeza—este viaje es una pesadilla.

—¿Ha visto a alguien cerca del general cuando ha vuelto del baño?

—No, a nadie.

—Y cuando intentó socorrer a los otros dos pasajeros ¿también los encontró con vida?

—No. En ese caso me enteré porque gritaron sus vecinos, pero cuando me acerqué ya estaban muertos. El veneno que han utilizado sea cual sea, debe de ser muy rápido.

—¿Habías visto casos así antes?

—No, afortunadamente, mis pacientes suelen ser niños—él se quedó mirándola inquisitivo, hasta que ella contestó con una sonrisa—trabajo en un hospital infantil.

—Entonces no verás muchos casos como estos—miró hacia el general y luego el asiento en el que se sentaba ella—has estado sentada junto a él todo el viaje, ¿hay algo que puedas contarme, algo que te haya extrañado?

—¿Sobre él?

—Sobre lo que sea, agradecería cualquier información.

—Lo único que recuerdo es que el millonario ha venido para hablar con él una vez, pero no he oído lo que decían. Por el tono en el que hablaban me ha parecido que discutían, aunque no levantaban la voz.

—Estos asientos son muy caros, ¿Cuánto cobra una enfermera? —ella rio sin poder evitarlo

—No lo suficiente, te lo aseguro—Germán sonrió—en realidad, me estoy gastando el dinero que tenía ahorrado para mi boda, que iba a ser el año pasado—se encogió de hombros—pero nunca se realizó.

—¿Qué ocurrió?

—Al parecer al novio le gustaba más una de mis amigas que yo, así que anulé la boda y el viaje de un mes al Caribe, que ya estaba pagado. Con el dinero que me devolvieron, decidí viajar por Europa como si fuera rica—a pesar de lo duro que debía haber sido lo que contaba, sonreía con valentía— he estado tres semanas recorriendo algunos países europeos en los mejores hoteles. Y los vuelos de ida y vuelta a mi país, los contraté en primera, por eso estoy aquí,

porque decidí sacar algo bueno del peor momento de mi vida.

—Lo siento, ¡vaya tío más estúpido!

—Ya tiene lo suyo, mi amiga es una hija de puta, aunque él no lo sabe, y estoy segura de que ya está haciéndole la vida imposible—Germán, distraído, apartó la vista hacia Roberto que lo esperaba a unos pasos de distancia.

—Muchas gracias Rose, volveremos a hablar más tarde, pero ahora por favor ve a la sala con los demás—se acercó a su amigo mientras la enfermera se iba.

—¿Qué te parece?

—Tienes razón, lo han rociado con algún tipo de spray paralizante, por eso tiene la zona de los ojos y la nariz tan irritada; imagino que habrá sido para poder clavarle la jeringuilla con el veneno. Los síntomas también son de cianuro, ¡joder Germán, se van a cargar a todos los de primera! —miró al policía algo nervioso, pero éste lo agarró suavemente por el brazo.

—Tranquilízate amigo, así no me ayudas.

—¡Ya lo sé!, pero es desesperante, llevamos ya un montón de tiempo trabajando en esto y todavía no sabemos nada—Germán sonrió

—Roberto, escucha, llevamos cinco horas de investigación. En el mejor de los casos, un caso como este tarda en resolverse semanas, meses o incluso años si es que se resuelve, y eso con todos los medios que aquí no tenemos. Estamos haciendo todo lo que podemos ¿de acuerdo? — Roberto asintió pasándose la mano por el pelo—¿estás más tranquilo?

—Sí, perdona, tienes razón. Dime en qué más te puedo ayudar.

—Nada, ahora subiré con Fred el cadáver arriba.

—No, lo haré yo—Germán lo miró negándose, y le señaló con la cabeza a Natalia,

—Como me voy a llevar a Fred, echa una mano a Natalia—Roberto dudó si insistir, pero al ver la expresión de su amigo desistió y fue a buscar a Natalia que, como todos, también estaba preocupada.

El policía volvió junto al general y desabrochó las esposas, algo que tampoco había querido hacer hasta que Roberto lo viera. Fred se colocó junto a Germán en silencio, al ver que fruncía el ceño y se alejaba un par de pasos observando al muerto, luego se volvió hacia el americano.

—Fred, siéntate aquí—le hizo sentarse en la butaca que había junto a ellos, la de Rose Pinkerton—y ahora, voy a matarte—Roberto y Natalia se acercaron porque sabían que se le había ocurrido algo—pero antes, recuerda que estás atado, ¿de acuerdo?

—¿Qué tengo que hacer?

—Intenta repeler mi ataque, pero no puedes mover las dos manos

libremente, una de ellas está unida al asiento y la otra no. Vamos, yo soy el asesino—sacó de su bolsillo trasero su móvil—esto es un spray paralizante, te rocío con él y no podrás defenderte en pocos segundos—hizo un ruido como si expulsara un gas con el móvil, mientras con la mano izquierda sujetaba la mano libre de Fred, estuvo así unos segundos, hasta que preguntó dirigiéndose a todos...—¿os habéis dado cuenta?—pero todos negaron con la cabeza—no puedo clavarle la jeringuilla si tengo el spray en una mano y con la otra sujeto la suya. Lo lógico sería llevar la jeringuilla lo más accesible posible, pero no creo que el bolsillo...— el tener que sujetar la mano de Fred que no dejaba de pelear, hacía que no tuviera el par de segundos necesarios para buscar en su bolsillo— tengo una idea, voy a llevar la jeringuilla en la boca— sacó su bolígrafo que sujetó con los dientes y se retiró un par de pasos.

—Empecemos de nuevo—Fred asintió y Germán volvió a echarle el gas con el móvil, luego, lo tiró al suelo y lo empujó con el pie para que quedara bajo la butaca, entonces, quitándose la jeringuilla-bolígrafo de la boca, se la clavó en la barriga provocando que todos se lo quedaran mirando con la boca abierta—así es como lo hizo, por fin he visto cómo piensa. Por eso ha muerto tan asustado, no olvidéis el terror que sentía por las jeringuillas, y ha visto que el asesino le iba a atacar con una—la cara de asombro de todos aumentó cuando se acercó a la butaca del muerto, y se puso a cuatro patas buscando algo debajo del asiento que encontró segundos después,

—¡Aquí está!, ¿alguien tiene un pañuelo de papel? —Natalia le acercó uno, y el policía depositó en él un atomizador pequeño de cristal, que ya estaba vacío —Roberto se acercó a cogerlo, y lo olió, levantando luego la cara con el ceño fruncido.

—Creí que sería spray de pimienta, pero no lo es, no reconozco el olor—lo envolvió cuidadosamente en el pañuelo y se lo devolvió a Germán.

—Lo dejaremos arriba con los cadáveres, ¿vamos Fred? —el joven asintió, algo pálido. Germán lo entendía, era un agente que trabajaba con ordenadores, y que debía de estar bastante impresionado. Antes de coger al general, se lo llevó aparte y le puso una mano en el hombro—Fred ¿te encuentras bien?

—Sí, es solo que—se encogió de hombros—esto es duro, a pesar de mi trabajo, nunca había tocado a un muerto y hoy ya me ha tocado cargar con tres, pero estoy bien. Esto está haciendo que me replantee mi vida.

—Si te encuentras mal, busco a otro que me ayude.

—No, no—negó con la cabeza— puedo hacerlo. Gracias por preocuparte Germán—cogió al general por los pies— Vamos, subámosle—entre los dos lo subieron al dormitorio de la tripulación.

Cuando volvieron a bajar, ayudaron a Roberto y a Natalia a terminar de abrir los equipajes, y cuando cerraron el último bolso, ella dijo:

—Ya está todo, aquí no había nada—miró a Germán esperando sus siguientes palabras.

—No, todo no está, falta el equipaje de la tripulación. Fred, por favor, pregunta a Grace dónde lo tienen y poneros con él. Si no encontráis nada, seguid con lo vuestro—miró a Natalia y Roberto— en cuanto pueda, iré a hablar con vosotros. Y Fred, necesito que funcione esa impresora—sin esperar un momento más, se dirigió a la sala donde estaban todos esperando, pero antes de abrir la puerta se volvió hacia sus amigos para añadir—ahora traeremos de nuevo a los pasajeros aquí, para poder seguir con los interrogatorios.

Afortunadamente, llegó a tiempo para evitar un levantamiento. Tres de los pasajeros, que estaban muy nerviosos, rodeaban a Isabel que mantenía la calma a pesar de la agresividad de alguno de ellos. Germán se introdujo en el círculo a codazos hasta colocarse ante ella, enfrentándose a Arlena Star y a la pareja de profesores franceses, que eran los que la estaban gritando a pocos centímetros de su cara,

—Échense hacia atrás, por favor—el profesor, un cincuentón barrigudo medio calvo y con gafas, le contestó:

—Y si no lo hacemos ¿qué?

—Entonces me temo que tendré que encerrarles en algún sitio donde no puedan hacer daño a nadie, y, me temo que, por desgracia, solo hay un lugar adecuado en el avión, que es la habitación donde tenemos los cadáveres. Un sitio bastante incómodo sobre todo si tienen claustrofobia, así que, si insisten en su actitud, vamos arriba—instantáneamente, los tres retrocedieron sin decir nada más, aunque si las miradas matasen, el policía habría caído fulminado—bien, veo que ninguno quiere que lo lleve allí—levantó la mirada y alzó algo la voz para dirigirse a los demás, que los observaban callados—¿algunos de ustedes prefiere estar en esa habitación?—al no recibir contestación, se volvió hacia Isabel que estaba muy tranquila. Su admiración hacia ella creció en ese momento, al ver que no había perdido los nervios, de hecho, al ver lo preocupado que estaba, le sonrió para tranquilizarle, y le dijo,

—Estoy bien, tranquilo—él asintió sin poder hacer nada más porque no estaban solos. Se había asustado, y no era normal que lo hiciera; como resultado de esa emoción, en su mirada se había instalado una dureza que no era habitual. Isabel se había sorprendido al ver con cuanta rapidez se había colocado ante ella para protegerla, y al notar en su expresión que lo ocurrido le había preocupado casi más que a ella. Sabía que la quería, pero, sólo en ocasiones como esta, se daba cuenta de hasta qué punto—¿quieres que los lleve fuera?

—No, quédate aquí—susurró, luego miró a los once pasajeros de primera que quedaban, y les dijo—vuelvan todos a sus asientos, por favor. Excepto Isabelle Olivier—observó a la mujer de mediana edad que lanzó una mirada a su marido como si le pidiera algo, pero este cuadró la mandíbula sin decir nada. Todos salieron, y la mujer francesa sacudió su melena gris perfectamente peinada, algo nerviosa.

—Siéntese por favor, señora Olivier

—Llámame Isabelle, por favor

—Por supuesto Isabelle—la llamaría por su nombre, pero no pensaba tutearla. Ella se sentó con una elegancia, que contrastaba con la actitud que Germán había presenciado al entrar. Se colocó frente a ella y la preguntó directamente—¿ha ocurrido algo extraño o digno de mención, aparte de las muertes, que haya observado durante el vuelo?

—No, la verdad es que no, exceptuando la patética persecución a la joven actriz por parte del millonario. Desde mi asiento podía ver perfectamente como babeaba el viejo con ella. ¡Quel cochon! —Germán no necesitó que le tradujera el insulto, lo recordaba perfectamente del colegio.

—Creo que ha tenido un problema esta mañana con sus pinturas, ¿lo recuerda?

—No, ¿a qué se refiere?

—¿No ha tenido una discusión con una azafata porque ella quería subirlas al portaequipaje?

—No, no ha habido tal discusión, solo le he dicho que prefería tenerlas a la vista. No sé quién es el embustero que le ha contado eso “monsieur”, pero no es cierto.

—No me lo ha contado nadie madame Olivier, he sido testigo directo, y ha sido una discusión fuerte, de hecho, ha tenido que ir el piloto para autorizar que usted se quedara con las pinturas.

—Ya—hizo un mohín intentando hacer ver que se lo tomaba con humor, aunque estaba molesto—bueno, es evidente que ha ocurrido porque esa chica es medio tonta, le he dicho varias veces que solemos viajar en este vuelo, y que sus compañeras saben que nos gusta tener las pinturas a la vista. Nunca habíamos tenido ningún problema, es posible que el problema real haya sido mi acento francés...—antes de que acusara a la azafata de odiar a los franceses, siguió con el interrogatorio.

—Comprendo, creo que usted y su marido son profesores,

—Sí, en la Escuela Normal Superior de París—dijo con orgullo, Germán no pudo evitar preguntarle con cierta maldad:

—¿Es una universidad? —ella le devolvió la mirada con algo de desprecio,

y él sonrió en respuesta. Isabel dio la vuelta a la hoja de la libreta en la que escribía, y la mirada despreciativa de la francesa también la alcanzó a ella.

—¡Es la universidad más importante de Francia y una de las más importantes del mundo! ¡Han estudiado en ella trece Premios Nobel! —parecía tan indignada que se puso colorada.

—Ya, ya, lo entiendo, una universidad muy importante—asintió como si le diera la razón, y continuó—y cuénteme por favor, qué tipo de conferencias dan usted y su marido—ella hizo un esfuerzo para seguir hablando educadamente con ellos, aunque era evidente que lo que le apetecía, era mandarles a los dos a la mierda.

Germán creía que en el caso de la señora Olivier, se juntaban dos condiciones muy poco deseables: la superioridad que sentían algunos franceses sobre los españoles, y, además, la de ser profesora de una universidad tan sumamente importante según sus palabras, circunstancia que seguramente le haría creerse superior a toda la humanidad, una combinación peligrosa desde su punto de vista. Y por la forma de hablar de su marido, este debía ser igual o peor.

—Intentamos enseñar a los asistentes a las conferencias, con ayuda de un cuadro y su copia, los aspectos más básicos que tienen que observar cuando vayan a un museo a admirar alguna obra. Nos gusta pensar que después de asistir a una de nuestras conferencias, no solo apreciarán más el trabajo del pintor, sino que serían capaces de distinguir un original de una copia, por lo menos de las más burdas—Germán tuvo una idea repentina,

—¿Hay pinturas falsas en los museos?

—Sí, desgraciadamente hay alguna, lo que ocurre es que, en la mayoría de los casos, los museos no lo reconocen públicamente. Por eso precisamente nuestra universidad, que está muy concienciada en este terreno, nos permite realizar estos viajes en cualquier época del año.

—Comprendo, las conferencias deben estar muy bien pagadas, para poder viajar en primera—señaló a su alrededor para resaltar el lujo del avión. La francesa se puso colorada, pero no por vergüenza, sino por la indignación.

—Lo único que cobramos es el precio del viaje, y unas dietas durante el tiempo que estamos allí.

—Qué generosos, ¿podría ver sus pinturas por favor? —ella frunció el ceño, pero asintió al ver que los polis esperaban en silencio.

—¿Voy a por ellas?

—Sí, por favor—Isabel se levantó para acompañarla

—La acompañaré para que la dejen traerlas—Germán asintió mientras salían, y esperó su vuelta mirando a lo lejos, pensativo. Una idea le rondaba la cabeza, pero todavía no tenía ninguna solidez, prácticamente era una locura. Se

frotó el cuello porque lo tenía rígido, movió los hombros en movimientos circulares intentando relajarlo, hasta que volvieron.

—Aquí están—la francesa le enseñó un cilindro de plástico de unos veinte centímetros de diámetro, y bastante largo, como los que utilizaban los arquitectos para sus planos.

—Ábralo por favor—sabía que sus compañeros lo habían echado un vistazo, porque le habían dicho que había dos telas al óleo enrolladas con mucho cuidado con papel de seda.

La profesora depositó el cilindro en la mesa y lo abrió, luego, despacio, sacó las dos telas y las dejó frente a él. A continuación, explicó:

—Son dos copias distintas, una es “El almuerzo de los barqueros”, de Renoir, y la otra “Los lirios” de Van Gogh—Germán las acercó a él y las desenrolló del todo. A simple vista le parecieron impresionantes, él no era ningún experto, pero creía que estaban muy bien pintadas.

—¿Y nunca han tenido ningún problema con los cuadros, en las aduanas de los distintos aeropuertos?

—No—ella sonrió más tranquila—llevamos un certificado del Decano de nuestra Facultad de Bellas Artes, que acredita que son copias. Siempre lo llevamos encima para no tener problemas.

—Me gustaría verlo—ella asintió.

—Por supuesto, los tengo en mi bolso—lo abrió, y sacó una cartera de piel de donde extrajo un papel con aspecto oficial, y se lo entregó. Germán lo miró, pero estaba escrito en francés, y su francés del colegio no le daba para tanto. Lo dejó sobre la mesa y sacó su móvil.

—¿Qué hace?

—Voy a hacer una foto para que me lo traduzcan—cuando la hizo, le devolvió el documento.

—¿Siempre trabajan con las mismas copias?

—No, vamos variando, depende de donde trabajemos.

—Es decir, para asegurarme de que lo he entendido bien, lo que hacen ustedes es explicar a la gente cómo diferenciar una copia de un original.

—Lo ha simplificado demasiado, pero básicamente eso es lo que hacemos.

—Pues me encantará ir a una de sus conferencias en algún momento—le devolvió las telas sonriendo—muchas gracias.

Ella recogió todo y salió dejándolos solos. Germán se volvió a Isabel y le dijo,

—¿Qué opinas?

—Que es una gilipollas y que estoy harta de los franceses que se creen superiores a todo el mundo—él no pudo evitar una risita al oírla.

—Eres un encanto, después de escucharla eso es lo que sacas en claro. Muy bien.

—Pareces un zorro a punto de atrapar a la gallina.

—¡Ya quisiera yo estar a punto de atrapar a la gallina!, estoy lejísimos de eso; pero como buen zorro, empiezo a oler el rastro—suspiró—tendremos que hablar con el marido, ¿no te parece? —Isabel se levantó para avisarle y poco después entró con él. Germán lo invitó a sentarse, y lo miró como si lo acabara de conocer.

—Se llama usted Gustave Moreau, ¿es correcto? —él asintió sin hablar—nos ha dicho su esposa que son profesores de Bellas Artes.

—Perdone señor, pero yo soy catedrático de la Escuela Nacional Superior de París, no soy profesor—Isabel resopló, pero Germán siguió sonriendo porque sabía que eso lo cabrearía más.

—Lo apuntaré señor Moreau. Me gustaría que me dijera si ha visto alguna cosa extraña durante el vuelo.

—Bueno, no mucho, pero sí a ese chico, el que ha muerto el primero...

—Alexander Brown

—Sí, en cuanto se ha levantado el viejo rico, el chico se ha levantado para ir a sentarse en su sitio junto a la mujer despampanante.

—¿Arlena Star?

—Sí, la actriz.

—¿Y ha estado mucho tiempo con ella? —el hombre contestó enseguida.

—No, pocos minutos, he girado la cabeza para verlos una vez, y parecían discutir. Luego, al rato de volver a su asiento ha empezado a encontrarse mal, pero me imagino que la jovencita que viajaba con él se lo habrá dicho. Se llevaba las manos a la boca como si no pudiera respirar, lo sé porque estaba sentado en la butaca que había a mi izquierda y, aunque él estaba en la fila tres y yo en la cuatro, lo veía perfectamente.

—Comprendo, ¿alguna cosa más?

—Solo una, como imagino que estará en contacto con los dueños de la aerolínea, les puede decir que vamos a denunciarles, porque este trato es inadmisibile.

—Muy bien—volvió a asentir sonriente—¿tiene algo más que añadir señor Moreau?

—No, nada más

—Bien, pues entonces puede marcharse, no lo necesitaremos más. De momento—el francés elevó la nariz todo lo que pudo y salió de la habitación seguido por las miradas de los dos policías.

Querid@ lector@:

Soy Margotte Channing, la escritora de esta novela, antes que nada, te pido disculpas por interrumpir tu lectura, espero que estés disfrutando de la historia tanto como yo al escribirla.

Quiero invitarte a participar en un concurso, para ganar una de las tres novelas que voy a sortear a final de mes. Si estás interesad@, para participar solo tienes que enviarme un correo electrónico a margottechanning@gmail.com, con tu nombre y el código secreto: **“MISTERIO380”**

Muchas gracias por tu atención, y ¡feliz lectura!

Margotte Channing

SEXTA HORA

V

oy a hablar con el piloto, me imagino que estará mordiéndose las uñas o a punto de bajar para clavarme un machete—se dirigió hacia la puerta, pero le dio tiempo para escuchar la burlona contestación de Isabel.

—Bueno, si no puedes evitar que te clave algún instrumento punzante, procura que no sea en ninguno de mis sitios favoritos—la miró a punto de contestarla, pero ella ya estaba releendo su libreta—mientras, voy a revisar las declaraciones. Vaya rollo no tener los expedientes.

—Lo sé, este caso es una puta locura demasiado estamos haciendo, estoy deseando que aterricemos—se pasó la mano por el pelo

—Me extraña que el jefe no te haya llamado.

—A mí también, pero es posible que piense que ya tenemos bastante. Ahora nos vemos.

El comandante Peterson pareció respirar tranquilo cuando abrió la puerta de la cabina y lo vio, se giró hacia el copiloto y le dijo,

—Kevin, me voy a tomar ahora mi media hora de descanso—el otro hombre, sonrió y saludó a Germán desde su puesto, a la derecha del piloto—si pasa cualquier cosa estamos en la habitación de lectura.

Salieron de la cabina, y giraron a la izquierda entrando en una mini-habitación con una mesa y dos bancos anclados al suelo. Cuando se sentaron, Germán observó a Grace subir las escaleras, que tenía enfrente, con una bandeja con café.

—¿Cómo sabías qué estábamos aquí? —tanto el piloto como Grace sonrieron con una complicidad, que Germán reconoció. Esa armonía no era fruto solo de trabajar juntos, la reconocía porque era la misma que él sentía con Isabel, porque era su compañera y su...novia. Se sorprendió a sí mismo por el apelativo que la había adjudicado sin pensarlo, nunca antes la había llamado así, ya que le parecía una palabra demasiado pequeña para definir lo que sentía por ella, para él era su mujer.

—No lo sabía, pero al comandante le gusta mucho el café, y he traído para los dos.

—Pero ¿cómo sabías que nos íbamos a sentar para hablar?

—No lo sabía seguro, pero...—se encogió de hombros, pero el piloto la despidió antes de que pudiera seguir hablando,

—Muchas gracias Grace—ella dejó la bandeja para que se sirvieran, y luego se fue.

—¿Quieres? —Adam mantenía la jarra en alto con el líquido caliente, y Germán asintió, aunque temblaba solo de pensar en lo que le servirían. En cuanto vio el color de lo que solo se podía definir como agua sucia llenando su taza, pidió leche y azúcar para ocultar el sabor, pero cuando lo probó supo que no tenía solución. Adam al verlo sonrió divertido.

—A los españoles os matamos cuando os hacemos beber nuestro café.

—¿Y a vosotros os gusta? —él se rio negando con la cabeza

—¡Qué va!, además yo no soy el típico inglés que toma te a todas horas, a mí me gusta el buen café. Fuerte y negro.

—Como yo entonces—dejó la taza en la mesa después de dar un sorbo—quería informarte sobre cómo va todo,

como es lógico imagino que estás preocupado ¿se han comunicado con vosotros por radio?

—¿Estás de broma?, cada quince minutos tengo que contactar con ellos y decirles cómo va todo; están acojonados, y no solo ellos. Las azafatas están muy asustadas, me imagino que como los pasajeros.

—Sí, ellos también, bueno todos no, claro—se entendieron enseguida.

—¿Tienes idea de quién puede haber sido?

—Todavía no, aunque tengo varias posibilidades. Por cierto, que necesito que me consigas una información de la compañía.

—¿Qué información?

—Todos los vuelos que hayan realizado con vosotros los de primera, si es que han hecho alguno más, fechas y destinos. Y también los de la tripulación—pensó un momento— en los últimos dos años, por ejemplo.

—No creo que nos la den sin una orden, la protección de datos...—Germán levantó la mano para que no siguiera.

—Conozco las leyes—bajó la voz—pero me imagino que se podrá hacer una excepción, sobre todo teniendo en cuenta que tenemos un asesino a bordo que, en cualquier momento puede matar a más personas—lo miró muy serio—estoy haciendo todo lo que puedo al igual que mis amigos, solo os pido algo de colaboración.

—Es verdad lo que dicen de ti.

—¿El qué? —le extrañó la afirmación.

—El agente del F.B.I. con el que hablé primero, me dijo que tenías tu manera de conseguir las cosas, y la última vez que he hablado con tierra les he comentado que me sorprendía que no se te hubieran revolucionado los pasajeros. Pero Robert Thompson cree que eres una especie de Superman—Germán sonrió,

halagado a pesar suyo.

—Ni mucho menos, pero soy muy pesado.

—Dudo que esa sea tu principal cualidad como investigador, pero está bien, transmitiré tu petición y en cuanto tenga su respuesta te la comunicaré.

—Estupendo. Tengo otra pregunta, ¿podríamos aterrizar antes de llegar al destino si fuera necesario? —el inglés se puso rígido y lo miró asombrado—si necesitas mirar el mapa o algo de tiempo...—el piloto lo observaba como si lo estuviera vacilando

—¿Es una broma? conozco perfectamente la ruta, no hay ningún piloto que tenga dos dedos de frente que no se conozca de memoria el itinerario de vuelo—sonrió travieso—en media hora aproximadamente, habremos pasado el Atlántico Norte, y podríamos aterrizar en Nueva Escocia—Germán frunció el ceño

—¿Canadá? —el piloto asintió, aún más serio—pues creo que ha llegado el momento de que preguntes si podríamos aterrizar allí— el comandante se inclinó hacia él para decirle

—¿Es posible que haya más asesinatos?

—Por supuesto que es posible, además, como nos temíamos no hemos encontrado todo el veneno—movió la cabeza—¿quieres que llame al F.B.I.? —seguramente lo más efectivo sería hablar con Bob directamente.

—No, no, me harían picadillo sino hablo primero con la compañía, déjame que lo consulte con ellos.

—De acuerdo, pero si no te importa, espero aquí a que lo hagas, lo siento, pero el tiempo apremia—el piloto asintió y se fue a la cabina—Germán salió de la habitación y dio unas cuantas vueltas por el estrecho pasillo mientras esperaba, aunque en cinco minutos tenía la respuesta.

—Ya está—le hizo una seña para que entrara en la habitación, aunque ninguno de los dos se sentó—se han negado. Me han dicho que han aceptado que lo investigue el F.B.I. porque hay un acuerdo de colaboración, pero que prefieren que no aterricemos en Canadá. Y, además, desde mi punto de vista, creo que para los canadienses supondríamos un grave problema, que no sé cómo aceptarían. He aprovechado y les he pedido los datos de los vuelos, pero me han dicho que solo lo mandarían a la impresora—Germán asintió dándose la vuelta.

—Está bien, diles que cuando los tengan que nos avisen.

—Pero si la impresora no funciona...

—Lo sé—se dirigió a la habitación del ordenador—avísame en cuanto esté esa información

—De acuerdo.

El corazón se le aceleró cuando vio que Fred tenía la impresora de nuevo montada, y estaba haciendo pruebas.

—¿La has arreglado? Fred, ¡eres un genio! —Roberto y Natalia que seguían trabajando con el otro ordenador sonrieron al verlo. Fred parecía algo aturullado, como si no estuviera acostumbrado a las alabanzas, y estiró la mano derecha para que Germán observara lo que había en ella. Era un plástico fino de unos cinco centímetros que estaba partido en dos, y que parecía que habían vuelto a unir.

—¿Qué es eso?

—Una pestaña sin la que la impresora no funciona, la he pegado con celo y he hecho una prueba, y de momento funciona. Pero no sé lo que aguantará.

—¡Estupendo!, voy a decirle a Adam que nos manden una información que le he pedido, y Fred—lo señaló con el índice— ¡que envíen los expedientes de los que hemos hablado antes!—se giró a sus amigos—Natalia, ¿os podéis poner a buscar en Internet cualquier información que encontréis de Jerry Burton y el General? y necesito conocer el testamento de Burton, como eso será imposible de conseguir desde aquí, me gustaría hablar con su abogado—Natalia apuntaba en su libreta furiosamente, con aspecto de estar encantada; hasta tal punto que Roberto le dijo:

—Cariño, ¿podrías al menos aparentar que no disfrutas tanto con todo esto? —ella le sacó la lengua y luego, guiñó un ojo a Germán. Roberto tenía razón.

Al llegar abajo le esperaba Isabel, que le enseñó una bolsa transparente con algún tipo de material quemado y retorcido en su interior. Él la cogió, y abrió la bolsa para oler el plástico que había dentro,

—¿Dónde lo has encontrado? —contestó con aire travieso.

—He rebuscado en la basura de los baños, es una guarrada, pero he pensado que no habíamos mirado allí. En realidad, buscaba el veneno.

—¿Y los pasajeros?

—Tranquilo, las azafatas están dando de comer a las fieras—él volvió a mirar la bolsa.

—Es goma quemada, eso seguro—cogiendo la bolsa la sacudió un poco y volvió a olerlo, luego le preguntó—¿tú confundirías esto con el olor de un cigarro?

—Yo creo que nadie lo confundiría.

—¡Exacto! —Isabel sonrió al ver cómo le brillaban los ojos—pues manos a la obra, terminemos con la primera ronda de interrogatorios.

—De acuerdo.

Brooklyn Taylor era una morena de 25 años con los ojos grises; parecía asustada al sentarse frente a él, al menos tenía las manos fuertemente unidas y su mirada transmitía miedo. Isabel carraspeó y Germán la miró, entonces ella le

echó una mirada para avisarle de que fuera cuidadoso, y él asintió levemente, aunque el aviso no era necesario.

—Buenos días Brooklyn

—Hola—casi no se la oía.

—Cuéntanos por qué haces este viaje.

—He terminado mis estudios, y vuelvo a mi casa.

—¿Dónde has estudiado?

—En Oxford.

—¡Qué suerte! —la chica asintió mientras en su cara apareció por un instante una tímida sonrisa.

—Debe ser muy caro estudiar allí—se encogió de hombros

—No mucho, lo más caro es estudiar un máster, pero yo no he hecho ninguno.

—¿Qué carrera has estudiado?

—Me gustaría ser maestra de educación infantil, y por eso he estudiado filología inglesa, aunque todavía no he decidido si en mi país, haré la carrera de Educación Infantil o la de Pedagogía.

—Comprendo, ¿no tienes prisa por trabajar? —Brooklyn se mordió los labios

—No, mi padre...bueno, tiene dinero. Siempre me ha dicho que no hace falta que trabaje, pero yo quiero hacerlo. Me aburro sin hacer nada y siempre me ha gustado estudiar—Germán pensó en el precio del billete de primera, tenía curiosidad...

—¿Puedo preguntarte a que se dedica tu padre?

—Claro—vaciló un momento—tenemos un rancho, con ganado y... petróleo, en Texas.

—Ahora lo entiendo—la sonrió—muchas gracias por decírmelo, y cuéntame, ¿has visto algo en el vuelo esta mañana, que te haya llamado la atención? —se quedó pensativa unos instantes, para acabar negando con la cabeza.

—No sé, no recuerdo nada.

—Por ejemplo ¿has hablado con cualquiera de tus vecinas de asiento? — Germán miró la lista— a tu izquierda está Rose, la enfermera, y a tu derecha Isabelle, la profesora francesa.

—Sí, Rose es simpática, además, en cuanto ha visto que había alguien enfermo, enseguida se ha levantado para intentar ayudarlos. Y eso a pesar de que, cuando ha tropezado esta mañana cerca de Johanna, la mujer del señor que se ha muerto, la ha insultado. Yo la he oído, pero Rose no la ha contestado, aunque yo he notado que le ha sentado mal.

—¿Le ha gritado?

—Sí, su marido no estaba en ese momento, me parece que se acababa de ir, seguramente al baño. Y Rose ha tropezado con uno de los bolsos de Johanna, que había dejado en el suelo porque estaba buscando algo en el portaequipajes, y además de que es culpa suya, la insulta. Cuando más tarde, hemos hablado los pasajeros entre nosotros, hemos coincidido en que Johanna es una maleducada.

—¿Y sabes dónde iba Rose?

—Al baño, ha vuelto en unos minutos. Yo creo que Johanna estaba nerviosa y lo ha pagado con ella. Si no, no es normal, ¡si la que estaba entorpeciendo el paso con su equipaje era ella!

—Y ¿qué me puedes decir de Isabelle, la profesora?

—Nada, es muy antipática, ni ella ni su marido hablan con nadie, solo entre ellos y siempre en susurros.

—Puede ser porque hablan en francés, y no quieren que la gente se moleste por ello.

—Sí, es posible. Siento haber hablado mal de ellos, por favor, no lo tenga en cuenta, estoy segura de que son buenas personas—suspiró—lo he dicho sin pensar, estoy bastante nerviosa.

—Al contrario, te agradezco que hayas sido sincera, no te preocupes que nadie va a pensar mal de ti...—antes de que pudiera continuar, se abrió la puerta y entró Mad Brake con cara de estar preocupado. Germán lo miró esperando que le dijera que lo había hecho presentarse allí, y el actor lo hizo:

—Quería saber si ya habéis terminado con Brooklyn, o si hay algún problema—Germán enarcó las cejas mirando a los dos, la chica miraba al actor con ojos de adoración, pero enseguida apartó la mirada muy colorada, mientras susurraba—¡qué amable! —y Mad mantuvo el contacto visual con Brooklyn hasta que ella apartó la mirada. Germán, reconociendo la situación, decidió aprovecharla, y le hizo un gesto para que se sentara a su lado, por supuesto el actor lo hizo encantado—Brooklyn es una buena persona y muy tímida, y no me parece bien que esté aquí sola sin nadie que la defienda...

—No te preocupes Mad por favor, están siendo muy amables conmigo—volvieron a mirarse de tal manera, que a Germán le entraron ganas de irse y de dejarlos solos.

—En cualquier caso, ya hemos terminado Brooklyn, si quieres, te puedes ir —ella asintió sonriente, y les dijo

—Muchas gracias, es verdad que habéis sido muy amables—salió acompañada por el actor, que la trataba como si fuera algo excepcionalmente delicado.

Cuando se fueron, los policías se miraron sonriendo, hasta que Isabel dijo:

—Bueno, después de ver esto, podemos decir que todavía existe el flechazo ¿no?, si lo piensas, es muy romántico —él asintió sonriendo algo irónico,

—Sí, claro, siempre que no imaginemos que él conoce el estado financiero de su padre. Además, habría que preguntar a Arlena Star si a ella también le parece romántico—Isabel le dio un codazo en el estómago que hizo que se doblara en dos, antes de levantarse a por el matrimonio belga al que habían decidido interrogar a la vez.

Era de esas extrañas parejas que, después de largos años de convivencia terminaban pareciéndose, los dos llevaban el pelo corto y blanco y gafas con montura metálica, además de ir vestidos con pantalón y jersey de color negro. Aparentaban tener sesenta años, y llevar juntos doscientos, aproximadamente.

—Buenos días—él contestó al saludo sonriente y señaló las dos sillas que habían colocado al otro lado de la mesa, frente a él y a Isabel.

—Buenos días, siéntense por favor, son ustedes Pierre y Jean Lachaise, ¿es correcto?

—Sí, desde luego, somos nosotros—contestó el marido, pero antes de hacerlo, miró a su mujer como si le pidiera permiso.

—Y son ustedes belgas, ¿no es así?

—Sí, eso es—los dos estaban serios, pero a la mujer, de vez en cuando, se le escapaba una sonrisa de superioridad.

—¿Puedo preguntarles a qué se dedican? —Natalia ya se lo había dicho, porque en Bélgica eran muy conocidos por su trabajo.

—Somos escritores de novela policíaca—esta vez habló la mujer, con un tono complaciente en la voz, Germán había interrogado a demasiada gente para no darse cuenta. En estos casos era mejor dejarles hablar.

—¡Qué interesante! les debe de ir muy bien, porque los billetes de primera de este avión son bastante caros —ella se encogió de hombros delicadamente, todo muy...belga.

—Bueno, me parece de mal gusto hablar sobre dinero, pero este viaje nos lo paga nuestro editor. Volamos por trabajo, para promocionar nuestra última novela.

—Entiendo, y ¿es la primera vez que van a Estados Unidos? —el comenzó a hablar, a pesar de que ella le había lanzado una mirada para que no lo hiciera.

—¡Qué va!, ¡si su padre era americano! —Germán e Isabel se quedaron sorprendidos al ver que Jean Lachaise apretaba los labios con rabia. Pasados unos segundos, al ver que no tenía más remedio que hacerlo, se explicó.

—Mi padre era un militar americano que estuvo destinado en Bruselas, en el Cuartel General de la OTAN, en 1955. Permaneció allí un par de años, y luego volvió a su país. Mi madre y él ya eran novios por entonces, decidieron casarse y

se fueron juntos su nuevo destino. Yo nací en América, pero no recuerdo nada de aquella época, porque mi padre murió muy joven, y mi madre y yo volvimos a Bélgica.

—¿Puedo preguntarle de qué murió su padre?

—Fue un accidente, murió por intoxicación de monóxido de carbono—
Germán la observó con el ceño fruncido,

—¿En su casa, o en el trabajo?

—En casa, lo encontró mi madre—Germán asintió, aunque su intuición le decía que mentía.

—Y ¿cómo se llamaba su padre? —ella dudó un momento, pero le respondió.

—Archer Bronson—Isabel lo anotó, Germán lo vio por el rabillo del ojo.

—Bien, muchas gracias, ahora, si no les importa contarme si recuerdan haber visto algo extraño durante el vuelo—se miraron y ella volvió a encogerse de hombros, luego le contestó con una sonrisa irónica

—Me imagino que se refiere a algo extraño aparte de que asesinen a tres personas—otra graciosa, había varios a bordo.

—Efectivamente y... por cierto—se le ocurrió otra pregunta de repente—tengo una curiosidad, son ustedes la única pareja de todo el avión que viaja en asientos separados, es bastante curioso, la señora Lachaise delante y el señor Lachaise detrás ¿es por alguna razón en especial?

—Eran los únicos asientos disponibles en primera.

—Entonces—la miró a los ojos—¿no ha visto nada extraño que quiera compartir con nosotros?

—Si lo hubiera, tendría que habérselo contado en su momento, si no lo hubiera hecho no sería una buena ciudadana, ¿no le parece? —era evidente que estaba disfrutando, así que Germán decidió dejar que creyera que se había salido con la suya.

—Por supuesto—se levantó—no tenemos nada más que preguntarles, muchas gracias—Isabel lo miró asombrada, pero no dijo nada—si se les ocurre algo más, díganmelo por favor—la señora Lachaise parecía sorprendida e incluso decepcionada, pero se levantaron y se fueron. En cuanto salieron, Germán se volvió a Isabel

—Sube a hablar con Fred, ¡quiero el historial del padre de ella enseguida!

—¿Crees que puede ser ella?

—No lo sé, pero sabe algo y nos ha mentado con lo del padre, o por lo menos no nos ha contado toda la verdad.

—¿Podrían ser los dos? —Germán movió la cabeza dudando.

—No lo sé, pero hay que vigilarlos, ella se cree muy lista, y eso es muy

peligroso cuando hay un asesino cerca. Pregúntale a Fred si ya tiene algo de la información que le he pedido, y si es así me la bajas.

—¿Y tú? ¿qué vas a hacer?

—Ya sabes que necesito pensar cuando estamos a estas alturas de una investigación, me voy a sentar en el asiento de Burton, desde allí puedo ver toda la zona de primera— la miró sombrío—intentaré empezar a colocar las piezas del rompecabezas que tenemos hasta ahora, aunque no son muchas.

—Ten cuidado—él asintió, y cogió su mano acercándola a él, hasta que sus dos cuerpos estuvieron pegados. Después la besó apasionadamente. Cuando levantó la cabeza, recorrió su querido rostro, y sonrió al notar que se había sonrojado un poco, lo suficiente para estar mucho más bella aún.

—¿Y esto a que viene? —le encantó notar que le faltaba un poco el aliento.

—A que te quiero, no lo olvides, y a que yo también necesito que tú tengas cuidado—ella levantó el dedo índice y con él, recorrió su ceja derecha, luego lo besó en la mejilla y con una última sonrisa se marchó.

Germán dejó caer sus brazos vacíos de nuevo, tensos por la necesidad de encerrarla entre ellos y no dejarla salir hasta que desapareciera el peligro.

SEPTIMA HORA

A

brió los ojos al escuchar un murmullo cerca de él, y vio que Johanna Burton se había levantado y estaba junto a la butaca de su guardaespaldas hablando con él, seguramente creyendo que Germán se había dormido. Intentando concentrarse de nuevo volvió a cerrar los ojos, pero Isabel lo interrumpió minutos después, venía abrazada a un taco de folios recién impresos en los que todavía se podía oler la tinta, y con cara de satisfacción se inclinó hacia él:

—Aquí tienes, si quieres vete a la sala y yo me quedo aquí. Arriba están como locos imprimiendo todo lo que está llegando, hay tanta información que no sé si nos dará tiempo a leerlo todo antes de aterrizar—Germán se levantó con un nuevo chute de energía, y cogiendo las hojas le hizo un gesto para que lo acompañara a la sala,

—¿Está todo lo del F.B.I.?

—No. Dice Fred que cree que está todo lo de la compañía, pero que falta parte de lo del F.B.I.—se encogió de hombros— Bob ha asegurado que mandará lo que falta enseguida, pero que se están retrasando algunos por temas de confidencialidad,

—¿Y eso?, ¿por qué?

—Al parecer, dos de los pasajeros fueron adoptados, y tardarán un poco más en conseguir los historiales, y los de los militares también porque tienen que mandárselos el ejército.

—Bien, pues empezaré con esto—antes de que Isabel saliera ya había empezado a leer.

Lo primero que cogió era la información de los vuelos realizados por estos pasajeros con la compañía en los dos últimos años; cuando llevaba veinte minutos leyendo, encontró la información de dos de ellos y buscó las ciudades de destino en internet con su móvil, y al ver el resultado mandó un whatsapp a Fred para no tener que dejar de leer; algo innecesario porque el americano entraba poco después en la sala con el móvil en la mano,

—Es Bob, estaba hablando con él para pedirle los datos del abogado del señor Burton, y me ha dicho que necesita hablar contigo—Germán estiró el brazo sin moverse para no perder tiempo. Fred esperó de pie, y entró Isabel con una taza de café, que dejó junto a la mano izquierda de Germán porque había notado que estaba muy cansado.

—Hola Bob—escuchó lo que le decía—bueno, bien no va, porque ya tenemos tres muertos, pero vamos, va...—hizo una mueca porque su amigo, nervioso, no le dejaba acabar las frases— al menos ya solo queda hora y media de vuelo, y luego os toca a vosotros—se frotó los ojos agotado e Isabel hizo una mueca al verlo—sí, necesito hablar con el abogado de Jerry Burton—escuchó un momento lo que decía—claro, no me importa, dale mi número, lo importante es que pueda hablar con él. Pero dile que responda a mis preguntas, a ver si luego no me va a contar nada—escuchó durante unos segundos antes de volver a contestar— está bien, sí, te llamo en cuanto sepa algo. Gracias, hasta luego—devolvió el teléfono a Fred y se echó hacia atrás en la silla estirándose, le ardían los ojos y le dolía la espalda. Era un estupendo comienzo de vacaciones...

—¿Algo más, Fred?

—Natalia está con lo que le has encargado, pero yo he pedido un favor a un compañero para que me enviara el historial que querías, y acaba de llegar. Sacó un par de hojas de su vaquero, que estaban dobladas en cuatro,

—Gracias Fred—alargó la mano y las cogió, estirando los papeles—el americano se quedó de pie esperando su reacción, porque él ya había leído las sorprendentes noticias. Cuando terminó, Germán se quedó pensativo un par de segundos y luego le dijo:

—Dile a Natalia que deje lo que está haciendo y que se ponga con la señora Lachaise, quiero saber todo lo que haya sobre ella. Todo. Si tiene redes sociales quiero ver todo lo que haya publicado, que husmee por todos lados, y si tú estás libre ayúdala. Nos ha mentido desde el principio sobre la muerte de su padre, y no creo que esté tan tranquila como aparenta por lo ocurrido— Cuando Fred se fue, Isabel estiró la mano para que le dejara las hojas y mientras lo leía, Germán repasó la historia en su mente.

El padre de Jean Lachaise, americano y militar de profesión, había participado en la intervención de la República Dominicana en 1965. En una de las operaciones que realizaba con su grupo de operaciones en uno de los poblados más peligrosos, huyó atemorizado abandonando a sus compañeros, según declararon éstos. Su huida provocó que murieran tres soldados, y que a él lo expulsaran del ejército con deshonor; meses más tarde cuando ya había vuelto a casa junto a su familia, se suicidó y su mujer volvió a Bélgica con su hija.

Germán creía que, a pesar de su apariencia, la escritora no había perdonado al ejército americano, ni lo haría nunca. Y el odio era uno de los motivos más poderosos para asesinar.

—¡Vaya historia! —Isabel sacudió la cabeza antes de volver a irse—me voy a vigilar—Germán agachó la cabeza y siguió leyendo porque el tiempo apremiaba; de vez en cuando apuntaba en un papel que tenía al lado, los datos

que le llamaban la atención, porque le servirían para un futuro interrogatorio, o porque quería pensar más tarde sobre ellos. Cuando terminó se quedó mirando al vacío analizando la teoría que, casi sin darse cuenta, se había formado en su mente durante la última hora.

Ya sabía por qué se habían producido los asesinatos y quién los había cometido, aunque todavía no conocía todos los detalles. Otra persona quizás, a los dos hechos sorprendentes que acababa de descubrir en los expedientes de los pasajeros los hubiera llamado casualidad, pero él no creía en las casualidades. Se levantó de repente y se movió con rapidez hacia las escaleras, cuando iba a comenzar a subir escuchó la voz de Jean Lachaise que le llamaba; se paró y la miró, estaba sentada en su sitio habitual en la última butaca de la derecha. Se acercó y ella le dijo,

—Me gustaría volver a hablar con usted, porque hay algo que quiero decirle.

—Estupendo, dígame—ella negó con la cabeza, mientras se peinaba con los dedos.

—No, necesito cinco minutos, vaya a lo que sea que tenga que hacer que yo no me moveré de aquí—la miró, pero ella giró la cabeza hacia la ventanilla.

—Creo que es mejor que me lo cuente ahora.

—no supo por qué, pero le parecía mejor que se lo dijera ya.

—¡No se preocupe, que no me voy a ir a ningún sitio! —cuando se dio cuenta de que levantaba la voz, bajó el tono y le habló con un tono normal— por favor, váyase. Le esperaré aquí, y cuando vuelva le contaré lo que sé del asesinato del general —Germán miró a Isabel que lo miraba extrañada, pero no creyó que los demás lo hubieran escuchado, ya que todos, excepto la escritora e Isabel, tenían las mamparas cerradas. A pesar de que sentía un hormigueo en la nuca que le avisaba de que algo no iba bien, subió para hablar con sus amigos y comentarles algunas de las dudas que le habían surgido con los expedientes, y con las que necesitaría ayuda. Se paró un momento junto a Isabel, que seguía sentada en el asiento de Jerry Burton, el que más visibilidad tenía sobre el resto, y le dijo:

—Mantén los ojos abiertos, no sé qué le pasa a esa mujer, pero sabe algo.

—Sí, ya la he oído, parece que quería que nos enteráramos todos. No te preocupes, yo la vigilo—él asintió con semblante serio porque seguía sintiendo ese cosquilleo en la nuca. Echó un último vistazo a la escritora que seguía mirando por la ventanilla, y subió las escaleras de dos en dos, para entrar en la habitación del ordenador,

—¿Cómo vais? —entregó a Natalia la hoja con las dudas, explicándole lo

que necesitaba. Roberto le dio otro montón de hojas impresas que cogió dándose la vuelta para bajar de nuevo, cuando, de repente, escucharon unos gritos terribles provenientes de la planta de abajo.

—¡Mierda! —corrió hacia las escaleras tirando las hojas, y al llegar abajo se quedó totalmente desorientado, ya que no había luz. Buscó a tientas su móvil, aguantando como pudo los empujones de sus amigos que bajaban detrás de él y se tropezaban con su espalda, y que pedían perdón al hacerlo. Se reiría si no fuera porque temía lo que encontrarían cuando encendieran la luz.

—¡Fred! —apuntó con la luz de su móvil, y vio que todo el mundo había cogido el suyo y los usaban a modo de linternas. Entonces escuchó un grito de Isabel y corrió hacia su butaca alumbrándola, pero estaba vacía. Con el corazón saliéndosele por la boca, gritó desesperado:

—¡Isabel!

—¡Aquí! —cuando contestó, pudo volver a respirar. Caminó deprisa intentando aislarse de los gritos de terror que le rodeaban, Isabel estaba al final de primera, junto a la butaca de Jean Lachaise. Cuando llegó a su lado, ella le susurró:

—Está muerta—maldijo entre dientes, mientras observaba la cara de sorpresa de la señora Lachaise. El cuchillo que tenía enterrado en el corazón parecía uno de los que se utilizaban para las comidas, se inclinó hacia la herida apuntándola con la luz del móvil, y vio que casi no había sangre.

—No se lo esperaba—Isabel todavía miraba la expresión de la muerta.

—No—se volvió hacia Fred y sus amigos que estaban a su alrededor—Fred, busca a las azafatas y habla con ellas para ver quién puede arreglar lo de la luz. Si ellas no lo saben, habrá que hablar con los pilotos, alguien debe saber cómo solucionarlo—el joven americano salió corriendo alumbrándose con una linterna, mientras los pasajeros seguían gritando.

—Creía que era ella, me refiero a la asesina—Isabel casi no se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta, —¿y tú? —Germán movió la cabeza dudando.

—Cuando hablé con ella y nos enteramos de lo de su padre, no te niego que sí, pero cuando lo pensé bien me di cuenta de que no había tenido oportunidad de hacerlo en las tres ocasiones. Aunque estoy seguro de que sabía quién era, y también de que, al principio no pensaba decirlo, pero que luego cambió de opinión; evidentemente el asesino se dio cuenta, y decidió matarla sobre la marcha.

—Es decir, ¿qué no estaba planeado?

—No creo que todos hayan estado planeados—suspiró—no, ha habido dos que no lo estaban, este es uno de ellos. Debo seguir leyendo toda la información

que tenemos y luego tengo que pensar, por lo menos, cuando entregue la investigación al F.B.I., que esté lo más adelantada posible. Ya sé que no vamos a resolver el caso, pero no permitiré que haya más asesinatos.

La luz se encendió poco después, y los pasajeros se levantaron de los asientos dirigiéndose hacia él mientras gritaban, Germán sabía que esa conducta la provocaba el miedo, pero si no quería que nadie saliera herido, tenía que conseguir que estuvieran razonablemente calmados,

—¡Permanezcan todos en sus asientos! —dijo la orden sin gritar y le observaron con nerviosismo, pero al ver que se mantenía erguido y muy serio, se fueron sentando uno a uno hasta que estuvieron todos en sus asientos y en silencio. Isabel permanecía a su lado, observando sus expresiones. En los rostros de todos, sin excepción, se podía distinguir el miedo,

—Isabel y Natalia, por favor, ¿podrías intentar tranquilizar a los pasajeros? y de paso que os cuenten si han visto algo—las dos asintieron y se fueron, y se dirigió al americano que había bajado de nuevo en cuanto se encendió la luz.

—Fred, por favor, quédate para ayudar a subir a la señora Lachaise cuando Roberto termine de examinar el cadáver, aunque no creo que haya dudas sobre la causa de la muerte. ¡Por Dios, esto empieza a parecer una morgue! Luego me contarás lo de la luz, ¿te parece? —el americano observó que todos estaban pendientes de lo que hablaban, y entendió.

—No te preocupes, en cuanto Roberto termine, la llevamos arriba—Germán se quedó unos minutos observando trabajar a su amigo, mientras veía llorar a su viudo a quien Natalia intentaba consolar. Entonces alguien lo llamó,

—¡Señor Cortés! —levantó la mirada, era el piloto que lo esperaba al pie de las escaleras, y que le hacía un gesto para que se acercara. Lo hizo, pero antes le dijo a Isabel—vamos a volver a interrogar a todos, mientras tanto no se te ocurra moverte de aquí. Los dos miraron apenados al señor Lachaise que se había levantado a pesar de lo que le decía Natalia, y estaba observando a su mujer mientras le caían lágrimas silenciosas por la cara.

—Ocúpate de él, por favor—Isabel asintió y el subió las escaleras acompañado del piloto que le dijo

—Ya me ha contado Fred lo ocurrido, yo he sido el que he vuelto a dar la luz. Tenías razón, esto no ha terminado, ¿crees que seguirá matando? —Germán se encogió de hombros

—¿Qué quieres Adam?, tengo mucho que hacer—el piloto se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras,

—Ven, quiero explicarte como han hecho lo de la luz—en lugar de subir hasta arriba, se paró en el último escalón, y alargó el brazo hacia la izquierda. Alumbrándose con una pequeña linterna que sacó del bolsillo y que enfocó hacia

la pared, introdujo una llave cuadrada en un pequeño hueco, y parte de la pared se deslizó. Germán se acercó y pudo ver varios automáticos, era un cuadro de luces, aunque bastante más sofisticado que los que se veían habitualmente en una casa.

—¿Es lo que me imagino que es? —el piloto asintió y señaló uno de los automáticos,

—Éste es el de la zona de primera—Germán asintió.

—Yo pensaba que esto solo lo podrían hacer desde la cabina,

—Es por si no pueden comunicar con nosotros en cabina y hubiera alguna emergencia, para que lo puedan hacer desde fuera,

—Entonces, ¿lo conocen las azafatas?

—Sí, pero la llave solo la tenemos, la sobrecargo y yo.

—Entiendo, es decir que únicamente uno de los dos habéis podido apagar la luz—el comandante pareció momentáneamente sorprendido, pero luego asintió.

—Sí

—¿Y no has perdido de vista la tuya en ningún momento?

—No, siempre la tengo en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—Entiendo, preferiría que no comentaras nada sobre esto, como comprenderás es muy importante.

—Sí

—Sabes lo que significa

—Sí—miró alrededor e inspiró hondo—que alguien de la tripulación está en el ajo, y que sospechas de mí y de Grace.

—Vamos a la habitación de lectura, serán solo unos minutos—se sentaron enfrente uno de otro—quiero que me digas todo lo que sepas de Grace—el piloto se movió incómodo en el asiento y se miró las manos; tardó en contestar, hasta que Germán se vio obligado a decir,

—Si lo que te echa para atrás es vuestra relación, sé que existe casi desde el principio, así que si quieres empieza por ahí—el comandante enarcó las cejas y se quedó callado unos segundos, seguramente estaba pensando si le serviría de algo mentir.

—No creía que fuera tan evidente, no creo que ninguno de nuestros compañeros lo sepan.

—¿Y cómo hacéis en los viajes para que no se enteren?

—Los pilotos y los sobrecargos tenemos habitaciones individuales, las azafatas sin embargo están en habitaciones dobles, o si lo prefieren triples.

—Entiendo, así que cuando viajáis no tenéis compañeros de habitación.

—Mira, yo estoy casado y tengo tres hijos—Germán observó la alianza que llevaba en la mano, y el comandante siguió su mirada—sí, ya lo sé, piensas que

soy un hipócrita—se encogió de hombros— mi mujer también es piloto, y casi no nos vemos. Seguimos juntos por nuestros hijos, pero hace mucho tiempo que no tenemos un verdadero matrimonio, a pesar de ello prefiero que mi relación con Grace no se sepa. Me gustaría que siguiéramos volando juntos, y si la compañía se entera nos separarían—miró al poli a los ojos—te agradecería que no dijeras nada

—Si no afecta a la investigación, no lo haré, pero me gustaría que me hablaras sobre Grace. Intenta ser objetivo ¿crees que es de confianza? —sabía que no sería totalmente sincero, pero era posible que se le escapara algo importante sin querer.

—Pondría la mano en el fuego por ella sin dudarlo, y si te digo la verdad, tampoco creo que haya sido nadie de la tripulación.

—¿Y tu copiloto?

—No creo, ¿qué razón podría tener para asesinar a esa gente? —levantó la cabeza con brusquedad—¿qué tontería, si cuando mataron a esas personas, yo estaba con él! No, es imposible.

—Cuando se han apagado las luces ¿Estabais los dos en cabina? —se irguió antes de contestar

—No, él sí, pero yo estaba fuera.

—¿En el baño?

—No exactamente—al escucharle se imaginó lo demás.

—¿Estabas con Grace? —asintió rápidamente,

—Sí, yo iba al baño y nos encontramos por casualidad, estuvimos... hablando—Germán no pudo evitar enarcar las cejas al escuchar el titubeo—unos segundos después, cuando volvía a la cabina, escuché los gritos de primera; a pesar de que quería bajar para saber qué ocurría, entré siguiendo la normativa. Ya sabes que tenemos obligación de encerrarnos allí durante cualquier emergencia, por seguridad.

—Sí, lo sé—Germán se levantó y Adam hizo lo mismo imitándolo—vuelvo abajo, más tarde hablaré de nuevo con Kevin. Mientras bajaba las escaleras, examinó la pared que ocultaba el cuadro de los automáticos.

Se dirigió a la cocina donde encontró a las azafatas cuchicheando entre ellas; habían cambiado mucho desde la primera vez que había hablado con ellas, ahora estaban asustadas al igual que los pasajeros. A pesar de que quedaba solo una hora para aterrizar, todos tenían miedo de lo que pudiera pasar en ese tiempo, lo que era comprensible. Seguramente sería el único vuelo de la historia en el que a los de primera, les gustaría estar en clase turista.

Grace se adelantó un paso al verle y él notó que estaba bastante pálida.

—¿Necesitas algo? —él asintió

—Sí, me gustaría volver a hablar contigo—ella asintió, mientras las otras tres azafatas los observaban preocupadas

—Vamos a los jump seat—salieron de la cocina, y caminaron unos pasos a la derecha pasando las escaleras, hasta llegar a la pared del avión, donde estaban los cuatro asientos plegables que las azafatas usaban en el despegue y el aterrizaje. Germán se sentó en un extremo y ella en el otro, porque el policía quería ver su cara mientras hablaba con ella,

—Grace, he estado hablando con Adam, ya sé que mantenéis una relación—pareció sorprendida, porque seguramente no esperaba que Adam lo admitiera—también me ha explicado que la única manera de apagar las luces es con los automáticos que hay en las escaleras, y que se abre con una llave que solo tenéis tú y él—ella asintió despacio como si comenzara a preocuparse de verdad por lo que le pudiera ocurrir,

—Lo sé, no dejo de pensar en ello, como siga así me voy a volver loca—miró a Germán mordiéndose los labios y con los ojos húmedos

—Uno de los dos tiene que ser el que apagó las luces...a menos que haya más llaves. Además, creo que, en los asesinatos hay dos personas implicadas.

—No entiendo cómo ha podido ocurrir esto—agachó la cabeza mirándose las manos, apretando la una contra la otra con fuerza.

—Lo mejor para los dos sería que confesarais, estoy seguro de que los tribunales lo tendrían en cuenta—ella negó con la cabeza y siguió mirándose las manos. Germán decidió apretarle más las tuercas, era evidente que sabía algo, y no se arriesgaría a que siguieran asesinando—imagínate lo que sufrirá Adam en la cárcel alejado de sus hijos—al escucharlo se puso tan pálida, que pensó que se desmayaría. Momentos después se había roto,

—Está bien, lo confieso, fui yo, yo asesiné a todos, y apagué las luces para poder matar a la belga—respiró hondo y lo miró con los ojos secos.

—No creo que lo hayas hecho tú sola.

—Pues te equivocas.

—Está bien, dime por qué los mataste

—Me caían mal, todos ellos—intentó sonreír, aunque solo se dibujó una mueca en su cara.

—Quiero que me digas paso a paso, cómo cometiste los asesinatos—no le cuadraba, estaba mintiendo, era imposible que lo hubiera hecho sola.

—No, ya no diré nada más. Cuando aterricemos, hablaré, pero delante de mi abogado.

Germán no tenía más remedio que detenerla. Utilizó las esposas que le había dado ella misma para inmovilizar al general, y la llevó a la sala de interrogatorios bajo la asombrada mirada de todos. Cuando estuvo sentada, la

inmovilizó la mano con el brazo de la butaca.

—¿Estás cómoda? —mover con rigidez la cabeza, aunque no lo miró, Germán se dio la vuelta y abriendo la puerta vio a Isabel, que esperaba fuera. Salió y hablaron mediante susurros al lado de la puerta.

—¿Es ella?

—De momento ha confesado los cuatro asesinatos—Isabel abrió la boca asombrada.

—¿Y la has creído? —Germán se encogió de hombros,

—No lo ha hecho sola, eso está claro, creo que está protegiendo a Adam, porque están liados. Pero me ha dicho que no dirá nada más, a menos que su abogado esté presente.

—¡Increíble! ¿y ahora qué? —Germán observó a los pasajeros que lo miraban desde sus asientos, aterrorizados, excepto el marido de Jean Lachaise que lo estaba llamando.

—Voy a hablar con el señor Lachaise, y luego, si no me ha llamado el abogado de Burton, tendré que llamarle. Ya tengo su teléfono, me lo ha mandado Bob y, además, me falta mucho por leer. Pero no me va a dar tiempo a...—de repente, se quedó rígido al ver el gesto de uno de los pasajeros mientras hablaba con otro, ese gesto le recordó algo; maldiciendo cogió su móvil y tecleó de prisa un mensaje, cuando vio la contestación se la enseñó a Isabel que le dijo,

—¿Cómo lo sabías? —él negó con la cabeza

—No estaba seguro, ha sido una intuición. Ya sabía yo que esto no me cuadraba, voy a hablar con Lachaise, mientras, quédate con Grace.

Se acercó al belga, que parecía haber envejecido diez años, afortunadamente Roberto y Fred ya se habían llevado a su mujer.

—Señor Lachaise ¿se encuentra usted bien? —el hombre asintió mientras se limpiaba los ojos con un pañuelo de papel—¿hay algo que me quiera decir?

—Sí, es sobre mi esposa, quiero que sepa que pertenecía a varias asociaciones que luchan contra el ejército americano, se lo digo porque me imagino que ahora lo descubrirán; pero a pesar de todo era incapaz de hacer daño a nadie, en el fondo era muy buena persona—Germán lo dudaba, pero no le iba a llevar la contraria en ese momento. Había visto muchas veces cómo, cuando se moría un ser querido, su familia solía idealizarlo.

—No se preocupe, lo que yo piense no tiene ninguna importancia. Pero si le tranquiliza lo que yo opino, no creo que ella tuviera nada que ver con todo esto —el hombre respiró tranquilo al escucharlo, y se limpió la nariz. Germán sintió vibrar su móvil, era una llamada, y el que llamaba era el abogado de Jerry Burton.

OCTAVA HORA Y CONCLUSIONES

E

chó un último vistazo a Grace que, lógicamente, seguía sentada en la butaca y salió cerrando la puerta con llave, porque no quería más sustos. Pidió al abogado que esperara un momento y entró en el restaurante que había junto a la sala de cine. Había cuatro mesas redondas, cada una con cuatro sillas y se sentó en la más cercana a la puerta, frente a la barra. Estaba todo muy limpio, pero vacío, aunque ya le habían explicado que ese comedor solo se utilizaba cuando los vuelos eran de más de 12 horas.

—Ya puedo hablar, dígame—durante unos segundos no oyó nada excepto ruidos, hasta que le llegó una voz masculina

—¿Hola?, ¿es usted el señor Cortés?

—Sí, soy yo, y usted debe ser el abogado de Jerry Burton.

—Sí, me llamo George Collins. Acabo de hablar con el F.B.I, y me han notificado la muerte de Jerry, ¿es correcto?

—Sí, así es, ha muerto hace unas seis horas.

—Entiendo la situación señor Cortés, me la ha explicado un tal agente Donovan que dice conocerle, pero necesito saber si la muerte ha ocurrido de manera natural, o ha sido provocada—Germán pensó durante unos segundos, pero si quería información tendría que corresponder en algún sentido, y en cuanto aterrizaran lo iba a saber igualmente.

—Me temo que ha sido asesinado, señor Collins, sobre eso no tenemos ninguna duda.

—Entiendo, aparte del resto de consideraciones, que esto ocurra en este momento supone un gran contratiempo.

—Ya me lo imagino—se imaginó que se refería a la vista en el Congreso.

—No, no lo creo, soy abogado de Jerry desde hace quince años—Germán escuchaba con atención porque la voz tardaba bastante en llegar, e intuía que iba a escuchar algo importante—se da el caso de que Jerry iba a cambiar su testamento al volver a Washington, ya que había decidido divorciarse.

—¿Ella lo sabía?

—Me temo que sí. En contra de mi consejo, se lo dijo estando en Europa; hace un par de días que hablé con él, y me confesó que se lo había dicho en medio de una discusión. Mire señor Cortés, yo conocía el carácter de Jerry y su ambición, pero lo que le puedo asegurar es que no era tonto. Sabía desde hacía

tiempo que su mujer se la pegaba con el guardaespaldas, pero en cierta manera tenía que aguantarlo, porque Jack Osborne iba a declarar a su favor en la vista del Congreso.

—¡Vaya lío!

—Sí, por eso le he preguntado si lo habían asesinado.

—Entiendo, y ¿me puede decir algo sobre los anónimos que había recibido el señor Burton? según me ha dicho su mujer, llevaban mucho tiempo amenazándolo de muerte.

—Sí, según el informe del investigador privado que había contratado Jerry, los anónimos parecían proceder del entorno de algunas de las personas fallecidas, según sus familias, por el uso de material supuestamente defectuoso vendido por Jerry al ejército, y utilizado en quirófanos militares—cuando hablabas con abogados, al final siempre salían muchos “supuestos” en la conversación, fuera cual fuera el idioma en el que se hablara. Germán tenía que tratar a menudo con ellos por su trabajo, con más frecuencia de la que le gustaría.

—Comprendido, pues nada más señor Donovan, muchas gracias por haberme atendido. Estoy seguro de que el F.B.I. más adelante, hablará con usted para ampliar su declaración.

—De todos modos, estoy saliendo hacia el aeropuerto, creo que llegan ustedes en una hora, ¿es así?

—Sí, el piloto me ha confirmado hace un rato que llegaríamos según el horario previsto...así que hasta luego.

—Sí, adiós.

Colgó sabiendo que la explicación a lo ocurrido no era tan sencilla como parecía, escuchando al abogado. Volvió junto a Grace, porque a pesar de que no le había dicho nada, no se creía su confesión y estaba decidido a averiguar la verdad. La azafata tenía la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca, y cuando le escuchó entrar, volvió la cara hacia la pared, pero Germán ya había visto la huella de las lágrimas en sus mejillas. Se acuclilló frente a ella, y le preguntó:

—Necesito que seas sincera —ella, a pesar de sus esfuerzos por contenerse, volvió a llorar —cuéntame la verdad Grace.

Germán esperó, admirando, como siempre, la cantidad de cosas increíbles e irracionales que el ser humano es capaz de hacer en nombre del amor.

Isabel entró poco después, en contestación al mensaje que le había mandado,

—Voy a subir con Grace a la habitación del ordenador—Isabel miró a la otra mujer, pero la azafata agachaba la vista avergonzada—te mandaré a Natalia y a Roberto, porque quiero que os quedéis vigilando la zona de primera, después,

quiero que tú les digas a los pilotos y a las azafatas que la asesina es Grace y que la hemos detenido, y que cuando aterricemos la entregaré al F.B.I. —Grace lo miraba con los labios temblando mientras intentaba no llorar, e Isabel asentía— Adam querrá verla, pero diga lo que diga, contéstale que no puede hasta que aterricemos, ni él ni nadie. Me quedaré con ella hasta que salgamos del avión, así evitaremos que haya más muertes.

—Está bien, si es lo que quieres, yo me encargo—él asintió y salió de la sala llevando a Grace del brazo, ella caminaba con las manos esposadas, mientras era taladrada por las miradas de los pasajeros. Tal como había dicho, mandó a sus amigos con Isabel, y Fred se quedó mirando a la azafata atónito. Germán le dijo a Grace que se sentara junto al americano, y él lo hizo frente a ellos.

—¿Tienes todo lo que te he pedido? —él asintió y le pasó unas hojas.

—Acabo de imprimir los últimos expedientes que nos han mandado de Quántico —Germán leyó los nombres y respiró profundamente, ¡por fin habían llegado!

—Por cierto, Grace ¿tendrán algún problema tus compañeras durante el aterrizaje, porque tú no estás? —no se le había ocurrido hasta ese momento.

—No, ninguno—había contestado susurrando, pero estaba más tranquila.

Germán se sumergió en la lectura, y leyó los dos expedientes de los niños adoptados primero, terminando en pocos minutos. Después, se quedó mirando a Fred, que no parecía entender la importancia de la información que le había entregado.

—Necesito que busques información sobre los padres biológicos de estos dos hermanos, sino me equivoco ahí encontraremos el móvil de los asesinatos.

—Lo tienes todo en la última hoja—efectivamente, después de leerla, se entendía todo.

—Me lo imaginaba—miró pensativo a Grace—evidentemente hay que esperar al aterrizaje para aclararlo todo, porque no voy a poner en peligro a nadie más—la azafata lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué quieres decir?, ¡Adam no ha sido, te lo aseguro, he sido yo! —Germán se levantó y cerró la puerta para que nadie los escuchara.

—Grace, ¡ya está bien, contrólate! Ahora lo más importante es que el avión aterrice sin problemas, no voy a consentir que pongas en riesgo la vida de ninguno de los pasajeros—respiró hondo antes de continuar, para no levantar la voz—por favor tranquilízate, sino, sintiéndolo mucho, te amordazaré—la mujer comenzó a llorar y Germán lo sentía, pero ahora mismo la protección de las vidas de los pasajeros estaba por encima de todo lo demás. Fred lo miraba como si se hubiera vuelto loco, pero Germán, todavía, no podía explicar nada.

Adam había vuelto a su puesto como un autómatas después de que le dijeran que Grace era la asesina; cuando la policía se lo había dicho, había notado cómo le recorría un escalofrío al imaginarla en la cárcel; no lo resistiría, estaba seguro, al igual que lo estaba de que era inocente. En cuanto aterrizaran lucharía con uñas y dientes, para librarla de esa estúpida acusación ¡Ojalá ninguno de los dos hubiera cogido nunca en ese vuelo!

—Adam, ¡lo siento mucho! —miró a Kevin que no lucía su habitual sonrisa, y que parecía sinceramente afectado. Era un buen compañero, y le agradecía que se preocupara por él.

—Gracias—aunque volvió la vista hacia el panel de vuelo, continuó mirándolo de reojo—¿desde cuándo lo sabes? —el copiloto se encogió de hombros,

—Creo que, desde el último vuelo a Singapur, en aquella cena fuisteis menos comedidos de lo habitual.

—Es cierto, bebimos demasiado.

—Sí, todos lo hicimos, pero era normal. Fue un vuelo terrible, primero aquella horrible tormenta y luego el fallo del motor derecho; recuerdo que en la cena estábamos todos muy nerviosos, lo único que queríamos era olvidarlo lo antes posible.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer?

—De momento hay que aterrizar, luego ya veré cómo están las cosas y haré lo que pueda por ayudarla—Kevin asintió comenzando a revisar los instrumentos que le correspondían, porque el aterrizaje sería solo quince minutos después.

Germán salió de la habitación un momento para llamar a Bob, tenía que preparar un par de cosas que necesitaba, y casi no había tiempo. Pero Bob le dijo que, cuando aterrizaran, estaría todo dispuesto.

En cuanto tocaron tierra el comandante pidió a los pasajeros que permanecieran sentados, y a continuación, entraron en el avión veinte agentes del F.B.I capitaneados por Bob, que subieron al piso de arriba directamente. Se dirigieron a Germán que los esperaba de pie en la zona de primera, con Grace cogida del brazo. Bob lo abrazó fuerte y rápidamente, encantado de verle por fin,

—¡Qué alegría verte Germán!, a veces he tenido miedo de que el asunto se te fuera de las manos, pero, en el fondo, sabía que podrías con ello—sonreía aún incrédulo— si alguien podía eres tú—miró a la azafata, mientras los pasajeros y las otras azafatas los observaban— entonces ¿esta es la asesina?

—Sí ¿podemos bajar?

—Claro—se dirigió a los pasajeros—señores por favor, cojan sus bolsos y

acompañenos, incluidas las azafatas y los pilotos.

Todo el grupo se dirigió, en un tenso silencio, al autobús que los llevaría a la terminal. Después de un trayecto muy corto, se bajaron y allí los esperaban otros tantos agentes que los llevaron hasta una habitación con suficientes sillas para todos. Estaban colocadas en fila mirando hacia una de las paredes de la sala, como si hubieran ido a escuchar una conferencia. Germán ayudó a sentarse en la primera a Grace, y Adam se sentó a su lado echando una mirada de odio al policía, mientras que con su mano cubría las de ella. Grace agachó la mirada emocionada al ver que la trataba así por primera vez en público.

Germán sentía que, por fin, todo encajaba en su cabeza, aunque la última pieza lo hubiera hecho apenas unos minutos antes. Se colocó frente a las sillas, a unos dos metros de distancia, y observó a los agentes del F.B.I. que tomaban posiciones siguiendo las instrucciones de Bob, y luego a sus amigos que se sentaron en la segunda fila, detrás de los pasajeros de primera. Esperó a que Bob le hiciera un gesto para indicarle que estaban preparados, y, entonces, empezó. Pasó por delante de todos, mirándolos a los ojos, y volvió a colocarse en el centro mientras buscaba las palabras adecuadas en su cabeza. Inspiró profundamente y comenzó:

—He pedido que estén todos los pasajeros y la tripulación presente, porque, hasta este momento, todos ustedes son sospechosos de los cuatro asesinatos—se quedó un momento pensativo, recordando—cuando murió Alexander Big, estuve un tiempo despistado porque no lograba imaginar cómo lo habían matado, ni siquiera veía claro ningún móvil—sonrió a Arlena Star, que estaba más erguida que nunca—fue bastante más tarde, hablando con Madison Pretty, su novia, cuando se me ocurrió uno, en el que no había pensado hasta ese momento porque me faltaba información ¿no es cierto señorita Star? — la mujer lo miró con ojos vengativos, mientras apretaba los labios, y después de unos segundos se decidió a contestar,

—No sé a qué narices se refiere usted, la verdad, pero no tengo por qué responder a sus preguntas—inspiró hondo por la nariz, decidida a no consentir que ese hombre siguiera molestándola—aquí no tiene jurisdicción, estoy segura de que el F.B.I....—miró a Bob pidiendo ayuda, pero este la interrumpió,

—Perdone señorita, pero como les he explicado antes de bajar del avión, soy el agente especial Robert Donovan del F.B.I. y estoy al mando de la investigación—la miró con dureza colocándose al lado de Germán—yo he sido el que he pedido ayuda al señor Cortés en nombre de nuestro gobierno. Les puedo asegurar que hemos tenido mucha suerte de que aceptara ayudarnos, así que le ruego a usted—entonces miró a los demás para que fueran conscientes de su apoyo al policía—y a todos que colaboren, si no quieren atraer sospechas

sobre ustedes—volvió a su sitio junto a la pared para no estorbar a Germán, y también para poder seguir vigilando a todos.

—Está bien—la superestrella se rindió, aunque algo pálida.

—Todos conocemos a la señorita Arlena Star, es una de las actrices más famosas y mejor pagadas del mundo; pero la señorita Star, con otro nombre por supuesto, comenzó en el mundo de la interpretación de una manera, digamos... no demasiado bien vista para la mayoría del público, ¿no es verdad? —ella no confesó nada, sino que se quedó mirando al frente de manera altanera, e incluso levantó la barbilla

—¡Es verdad!, ¡Alex me lo contó! —Madison se levantó con los ojos enrojecidos de tanto llorar; a pesar de cómo era su novio, era evidente que le costaría mucho superar su muerte. Agotada, y sin fuerzas, volvió a dejarse caer en su asiento,

—Señorita Pretty—el tono de voz de Germán se suavizó al hablar con ella, e Isabel sonrió al escucharlo. Una de las cosas que más le gustaban de él era su capacidad para la compasión—¿es cierto que Alexander chantajeaba a la señorita Star? —la muchacha lo miró intentando controlarse; sin maquillaje, parecía solo una chica joven y muy triste. Cuando pudo hablar, confesó,

—Sí, es cierto. Hace unos años, cuando Arlena ya era famosa, se encontró con ella en una premier, y Arlena actuó como si no le conociera, incluso, le dijo a su representante que no quería saludarlo. Alex escuchó la conversación y se enfadó mucho—miró a Germán intentando justificar a su novio—me dijo que no iba a permitir que lo tratara así, cuando ella había empezado en el porno con él—sus ojos, llenos de lágrimas, no se apartaron de Germán en ningún momento—yo lo quería mucho y por eso le dije que lo olvidara. Podríamos haber sido felices, teníamos una buena vida, pero él estaba obsesionado con hacerle la vida imposible—Germán asintió y miró a Arlena,

—A mí me parece una buena razón para matar a alguien, es evidente que la señorita Star no quería que se supiera cómo había empezado su carrera— la idea del chantaje se le había ocurrido después de la conversación con Madison, y de que varios testigos le describieran la actitud de Alex con Arlena.

—¡Yo no lo maté! —la actriz se levantó mirando a todos, retándolos, pero el resto de los pasajeros apartaron la mirada, convencidos de su culpabilidad. Solo mantuvo su mirada Mad Brake que se había sentado junto a Brooklyn Taylor, cuya mano mantenía agarrada—además, ¿por qué mataría yo al viejo?, no tenía nada en contra de él.

—Siéntese señorita Star, ahora llegaremos a esa parte, es mejor que se tranquilice se lo aseguro—por primera vez, la famosa actriz pareció una mujer normal y se mordió el labio preocupada. Después de mirar a Bob, se sentó.

—En un caso de asesinato, una de las partes más importantes de la investigación es analizar el escenario del crimen, y en este caso forman parte de él, los pasajeros, las azafatas e incluso los pilotos. Y desde el principio me llamó la atención que, entre todos ellos, había varias personas que no eran lo que aparentaban. Eso no quiere decir que sean los asesinos, pero para poder descartarlos como sospechosos, hay que saber si sus secretos tienen algo que ver con lo ocurrido.

—Una de las actitudes que más me sorprendieron, fue la de Johanna Burton cuando murió su marido—la ex conejita de playboy, que se estaba limando las uñas, levantó la cabeza sobresaltada y miró a su alrededor—para mí era evidente desde que los vi juntos, que su guardaespaldas el señor Osborne y ella tenían una relación...digamos especial, y que aprovechaban cualquier ocasión para mantener un encuentro sexual. Un pasajero los escuchó en una de las habitaciones que hay junto a la cabina, y luego los vio salir colocándose la ropa—Jack Osborne sonreía, pero Johanna miraba a Germán con aspecto de preocupación—por eso me sorprendió enterarme de que se había sentido muy afectada, y de forma muy escandalosa por la muerte de su marido; un hombre que por lo que han contado algunos testigos la trataba bastante mal—ella miró a Jack que se encogió de hombros despreocupadamente, y contestó,

—Estamos liados, es verdad, pero ya le he contado que el viejo lo sabía, y le daba morbo. Ella es mucha mujer para un hombre de su edad, y él no podía darle lo que necesitaba.

—Podría ser, si no fuera porque he hablado hace un rato con George Collins, el abogado del señor Burton, quien me ha confirmado que su cliente iba a divorciarse y que en cuanto volviera a Washington tenía pensado modificar su testamento, para no dejar nada a la señora Burton —sonrió irónicamente—y también me ha dicho que ella ya lo sabía—Johanna comenzó a llorar, pero nadie le hizo caso, incluso Jack Osborne le susurró:

—¡Cállate, maldita seas! ¡te dije que era una locura hacerlo en el avión! —Bob se adelantó, decidido a detenerlos, pero Germán levantó una mano para que no lo hiciera. Sorprendido, el federal volvió a apoyarse en la pared, deseando saber quién era el asesino.

—Hasta aquí podríamos suponer que sabemos quiénes han asesinado a Jerry Burton y a Alexander Big, suponiendo que han sido dos asesinos distintos, con móviles diferentes, y que el que hayan ocurrido a la vez sea fruto de la casualidad—sonrió mirando a todos—pero es muy poco probable, además como yo siempre digo “las casualidades no existen”—negó con la cabeza firmemente, lo que hizo sonreír a sus amigos que le habían escuchado muchas veces esa frase — no me creo que maten a dos personas, dos asesinos distintos prácticamente a

la misma hora y en el mismo sitio. Es imposible, y además con el mismo veneno, cianuro potásico, un veneno difícil de conseguir.

Todos lo escuchaban callados, absortos en su explicación:

—Volvamos a las dos muertes. Ocurrieron cuando pusieron los desayunos, Jerry Burton insistió en ver la cabina de los pilotos, y se fue sin que le acompañara su mujer. Entonces, Alexander Brown ocupó su asiento, para pinchar durante un rato a Arlena Star, que últimamente se resistía a pagarle la cuota de chantaje que le exigía. Discutieron, aunque nadie escuchó sobre qué, y el señor Big en un movimiento quizás de rebeldía o para reírse del señor Burton, hizo algo que le costó la vida. Bebió parte de su zumo de naranja, y, cuando volvió el millonario volvió a su asiento—observó a todos, que lo miraban con la boca abierta.

—Cuando Jerry Burton se sentó, discutió con su mujer, y llamó a la azafata para reclamar porque le habían llevado el vaso de zumo medio vacío. Entonces, la azafata, Becca López, que era nueva en el servicio y al revés de lo que hubiera hecho cualquiera de sus compañeras, rellenó el vaso y no le trajo otro, limpio y lleno—se paró frente a Roberto, que ahora entendía tantas preguntas de su amigo, sobre las dosis letales de cianuro dependiendo de la edad y el físico.

—Por eso al principio no me imaginaba que los hubieran matado de la misma forma, porque la droga actuó mucho más deprisa en el caso de Alexander Big que en el de Jerry Burton. Y no era lógico, Alexander era un hombre mucho más joven, estaba sano y pesaba al menos veinte kilos más, tendría que haber agonizado durante mucho más tiempo que Jerry Burton—Madison sollozó y Germán, le pidió disculpas por la expresión—el motivo por el que Burton tardó más minutos en morir fue que bebió menos cantidad de veneno que el señor Brown. Esa es la única explicación posible. Es decir, que la muerte de Alexander fue producto del azar y, sobre todo, de su mala cabeza—se volvieron a escuchar los sollozos de Madison, pero él continuó,

—Por lo tanto, si la muerte de Alexander fue accidental, la intención era matar a Jerry Burton, y de momento ya sabemos quién tenía un móvil. Pero aparte del problema con su mujer, el señor Burton tenía otro más serio con la justicia. Aparentemente había conseguido gran parte de su fortuna vendiendo instrumental médico defectuoso, lo que había producido numerosas muertes; por este motivo estaba citado, dentro de unos días, a una vista en el Congreso. La investigación del congreso está intentando probar que, durante años el señor Burton estuvo vendiendo material defectuoso, mientras algunos mandos militares hacían la vista gorda a cambio de sobornos. Mantengan esto en la cabeza, y piensen en el siguiente asesinato, el general John Race—Bob parecía a punto de que se le salieran los ojos de las órbitas, al igual que a todos los del

F.B.I., asombrados por lo que había descubierto en ocho horas—Germán volvió a dar unos pasos disfrutando del silencio antes de continuar,

—El general John Race, trató con Jerry Burton durante años en su trabajo, de hecho, él también tenía que tomar parte en la vista que se iba a celebrar en Washington. Como dato adicional quiero informarles de que, durante el interrogatorio del general, encontramos un frasco de cianuro y una jeringuilla en su equipaje de mano—miró a todos de nuevo, admirado por la brillantez de la mente del asesino.

—Eso fue un toque magistral, porque el asesino puso esa pista falsa en el bolso del general sabiendo que tenía un móvil, puesto que se rumoreaba que Jerry Burton iba a llegar a un acuerdo con la fiscalía, implicando al resto de los acusados. Aparentemente habíamos encontrado una prueba irrefutable de su culpabilidad, pero el verdadero asesino no sabía que el general tenía fobia a las agujas, y que, según palabras de su psicólogo, sería incapaz de tocar una aguja hipodérmica ni siquiera con guantes. Si hubiéramos encontrado sólo el frasco con el cianuro habría sido mucho más creíble, pero cuando él vio la aguja se puso pálido, ni siquiera podía ni verla sin alterarse.

—Poco después de su muerte, mi compañera—señaló a Isabel con una sonrisa, lo que hizo que todos la miraran y ella entrecerrara los ojos prometiendo venganza—encontró en su cartera una nota muy interesante, que paso a leerles:

“Si no quieres que entregue a la prensa las pruebas de tus crímenes, deberás estar en el Airbus A-380 que saldrá de Londres con destino a Washington dentro de un mes, el día ocho de octubre. Coge asiento en primera para que podamos hablar, y durante el viaje te explicaré cómo vas a compensar lo que hiciste.

Llevo años deseando verte morir, pero ahora creo que eso es demasiado benévolo para ti porque muriendo te librarías del castigo que te mereces, así que, de momento, me conformaré con parte del dinero que conseguiste asesinando a tantos inocentes. Ya pensaré de qué otra manera terminarás de pagar tu deuda.

Por si estás pensando en no acudir a la cita, te recuerdo que no solo tengo pruebas de tus numerosos sobornos, también de que eres el responsable de la muerte de cientos de personas.

Nos vemos en un mes.”

Cuando terminó de leer escuchó los cuchicheos de todos, y observó a Bob que lo miraba con aspecto de enfadado, Germán sabía que se estaba conteniendo para no pedirle la nota.

—No tiene firma, pero el que la envió está aquí—se acercó a Bob y se la

entregó con una sonrisa de disculpa—lo más lógico es pensar que, ya que el general recibió una, Jerry Burton también habría recibido otra, aunque no la encontramos entre sus pertenencias—se paró ante Johanna Burton que lo miraba asombrada—¿sabe si su marido recibió una nota como esta? —ella asintió

—Es muy posible, no me lo dijo, pero hace unos meses descubrí que tuvo que hacer un pago gordo porque le hacían chantaje. Además, hace una semana tuvimos que viajar desde Nueva York, donde estábamos pasando la temporada a Londres, para poder coger este vuelo. A pesar de que discutimos porque me parecía una tontería, no quiso decirme por qué teníamos que hacerlo, y tampoco quiso venir solo. Intenté quedarme en Nueva York, pero tuvimos tal discusión que tuve que acompañarlo—Germán, entonces, se metió las manos en los bolsillos y miró a Bob. Su amigo hizo un gesto a uno de sus agentes que se situó detrás de Isabelle Olivier y Gustave Moreau, y, sin que se dieran cuenta les quitó el tubo con las pinturas, que estaba colocado entre sus dos asientos. Cuando Isabelle vio el brazo que se llevaba el cilindro, se levantó gritando como si la estuvieran matando:

—¡Oiga!, suelte eso, ¿qué hace? —se lanzó hacia el agente, pero Germán la sujetó por el brazo

—No empeore las cosas señora Olivier, lo sabemos todo—la profesora, muda por primera vez, se quedó de pie junto a su marido que tampoco sabía qué decir.

En ese momento entró en la habitación un hombrecillo pequeño, calvo, con gafas, y extremadamente delgado. Al ver a la cantidad de agentes del F.B.I. que había, se quedó algo desorientado hasta que lo llamó Bob.

—¡Peter!, ¡por aquí! —Germán a quien le había entregado el agente el cilindro, estaba sacando con extremo cuidado las pinturas, y dejándolas encima de la mesa. Primero colocó la de los lirios de Van Gogh, mientras Bob acompañaba al experto a la mesa; el hombre, al ver la tela de cerca, se tambaleó y el agente, extrañado, lo estabilizó sujetándolo por el brazo.

—Estoy bien, es por la impresión—sacó de un bolsillo una lente como la que usan los joyeros y, poniéndosela en el ojo derecho, se acercó a la pintura inclinándose todo lo que pudo sin llegar a rozarla. Con el ceño fruncido, volvió a quitarse la lente, y recorrió con la vista la pintura centímetro a centímetro. Luego, volvió a ponerse la lente y a observarla con ella, finalmente, se la quitó y se puso la mano derecha en la cabeza, incrédulo ante lo que veía.

—¿Y bien? —Bob no se caracterizaba por su paciencia, el hombrecillo lo miró, abrió la boca y carraspeó; después, por fin, se atrevió a hablar.

—Por supuesto hay que hacerle todo tipo de pruebas científicas y forenses, pero, creo que es el original de “Los Lirios” de Van Gogh—meneó la cabeza, sin

creer lo que él mismo estaba diciendo— aunque no veo cómo puede ser, porque el original está en el Getty Center en Los Ángeles—el experto empezó a sudar ante las implicaciones de lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué precio podría tener si fuera el original? —Peter sacó un pañuelo y se limpió la cara de sudor.

—No lo sé, incalculable, se rumorea que se vendió al museo por 40 millones de dólares, aunque nunca se ha sabido la cifra exacta. Hoy, seguramente esa cantidad se multiplicaría por cinco como mínimo, pero es imposible saberlo —Bob enarcó las cejas asombrado y miró a Germán, que sonreía en silencio— pero no es posible que sea el original, no lo han robado—ante el sufrimiento del experto, Germán decidió intervenir.

—Yo se lo explicaré enseguida, si me lo permite. Pero antes, por favor, si no le importa analizar el otro cuadro, creo que estará de acuerdo en que, en este caso es una copia, aunque de muy buena calidad—Bob enrolló la tela y la metió en el cilindro con toda la delicadeza de la que fue capaz, y esperaron las siguientes palabras del experto. El matrimonio de profesores hizo un intento de moverse hacia la salida, pero dos agentes se colocaron a su lado, y ellos se sentaron de nuevo, derrotados.

—Es muy buena—asintió sonriendo— el pintor es un genio, pero es una copia—Germán asintió, y volvió a colocarse frente a los franceses.

—Este viaje tenía una doble finalidad para estos dos profesores y estafadores, una para entregar “Los lirios” al americano que se lo encargó hace un año, y la segunda, para dar el cambiazo de “El almuerzo de los Barqueros” de Renoir, que se encuentra en la Colección Phillips en Washington. Imagino que han quedado en esta ciudad con el comprador de “Los Lirios”, el encontrarse en el avión durante los asesinatos ha sido mala suerte, si no, probablemente no les habríamos pillado en mucho tiempo, o quizás, nunca.

—Me resisto a creer que nadie, en ninguna de las aduanas que han pasado en sus viajes, haya sospechado—Bob estaba asombrado.

—Tenían un sistema muy bien montado. En realidad, son profesores de verdad en una de las universidades más prestigiosas de Francia, además llevan un documento expedido por esa universidad, que certifica que los lienzos que llevan son copias. Me temo que estamos tratando con un engranaje más complicado de lo que parece, creo que podría estar de acuerdo incluso el firmante del certificado, es decir el rector de la Universidad, que es la máxima autoridad. Y también me parece imprescindible que tengan algún cómplice en los museos donde pegan el cambiazo a los cuadros.

—Pero ¿cómo lo hacen?

—Muy simple, ellos van a dar una conferencia para que la gente pueda

distinguir entre una copia y un original. Para poder darla, por lógica, tendrán que haber enmarcado la copia exactamente igual que el original. Durante la conferencia colocan los cuadros juntos, para que los asistentes puedan ver las diferencias mientras dan su “clase magistral”, y en un momento dado, ayudados por un trabajador del museo pegan el cambiazo, quizás al devolverlo. Estoy seguro de que lo hacen con total tranquilidad. Si fuera yo, me habría asegurado de tener la complicidad del experto del museo en este tipo de cuadros, para estar seguro de que nadie se enteraba, al menos de momento.

—Ahora iban a entregar uno y a robar otro. Seguramente guardan el botín durante unos meses o un año, hasta que deciden que la entrega es segura. Gracias a la información facilitada por la compañía aérea, hemos podido comprobar que visitaron el centro Getty hace un año aproximadamente, entonces debió ser cuando robaron el Van Gogh—miró a su amigo— me temo que tendréis que ir a todos los museos que hayan visitado para dar sus conferencias, y que algún experto compruebe los originales que utilizaron.

—¡Te dije que debíamos parar, urraca codiciosa! ¡Podríamos estar viviendo como millonarios, maldita! —el catedrático Moreau, que estaba fuera de sí, se abalanzó hacia su mujer con los brazos extendidos como si quisiera estrangularla, pero varios agentes los rodearon y se los llevaron—Bob mientras, agarraba el cilindro con las dos manos, mirando a su amigo con el ceño fruncido, estaba deseando que todo terminara ya; al verlo, el español asintió para hacerle saber que quedaba poco.

—El caso de las pinturas no tiene nada que ver con los asesinatos, por eso me ha parecido mejor aclararlo para que no nos distrajera. Analicemos un suceso ocurrido en el avión, aparentemente insignificante, pero que me abrió los ojos. Hay una azafata, nueva en esta ruta, que ha sido acusada de fumar, algo que está terminantemente prohibido por la compañía—Becca agachó la cabeza avergonzada—pero la persona que la acusaba—Grace lo miraba intrigada—se equivocó, porque el olor que salía del baño no era el de un cigarro, sino de un guante que habían quemado para posteriormente tirarlo a la basura—Grace que seguía esposada, se dio la vuelta para mirar a su compañera y le dijo:

—Lo siento Becca—Adam miraba a Germán como si quisiera matarlo, y aunque al policía le hizo gracia, continuó como si no lo hubiera notado

—El guante lo quemó el asesino, lo había usado para no dejar huellas en el frasco de cianuro y la jeringuilla que utilizó para asesinar a Jerry, y accidentalmente a Alexander. Las dos pruebas incriminatorias, las metería más tarde dentro del bolso del general para inculparlo—recorrió los rostros de todos—aunque no le sirvió de nada, porque por la fobia a las agujas que sentía John Race, supimos desde el principio que no pudo ser él. Cuando el asesino se enteró

de que, a pesar de sus esfuerzos, no había conseguido incriminarle, no lo pudo soportar. Para él no era suficiente que tuviera que acudir como imputado a una vista humillante a la semana siguiente, simplemente quería que sufriera como él había sufrido—siguió caminando despacio, como al azar, hasta que se colocó delante de la enfermera, que le sonrió—bueno, él... o ella, ¿verdad Rose? —lo miró sorprendida.

—¿Qué quiere decir?

—Que cuando volvió del baño no se inclinó sobre él porque lo escuchara pedir ayuda, sino que lo hizo para matarle. Y para que no se defendiera y no pudiera delatarla, primero le echó un gas paralizante y luego le clavó la jeringuilla con el cianuro, pero tuvo un problema con el que no había contado—Rose seguía sonriendo como si no le entendiera—tenía que sujetarle la mano que estaba libre, y aunque usted es una mujer muy fuerte, llevaba el gas en la mano izquierda y en la otra la jeringuilla...No, no podía sujetar la mano del general también, y si no lo hacía, no podría clavarle la jeringuilla, entonces pensó rápido y tiró el gas al suelo, al fin y al cabo ya lo había utilizado así que le dio una patada al frasco para que rodara debajo del asiento. No le preocupó porque pensó que lo recuperaría más tarde, y entonces, con la mano izquierda sujetó su mano, y con la derecha le clavó la jeringuilla inyectándole el cianuro—miró a los demás que estaban atónitos—ninguno de ustedes podía ver lo que ocurría porque el general, como casi todos, tenía las mamparas cerradas. Cuando empezó a gritar fue cuando ella le roció los ojos con gas, y pocos segundos después le inyectó el veneno. Luego, cuando dijo que lo estaba socorriendo en realidad estaba esperando a que muriera y, si algún pasajero se acercaba, solo tenía que decirle que no lo hiciera con alguna excusa médica. No podía permitir que nadie hablara con él mientras vivía, tenía que esperar a que el cianuro hiciera efecto—Brooklyn que estaba sentada al lado de Mad, asintió con energía.

—¡Sí, yo intenté entrar para ayudar, pero me dijo que no lo hiciera para que pudiera respirar mejor, que así estaría más tranquilo!

—Sí, pero no tuvo que esperar demasiado porque la dosis que le inculó era letal en muy pocos minutos.

—¡Es mentira! ¡yo no soy la asesina! —se volvió sonriendo a todos, pero el resto de los pasajeros la miraban sin saber qué pensar—¿cómo iba yo a matar a la escritora?, ¡yo no pude apagar las luces! ¡Todos sabemos que ha sido esa azafata! —señaló a Grace a quien Germán estaba quitándole las esposas, ante la atónita mirada de ella misma y de Adam.

—Es cierto que las luces no las apagó ella, pero tampoco fue Grace—señaló a la azafata, que por fin estaba libre—porque tenía otro cómplice.

—¿Qué quieres decir? —Bob parecía a punto de sufrir un ataque.

—Que su cómplice, desde el principio, ha sido Kevin Cameron, el copiloto —todos se volvieron hacia él, que estaba sentado al final de la primera fila, con las piernas cruzadas y que sonreía mirando al español.

—¡Qué dice!, ¡si ni siquiera tengo la llave del cuadro de luces! —Germán colocó ante él, para poder mirarlo a la cara

—Por supuesto que no, pero ha tenido acceso a ella.

—¡No!, ¡que se lo diga Adam!, yo nunca la he tenido.

—Adam salió unos minutos para reunirse con Grace, y usted de acuerdo con Rose, se arriesgó. En ese momento tenían puesto el piloto automático, Adam me lo dijo, y usted le quitó la llave de su chaqueta, porque dentro del avión ninguno de los dos la llevaba puesta, sino que las tenían colgadas detrás de la puerta de la cabina. Apagó las luces como había quedado con Rose y volvió corriendo a la cabina, dejando la llave en su sitio justo a tiempo para que entrara Adam, que se encerró con usted siguiendo las normas que tienen para casos de emergencia.

—No sabe lo que dice...—Germán no le dejó seguir.

—Me sorprendió, desde el principio, que fuera usted el que había avisado del olor a cigarro en el baño. Cuando hablé con Becca, estuve seguro de que no había fumado, sin embargo, usted aseguró que olió el humo cuando ella salía del baño—se encogió de hombros—además, yo ya estaba casi seguro de que solamente alguien de la tripulación pudo meter el cianuro en el avión. Sus equipajes son revisados de manera aleatoria, y no con tanta atención como los de los pasajeros. Pero lo que me confirmó que había alguien de la tripulación implicado, fue la rotura de la impresora, porque estaba rota antes de que llegáramos los pasajeros.

—¿Por qué iba yo a romper la impresora?

—Porque después de lo ocurrido hace un par de años, cuando unos hackers obligaron a un avión a aterrizar como broma, todos los aviones están equipados con un sistema de seguridad muy especial. Para darles la orden de aterrizar en cualquier lugar que no sea el planificado en la ruta, tiene que ser por escrito a través de esa impresora, y si no pueden recibirla, el aterrizar o no por alguna emergencia es decisión de los dos pilotos, que tienen que ponerse de acuerdo. Usted se encargaría de que el avión no aterrizara antes de tiempo, y así podrían consumir su venganza. No querían que interviniera la policía de ningún país antes de tiempo ¿No es así? —Pero Kevin no fue capaz de contestar y tampoco de seguir sonriendo.

—Cuando se apagaron las luces, Rose sabía que tenía que darse mucha prisa, ya que enseguida Grace o Adam, según le había contado Kevin, volverían a subir el diferencial que él había bajado del cuadro de luces. Cogió el cuchillo

de carne que había robado previamente de la cocina y con la luz de su móvil, se acercó a Jean Lachaise que gritó en cuanto la vio, porque ella ya sabía que usted había matado al general, ¿no es así?—se colocó de nuevo frente a ella mirándola fijamente— ella volvía del baño detrás de usted aunque usted no se dio cuenta, y se quedó asombrada cuando usted dijo que había oído gritar al general, y que por eso se había acercado a su asiento. Ella no había oído nada, pero lo dejó pasar porque, por sus propias razones, odiaba a los militares americanos—Rose lo miraba con la barbilla levantada y apretando los labios, muy enfadada.

—Pero ¿cómo? —Adam, el comandante, se levantó y preguntó a su copiloto—Kevin, ¿por qué? —no se lo podía creer—no lo entiendo, no entiendo por qué un piloto haría algo así, y ella es enfermera, ¡por Dios santo!

Germán esperó en vano a que alguno de los dos hablara, y como no lo hicieron, decidió aclarar lo más increíble de aquella historia.

—Ahora les voy a contar una tragedia ocurrida hace más de treinta años, provocada por un hombre que creía que podía cometer los abusos que quisiera, y que nunca pagaría por ello. En aquel entonces, Jerry Burton ya era un hombre rico que utilizaba sus influencias y su dinero, para poder vender instrumental quirúrgico, ahora sabemos que defectuoso, al ejército americano. Uno de los que se vendieron a Jerry Burton fue un joven John Race, que por entonces era teniente, y que, un día y por casualidad, fue testigo del final de la violación de una secretaria de la base, por parte del millonario— Germán miraba fijamente a Rose y a Kevin, esperando una reacción por su parte—ella lo denunció y citó como testigo a John Race que lo negó todo, porque el millonario le había prometido que, si lo ayudaba, llegaría muy lejos en el ejército y que le haría rico, y lo cumplió.

—La mujer, destrozada y humillada, volvió a su casa para encontrarse con su marido, también militar, y que hasta ese momento la había creído, y que, pensando que le había engañado, cogió su pistola reglamentaria y la mató, suicidándose después.

—Eran dos personas infelices y egoístas, porque no debieron hacer tal cosa dejando dos hijos de doce y siete años, Bruce y Anette, que encontraron los cadáveres al volver del colegio—Germán sintió un dolor agudo al igual que le había ocurrido al leer el expediente de los dos niños, imaginando lo que debieron sentir—el estado americano se hizo cargo de ellos, ya que no tenían más familia, y ocurrió lo que solía pasar entonces con los hermanos, que los separaron. Fueron adoptados por familias muy diferentes, una de ellas, con más poder económico, fue capaz de pagar la carrera de piloto para su hijo, y la otra, mucho más humilde no pudo pagarle los estudios de enfermera a la chica, pero ella consiguió hacerlo trabajando.

—¡Y estoy muy orgullosa de ello!, mis padres adoptivos no son malas personas, pero no teníamos nada que ver; me fui de allí en cuanto pude, y decidí encontrar a mi hermano.

—Por eso puso toda su energía en trabajar para la Agencia de Protección del Menor, que es donde custodian los expedientes de los niños adoptados, y según me han explicado, desde donde se les valora en primer lugar para saber cuál podría ser su familia adoptiva más adecuada. He deducido que lo de ser enfermera fue para poder trabajar allí.

—Sí, me costó años, pero finalmente lo conseguí. Tenía que hacerlo, era el único sitio desde donde se tenía acceso a los expedientes de los adoptados. Tardé mucho, pero lo encontré, encontré a Bruce—Kevin se levantó para acercarse a ella, pero un agente lo impidió colocándose ante él y le pidió que extendiera las muñecas para ponerle las esposas, y él dejó que lo hiciera sin rebelarse. Su hermana, al contrario, se lanzó como una leona para luchar contra los dos agentes que lo custodiaban, pero Kevin le dijo:

—Tranquila Anette, sabíamos que esto podía pasar, pero todavía podemos luchar en el juicio. Piensa que hemos conseguido lo que queríamos, porque han muerto los hijos de puta que mataron a nuestros padres—Kevin se volvió hacia Germán dirigiéndose a él—éramos una familia feliz, normal, hasta que ese monstruo violó a mi madre. A partir de entonces, solo recuerdo tristeza y lágrimas, todos estábamos destrozados—suspiró y bajó la vista al suelo y siguió hablando—todos esperábamos ese juicio necesitando justicia y deseando seguir con nuestras vidas, entonces el teniente Race se retractó y mi padre le creyó cuando dijo que ella había consentido. Y no pudo asumirlo, un par de días después de que se dictara la sentencia, mató a mi madre y se suicidó. Dejó una nota que cogí de su mano, que aún estaba caliente. Mi hermanita estaba a mi lado, nos abrazamos temblando y recuerdo que horas después llamé a la policía. Ese monstruo nos destrozó la vida solo por un capricho, y eso te marca para siempre. Cuando Anette me encontró, decidimos vengarnos, y asumir las consecuencias de lo que hiciéramos, ¿verdad hermanita? —ella asintió más tranquila, y también dejó que le pusieran las esposas, fue como si de repente le hubieran inyectado un sedante. Desde ese momento se comportó como un autómeta.

Se los llevaron ante la mirada asombrada de todos, y Bob se acercó para abrazar a Germán.

—Pero ¿cómo imaginaste que eran hermanos?

—Tienen la misma sonrisa, aunque parezca increíble me di cuenta por eso, y además sonrén muy a menudo. Desgraciadamente lo que él ha dicho es cierto, les han destrozado la vida, me temo que ninguno de los dos está muy

equilibrado, y la verdad es que no me extraña—movió la cabeza triste.

—¡Ha sido increíble!, ¡espera a que se enteren mis jefes!, no te van a dejar marcharte del país, estoy seguro de que te pagarán lo que pidas para que te quedes a trabajar con nosotros—Germán sonrió y se giró hacia sus amigos, observando con arrepentimiento sus caras de cansancio,

—Ahora mismo solo queremos descansar, por favor Bob llévanos a ese hotel que nos prometiste,

—Pero hay montones de cosas que nos tienes que explicar.

—Mañana te lo contaré todo, ahora necesitamos descansar, ha sido el peor vuelo de mi vida—cogió a Isabel de la mano y salió seguido por Natalia, Roberto, y por la mirada de todos los presentes que lo observaban aún incrédulos por lo que acababan de presenciar.

EPILOGO

I

sabel levantó la cabeza de la almohada, y lo buscó en la penumbra de la habitación; estaba amaneciendo, y sintió cómo la recorría un escalofrío al ver la niebla a través del ventanal que había frente a la cama. Observó la habitación y lo encontró, estaba desnudo mirando la calle a través del cristal, bebiendo un vaso de agua con la mano apoyada en la pared. Lo observó unos instantes recreándose en su cuerpo delgado y a la vez musculoso, pero él, como siempre, parecía tener un radar en lo que a ella se refería y giró la cabeza sonriendo al verla despierta. Dio un último sorbo al agua, y se acercó a su lado, se sentó en la cama y cogiendo su mano derecha, la besó.

—¡Buenos días dormilona!, ¿cómo estás? —ella también sonrió como una boba sin poder ni querer evitarlo; estar con Germán hacía que sonriera, era así de sencillo.

—Bien, algo cansada—él asintió, era normal, después de la paliza del avión y la investigación, y cuando llegaron al hotel, después de una ducha, se fueron los cuatro a dar una vuelta, para intentar despejarse y acostumbrarse al horario de la ciudad.

—¿Quieres dormir más? —ella lo miró fijamente, porque tenía algo extraño en la mirada; parecía nervioso, expectante, lo que la decidió a salir de la cama.

—No, pero necesito comer, estoy haciendo un esfuerzo tremendo para no gruñirte, ya me conoces cuando estoy cansada y hambrienta.

—Lo sé, ponte algo encima y vamos a desayunar—él también comenzó a vestirse.

Isabel se estiró un momento en la cama, y luego se levantó. Se vistieron en silencio, y salieron de la habitación. Cuando estuvieron sentados ante un ventanal desde el que se podía ver el río, él se decidió a hablar,

—Tengo que contarte una cosa—lo miró esperando.

—Anoche, cuando entraste con Natalia a ver esa tienda, me llamó Amaro.

—Si te ha dicho que tenemos que volver, no pienso hacerlo—le hizo gracia su expresión de enfado.

—No, tranquila—miró la taza de café y compuso una mueca porque era poco más que agua caliente marrón, y volvió a mirarla a los ojos—va a haber cambios en la brigada y quería comunicárnoslo, y pedir nuestra ayuda—Isabel, que estaba comiendo huevos con bacon, lo miró con el ceño fruncido, aunque no por ello dejó de comer. Masticó tranquilamente y tragó ayudada por el zumo de

naranja,

—¿Y eso? ¿qué cambios? —él se encogió de hombros.

—No me contó demasiado, pero, por lo que pude entender, ayer tuvo una reunión con su jefe, todo ha estado provocado por lo ocurrido con Asuntos Internos, y la resolución de ese caso y el de Ávila...—se encogió de hombros— no sé por qué, pero en el Ministerio han decidido que estemos directamente bajo su autoridad, sin ningún otro mando de por medio—eso era tan raro que ella dejó bruscamente el tenedor en el plato.

—¿No será que quieren que desaparezca nuestra brigada? —Germán la observó antes de añadir,

—En parte tienes razón, pero porque van a crear un grupo nuevo, en el que estaremos solo los tres, Amaro, tú y yo. El caso es que nos van a triplicar el presupuesto, y van a añadir una partida importante para contratar agentes externos,

—¡Qué dices! —Germán sonreía incrédulo.

—Sí—rio por lo bajo al compartir con ella lo que le había dicho su jefe y amigo—dice Amaro que cree que, lo que les ha decidido a ofrecernos este trabajo, es la posibilidad de contratar a Leo.

—¿Y eso?

—Porque el Gobierno hace mucho tiempo que quiere contratarle sin éxito, y esta podría ser una manera de tener acceso a él—Amaro, su jefe en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos del Cuerpo Nacional de Policía, le había dicho también que el ministro estaba asombrado porque Leo les hubiera ayudado a resolver un caso, sin contraprestación económica.

Leo era un joven universitario que estaba estudiando su segunda carrera, siendo la primera, que había terminado en un tiempo récord, Ingeniería Aeroespacial. Había intentado ficharle la NASA sin éxito, porque no le interesaba de momento vivir en U.S.A. Leo sin duda era todo un personaje, y la única razón por la que los había ayudado, era porque le gustaban las investigaciones policiales a pesar de que, según sus palabras, él sería incapaz de realizarlas

—Es increíble lo de ese chico.

—Sí, y me imagino que también podremos contratar, cuando necesitemos su ayuda, a Natalia y Roberto. —Isabel en esta ocasión lo miró con una mueca divertida

—Me dejas alucinada. Parece todo demasiado bueno, entonces ¿por qué tienes cara de preocupación?

—Porque el F.B.I. quiere que tenga una reunión con ellos, y a pesar de que le he dicho a Bob de que estamos de vacaciones, ha insistido.

—¡Dios!, ¡Qué locura! —él asintió y comenzó a desayunar mientras observaba a sus amigos que se acercaban por detrás de Isabel, y segundos después, se sentaban junto a ellos.

—¿Qué? ¿Algo nuevo? —todos intentaban mantener el tono festivo, a pesar de la tristeza que habían sentido al salir del aeropuerto el día anterior. Germán comunicó las noticias del nuevo trabajo a sus amigos, que se alegraron con la posibilidad de trabajar juntos en algún momento.

—¿Sabíais que el Airbus A380 mide 73 metros de largo y 24 de alto? — todos, incluyendo Natalia se volvieron a mirar a Roberto, que leía un folleto del avión, y que, ante sus miradas asombradas se justificó diciendo

—Vale, vale, pensé que os podría interesar—la única que se atrevió a contestarle fue su novia,

—Cariño, yo te quiero, pero a veces eres un verdadero friki. Para que te quede claro: no creo que ninguno queramos escuchar hablar del dichoso avión en una larga temporada—todos rieron divertidos al escucharla y comenzaron a decidir lo que harían durante las vacaciones.

Germán sonrió mientras bebía un trago de zumo, observando a Natalia e Isabel que estudiaban un mapa de la ciudad y decidían qué ver primero. Roberto lo miró y levantó su vaso de zumo en un brindis silencioso.

El policía volvió la vista al río y sonrió feliz por encontrarse de nuevo en aquella maravillosa ciudad, que se había quedado enganchada a su corazón cuando la visitó por primera vez. Terminó el zumo y lo dejó sobre la mesa, luego dijo sonriente:

—¿Nos vamos?, tengo mucho que enseñaros—se levantó y extendió la mano hacia Isabel, que la cogió y también se puso de pie. Roberto y Natalia los siguieron deslumbrados por la sonrisa de Germán, a quien no era frecuente ver sonreír de esa manera. Pero no todos los días uno está de vacaciones en una ciudad que le encanta con la persona a la que ama. Germán era consciente de su suerte, e iba a aprovecharla.

FIN

margottechanning@gmail.com